

Portada externa de tesis

Carla María Durán Ugalde

El cuento de hadas: juegos de reescritura y arquetipos genéricos
2020



Universidad Autónoma de Querétaro

Facultad de Lenguas y Letras

El cuento de hadas: juegos de reescritura y arquetipos
genéricos

Tesis

Que como parte de los requisitos para obtener el grado de

Licenciada en

Estudios Literarios con Línea terminal en Escritura Creativa

Presenta

Carla María Durán Ugalde

Dirigido por:

Dr. Marco Aurelio Ángel Lara

Santiago de Querétaro, Querétaro a 23 de mayo del 2020



Universidad Autónoma de Querétaro
Facultad de Lenguas y Letras
Licenciatura en Estudios Literarios

El cuento de hadas: juegos de reescritura y arquetipos genéricos

Tesis

Que como parte de los requisitos para obtener el grado de

Licenciada en Estudios Literarios con Línea terminal en Escritura Creativa

Presenta:

Carla María Durán Ugalde

Dirigido por:

Dr. Marco Aurelio Ángel Lara

Centro Universitario

Querétaro, Qro.

México

Agradecimientos

La enseñanza más valiosa que resultó de los dos años en los que escribí esta tesis fue la certeza de que realmente todo es infinitamente más fácil estando acompañada. Ya fuera para discutir ideas, trabajar los textos o liberar algo de estrés, tuve la fortuna de contar con mucha ayuda. Este trabajo fue posible por el cariño y la amabilidad de muchas personas por lo que me es imposible no detenerme a agradecer a cada una de ellas.

Primero quiero agradecer a mis padres, Alfredo y Claudia, no sólo por cada esfuerzo que tuvieron que hacer para permitirme ser quien soy sino que también por tomarse con calma todas mis decisiones, gracias por siempre estar en primera fila de todo lo que hago. A mi hermano, Alfredo, por celebrar mis logros y por encontrarle lo divertido a mis fallas y a mis malos modos. A Francisco por siempre creer en mí incluso cuando yo no podía. A toda mi familia gracias por darme ánimos y fuerzas, espero algún día parecerme a la escritora que ustedes creen que soy.

Doy gracias a la Universidad Autónoma de Querétaro y a la Facultad de Lenguas y Letras por todas las oportunidades y experiencias que hicieron posible esta tesis. Muy en especial, gracias al Dr. Marco Ángel por creer en este proyecto y por siempre exigirme un poco más de lo que creía que era capaz de dar. Gracias al Dr. Riccardo Pace, a la Dra. Luz María Lepe, a la Dra. Esther Bautista y al Dr. Luis Martín Ulloa por su atenta lectura a este trabajo y por los comentarios que lo hicieron crecer.

Finalmente quiero dar gracias a mis amigas, Valentina, Lucía y Lupita por siempre darme un lugar en el que soy bienvenida y por recordarme que nada es para tanto. A Ani, por los recuperadores días de descanso en los que me regresaba a mi infancia feliz. A Meme, Karina y Nadia por el tiempo que dedicaron a hacer taller conmigo y por el tiempo que dedicaron a compartir, conversar y reír. A todas ustedes gracias por su apoyo, por su cariño y por todas las pequeñas cosas que hacen les tenga la plena confianza que les tengo.

Índice

Resumen	5
Abstract	6
Parte I: El cuento de hadas: juegos de reescritura y arquetipos genéricos	7
1.1 Introducción	7
1.2 Cenicienta	22
1.3 Blanca Nieves.....	26
1.3 La Bella y la Bestia.....	33
1.4 Conclusiones	40
Esquema 1: Variaciones arquetípicas de Cenicienta.	41
Esquema 2: Variaciones arquetípicas de la Bella y la Bestia.	42
Esquema 3: Variaciones arquetípicas de Blanca Nieves.	43
Bibliografía.....	45
Referencias de Películas y Programas de Televisión.....	46
Parte II: Cuentos.....	49
2.1 Aullidos.....	49
2.2 Espejito mío	53
2.3 Piensa en mí	63
2.4 Atavismo Azul.....	70

Resumen

Lo propio de los cuentos de hadas es transformarse y permanecer puesto que se conforman de arquetipos inmortales. En su aparente simplicidad encierran modelos (arquetipos) que compartimos como humanidad sin importar de qué horizonte particular provengamos, estos se mantienen significativos a través del tiempo porque al someterse a variantes refrescan su sentido para nuevas generaciones. Los cuentos de hadas, al provenir de la tradición oral constantemente pasaban por cambios, dependían enteramente de los narradores y a la fecha continúan siendo modificados. No hay forma de señalar la versión definitiva ni primigenia de “La Cenicienta”, “Blanca Nieves” o “La bella y la Bestia” se mueven libremente por la cultura como cuando iban de boca en boca.

Los cuentos de hadas llegan hasta nuestra época en una multiplicidad de formas; en el cine, la televisión y en obras literarias se recuperan tramas o personajes de cuentos, en muchos casos con cortes aleccionadores para la infancia pero no limitados a dicho género. Suele ser una reducción común estimar que al hablar de cuentos de hadas estamos hablando de literatura infantil, sin embargo, al observar algunas producciones cinematográficas vemos cuántos cuentos son contados para público adulto.

En todo caso, los cuentos de hadas se nos escapan como agua entre los dedos. Es imposible encontrar la versión primera de un cuento, habría que encontrar cuál fue el primer relato que se contó sobre la Tierra. Lo más que podemos hacer es recopilar las narraciones orales y al comparar lo que se cuenta en cada hemisferio del mundo, coincidir en que el origen es el modelo que se repite, el arquetipo. La discusión no es sobre si la primera Cenicienta fue la china, la árabe o la del ingenio alemán, sino reconocer que es una misma en cada caso.

En la parte práctica de este trabajo se presentan versiones de “Caperucita”, “Piel de Asno”, “Blanca Nieves”, “Cenicienta”, “Barba Azul” y “La Bella y la Bestia” que como todas versiones que recuperan los arquetipos expuestos en los cuentos de hadas buscan convertirse en su propio original. Ambientados en un México conocido por nuestra actualidad conservan algunos de los rasgos de las hadas; mujeres lobo, madres crueles, niñas que quieren ir al baile, y novios voraces.

Abstract

It is a common characteristic of fairy tales to transform and remain, since they are made up of immortal archetypes. In their apparent simplicity, they keep models (archetypes) that, as humanity, we share no matter from which particular background we come from. These archetypes remain significant through time because, when they transform, they refresh their meaning to new generations. Since fairy tales come from oral tradition, they were constantly subjected to changes, depended on the narrators and, to this day, are still being modified. There is no way to point out the definitive or first version of “Cinderella”, “Snow White”, “Beauty and the Beast” or any fairy tale, since they all move freely through culture just as when they were passed on by word of mouth.

Fairy tales reach our time in a variety of forms: in cinema, television and other literary works. The plots and characters of fairy tales come back, in many cases, with new moral perspectives for children but are not limited to this genre. It is common to reduce fairy tales to children’s literature, but when we observe some cinematic productions, we see just how many of these stories are told for an adult public.

In any case, fairy tales slip out of our hands, in a way that it is impossible to find the first version of any story. We would have to find the first story ever told on Earth. The most we can do is to collect the oral narrations, compare what is told on each one, and conclude that the origin is the model that repeats itself—the archetype. The discussion is not whether the first version of Cinderella was the Chinese, Arab or German version, but to recognize that it is the same one in every case.

The practical part of this work represents versions of “Little Red Riding Hood”, “Donkey Skin”, “Snow White”, “Cinderella”, “Blue Beard” and “Beauty and the Beast” that, just as any other version of a fairy tale that reproduces an archetype, seek to become their own, original version. Located in a Mexican setting, and familiar to our contemporary views, they keep some of the characteristics of fairy tales: wolf women, cruel mothers, girls who just want to go the ball, and dangerous boyfriends.

Parte I: El cuento de hadas: juegos de reescritura y arquetipos genéricos

1.1 Introducción

De niña mis ratos de ocio los ocupaban los cuentos de hadas. Antes de saber leer, mi mamá me los contaba con la esperanza de que me quedara dormida pero era ella la primera en cabecear. Se saltaba páginas para acabar antes la historia, pero yo me la sabía de memoria y hacía que se regresara. Quería que cada vez me contara el cuento bien, completo, como era, aunque ya lo hubiera escuchado muchas veces antes.

El gusto por los cuentos de hadas no es una peculiaridad personal. “Podemos asumir—dice Charles Dickens en su ensayo “Fraudes a las Hadas”— que no somos especiales al conservar un gran cariño por los cuentos de hadas de nuestra infancia. Lo que nos maravillaba entonces, y ahora cautiva el gusto de millones de jóvenes, en el mismo bendecido periodo de la vida, ha maravillado vastas hordas de hombres y mujeres...”¹. Cuando Dickens hizo esta afirmación, no se imaginaba las vastas posibilidades de consumo de cuentos de hadas que iban a tener los niños a finales de los noventas y principios del año dos mil. En mayor o menor medida, los niños de mi generación nos llenamos de estas historias de princesas, duendes y gigantes, lo mismo por la palabra escrita que a través de un medio audiovisual.

Mis libros de cuentos estaban reservados para la noche. La televisión ofrecía caricaturas las veinticuatro horas y, si acaso no había nada que ver, la colección de películas en VHS salía al rescate una y otra vez: porque también ahí, en la pantalla de la sala de la casa, abundaban los cuentos de hadas. En ella podía advertir un talante más luminoso que el de las páginas de los libros: mientras que la Sirenita en papel se volvía espuma del mar, en la tele cantaba con peces y crustáceos y vivía feliz para siempre, en el Canal Cinco de la televisión abierta mexicana Caperucita era amiga del lobo feroz pero en mi libro lo mataba el leñador; a la

¹ Dickens, C. (1990). *Frauds on the Fairies*. En P. Hunt, *Children's Literature The Development of Criticism* (pág. 24). New York: Routledge. La traducción es mía. Texto original: “We may assume we are not singular in entreaining a very great tenderness for the fairy literatura of our childhood. What enchanted us then, and is captivating a million of young fancies now, has at the same blessed time of life, enchanted vast hosts of men and women...”

Cenicienta de mi libro le iba bastante bien, como la de la tele, tenía un final feliz pero nunca se la pasaba tan bien como las Cenicientas de las películas, quizás para ellas era porque venía la magia al son de “bibidi, babidi, bu”, o porque de hecho hablaban con los animales, o porque tenían una hermanastra que sí era buena, o porque eran ahijadas del mismísimo Da Vinci... Sin discusión alguna, las posibilidades en la televisión eran mucho más alegres que las de mis libros.

Mi expectativa infantil de un mundo simple chocaba con una realidad caótica. Que la princesa Aurora en videocasete durmiera apenas unos minutos y se preciara de llamarse igual que la que durmió cien años, me parecía una barbaridad. Alguna de las dos tenía que estar mintiendo. Porque en esa edad, mi ejercicio de lectura esperaba una historia que pudiera señalar y sostener como la correcta. No podría citar con exactitud la respuesta que dieron mis papás a mis inquietudes pero señalaron a los libros como el origen de lo que veía en la televisión. Entonces, la Bestia, además de fea, era tonta, porque lo decía el libro y Disney, en ese caso, mentía un poco. Pero mentía más con “La Sirenita”, pues esa historia debía tener el final más triste de todos y en su lugar la protagonista se había vestido de novia. Y aunque disfrutaba enormemente de las canciones y los finales con besos de amor verdadero, a mi parecer, esas películas eran unas farsas.

Parte de mi incomodidad se originaba en el hecho de que encontraba los cuentos en los libros tan buenos como en sus versiones de la televisión. No me parecían mal los finales felices pero no estaba segura de que fueran mejores que aquellos en papel. Había algo sabrosísimo en que Pulgarcito engañara al gigante para que matara a sus hijas. Pues como apunta María Tatar: “... la verdadera magia de los cuentos de hadas radica en su capacidad de extraer placer al miedo”.² Mientras la narrativa de Disney era mi golosina dulce, los cuentos en el libro eran mi necesaria dosis de acidez.

Cuando por fin pude tomar libros por mi cuenta, me dediqué a responder al extraño mandato de mi paladar. Con frecuencia retomaba las historias que me había leído mi mamá. Pero también tuve la inclinación por buscar aquellas que había visto en la tele pero que no estaban

² Tatar, M. (2012). *Los Cuentos de Hadas Clásicos Anotados*. Barcelona: Crítica. (pág. xiv).

en nuestra biblioteca. A Blanca Nieves la encontré en varias partes: en la recepción de la escuela de música, la princesa nacía del deseo de la reina por tener una niña con la piel tan blanca como la nieve y una boca tan roja como la sangre, pero en la sala de espera del dentista, sus labios eran rojos como las rosas y el cabello negro como el ébano, pero en el rincón de lectura de la escuela decía negro como el plumaje de un cuervo. Si de los libros venían las versiones animadas ¿por qué entre libros tampoco se ponían de acuerdo en cómo era Blanca Nieves?

Para ese problema no hubo respuesta definitiva de mis papás, lo cual me dejó aturdida y más sumergida en la obsesión por los cuentos. Me acercaba a ellos con la pregunta: “¿Será este el original?” y leía el mismo título con el afán de comparar las coincidencias y las novedades. Esperaba que por lo menos pudieran ofrecer algo distinto, algo interesante que me acercara a esa primera versión perdida.

“Barba Azul” era el cuento perfecto para mí; ahí se hacía lugar el terrible asesino que no encontraba en ninguna otra página. Solamente en mi libro existían el cuarto con sus esposas colgadas en las paredes y solamente ahí la llave tenía una perpetua mancha de sangre, en ningún otro libro la muchacha curiosa tenía un cuarto de hora para rezar por su alma. Y a pesar de que me daba miedo imaginar la voz de Barba Azul llamando a su esposa para matarla, era al mismo tiempo un eco sinfónico y encantador que no se encontraba en ninguna otra parte y que me dejaba señalar a Charles Perrault como el único que podía hacerme dormir tranquila sabiendo que no había un “Barba Verde” en otro libro y mucho menos uno que hiciera su aparición en la tele para que al final resultara que era bueno.

Pasados algunos años perdí el libro y la búsqueda de “Barba Azul” en las librerías fue desalentadora. Esperaba encontrar un ejemplar parecido al de mi infancia: con una historia completa y el dibujo de un Barba Azul de pesadilla, un libro para estar segura de que el texto era el correcto, en el que una editorial certificara una traducción apegada al original y que avalara al autor como *el* creador. Quería volver a leerlo con mi misma seguridad infantil de estar leyendo la historia *original*. Pero en la librería, bajo la letra “P” no estaba el apellido Perrault y en la sección infantil los cuentos de hadas eran de páginas gruesas, para niños que comenzaban a leer.

Parecía casi lógico que el cuento no estuviera en la sección infantil. Debió de ser un error de mis padres considerarlo apto para antes de dormir, pero ¿dónde podía encontrar los cuentos de hadas originales? Lo que buscaba en realidad, y pudo no haber estado confinado al área infantil, era una edición de *Los Cuentos de Mamá Oca*; también me hubiera hecho feliz *Cuentos de la Infancia y el Hogar*, pero mis habilidades de investigación de entonces no me permitieron dar con estos títulos.

Por la clasificación de la librería, los cuentos de hadas debían ser de princesas color de rosa con hadas madrinas, brillantina y finales felices; sin embargo, muchos cuentos abundan en brujas, ogros, animales parlantes y carecen de hadas. Robert Kirk en su tratado *La Comunidad Secreta*³, intenta ampliar el concepto de *fairie* (hada) a todas las fuerzas invisibles, misteriosas y mágicas que se encuentran detrás de la naturaleza así como de todo lo inexplicable. Así, cualquier suceso mágico dentro de los cuentos justifica la clasificación, aunque, bajo esta normativa, cualquier cuento fantástico, mito o historia bíblica podría preciarse de ser un cuento de hadas, por lo que hace falta destacar otros elementos genéricos.

Angela Carter sugiere que al decir “cuentos de hadas” estamos hablando figurativamente y de manera laxa de todas esas historias “infinitamente diversas” que se transmitían de boca en boca, de los cuentos del pueblo. Antes de haber estado en papel, los cuentos entretenían a los campesinos analfabetas, las historias dependían de la memoria y del ingenio de quien las contara. No había un autor para señalar, si acaso se recurría a la imagen de la anciana cuentacuentos, a veces llamada “Madre Ganso”. “Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, la literatura (...) ha sido narrada, no escrita; oída, no leída. —anota Carter— Por ello, los cuentos de hadas (...) constituyen el lazo más fundamental que tenemos con los imaginarios de los hombres y de las mujeres corrientes cuya labor ha dado forma a nuestro mundo”⁴. Este lazo con las voces del pasado, con los primeros autores, se diversifica en incontables ecos en obras contemporáneas.

³ Kirk, R. (2009). *La Comunidad Secreta*. Madrid: Siruela.

⁴ Carter, A. (2017). *Cuentos de Hadas de Angela Carter*. Madrid: Impedimenta. (pág. 18).

Sin embargo, el origen oral de los cuentos de hadas no los distingue genéricamente de los mitos, ambos se desarrollan en terrenos donde lo fantástico es la norma y fueron transmitidos de generación en generación desde tiempos inmemoriales. Mircea Eliade propone que es una solución ingenua pensar que la gran diferencia entre los cuentos de hadas y los mitos es una cuestión temporal⁵, siendo los cuentos un vestigio de las grandes narraciones míticas. Eliade sugiere que comenzaron a circular contemporáneamente y su diferencia radicaba en la función que tenían para las sociedades arcaicas. Los mitos tenían un valor sagrado verdadero, era vital contarlos durante ceremonias y rituales; por su parte, los cuentos se contaban entre mujeres y niños, “los no iniciados” como una falsedad entretenida; lo que en una comunidad era mito en la vecina no tenía valor ritual y se contaba como ficción.

Aunque la idea sí implica que primero debió de existir el mito para después perder su valor y convertirse en cuento, hace que ambos géneros convivan en un mismo tipo de sociedad arcaica y rompe con la idea de que los cuentos fueran un invento muy posterior de las sociedades europeas evangelizadas. Incluso, actualmente, una persona puede considerar sagrado el libro del Génesis y a la vez contar a sus hijos el mito del rapto de Perséfone como un cuento, lo cual nos muestra la dinámica respecto de lo que es verdad y ficción no ha cambiado. Muchos mitos conservan su sentido sagrado en comunidades indígenas y se preservan en diversos ritos tradicionales. A su vez, los mitos se estudian para comprender el sentido que aportaban en el pasado y las lecciones que continúan siendo valiosas para la humanidad. Esto último también se puede hacer con los cuentos; estos, sustituyen a los dioses y grandes héroes por brujas, hadas e hijos menores, pero conservan las narraciones que son medularmente humanas.

Joseph Campbell estudia cómo los mitos ofrecen soluciones universales a problemas humanos. En su libro *El héroe de las mil caras*⁶ postula que el monomito es el camino del héroe que se adentra en la aventura y que esta es la única historia que cuenta la humanidad. De este modo, el héroe o protagonista de cada historia, invariablemente pasa por tres

⁵ Eliade, M. (1991). *Mito y Realidad*. Barcelona: Labor (págs. 83-87)

⁶ Campbell, J. (1979). *El héroe de las mil caras*. México: Fondo de Cultura Económica

momentos: la partida, la iniciación y el regreso⁷. En la partida recibe un llamado a la aventura que lo hará salir de su entorno conocido, en la iniciación se adentra en un nuevo mundo; supera las pruebas que se le presentan y adquiere un bien mayor; y finalmente debe de regresar a su hogar con lo que ha conseguido para compartirlo. Con mínimas variantes, esto es lo que sucede en cada narración. El monomito se repite al infinito porque es cuenta la historia de cada persona sin importar su contexto cultural o temporal: todos estamos llamados a salir de nuestra zona de confort, enfrentar lo desconocido, aceptar retos y vencer, sea en el ámbito profesional, familiar o espiritual.

Campbell estudia el significado de las formas e imágenes que constituyen los mitos, es decir los arquetipos como los describe Carl Jung. En su libro, *Arquetipos e inconsciente colectivo*⁸, Jung explica que además del inconsciente personal existe uno colectivo con contenidos universales que nos son innatos, los cuales llama arquetipos. Estos contienen valiosas cargas de significado: no son personajes de la imaginación sino símbolos que ilustran partes de la psique humana. Hay arquetipos para el mal, para el héroe, para los rasgos femeninos y masculinos. Los arquetipos no son figuras rígidas, sino modelos que se transforman para adecuarse a los dramas humanos; de manera personal aparecen en los sueños y, en las doctrinas tribales, pasan por la conciencia y se convierten en representaciones arquetípicas, es decir en los mitos y leyendas. El sentido que se extrae de las historias o sueños puede ser utilizado para adquirir el conocimiento o la sabiduría necesarios para pasar por nuestro propio camino del héroe. Pero más allá de las historias como fármacos para la psique, si consideramos los mitos como nuestra primera literatura, quiere decir que de estos emanan todos los textos posteriores así como toda narrativa.

Esta es precisamente la propuesta de Northrop Frye. En el tercer ensayo de *Anatomy of Criticism*, “Archetypal Criticism: Theory of Myths”, sostiene que toda literatura está fuertemente ligada a los mitos. Frye usa la metáfora de “dar pasos hacia atrás” para ver que

⁷ Vladimir Propp en *Morfología del Cuento* también estudia lo común a todos los relatos. Después de analizar varias narraciones Propp concluye que existen treinta y un funciones que se pueden encontrar en cualquier cuento (no necesariamente todas a la vez). Sin embargo, el análisis de Propp, aunque es muy útil para señalar las repeticiones de personajes y situaciones en los cuentos, no apuntan a una única vena narrativa cimentada en la experiencia humana como el monomito de Campbell.

⁸ Jung, C. (1970). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Barcelona: Paidós

detrás de una novela “realista” se encuentra el sustrato de los mitos⁹. Por ejemplo, si observamos el cuento de F. Scott Fitzgerald “El Diamante tan grande como el Ritz”¹⁰ encontraremos que la historia está fundada en figuras y secuencias bíblicas. El cuento comienza cuando John Unger parte de la casa de sus padres para ir a la universidad y recibe una llamada a la aventura cuando Percy lo invita a pasar las vacaciones en casa de su padre. En la iniciación John se adentra en el mundo de Percy, conoce a Kismine y descubre el peligro que lo rodea. Al final, John debe regresar con el conocimiento de lo que fue la casa del padre de Percy. La narración es entretenida pero se enriquece cuando nos detenemos en sus elementos simbólicos: el padre de Percy es una representación de Dios y su casa es el jardín del Edén en el que John introduce el fruto del conocimiento, antes de él Kismine no sabía el valor de la vida y de la muerte, la huida final es el destierro de Adán y Eva. Esta reproducción de personajes y secuencias no es exclusiva de esta obra, sucede en muchas otras de la misma velada manera.

La propuesta de Frye puede representarse visualmente como una progresión de toda la literatura en la que los mitos son el punto cero: entre más alejada se encuentra la obra del origen, más sutil es la reproducción mitológica, entre más se acerca más directa. Así, los cuentos de hadas se encontrarían a unas cuantas milésimas de distancia de los mitos, siendo estas reproducciones casi directas que recurren a personajes con funciones semejantes, aunque las grandes hazañas de los héroes mitológicos se transforman en las pequeñas victorias domésticas del protagonista del cuento de hadas. Por ello, Frye clasifica los cuentos de hadas como un tipo de relatos románticos cómicos, los cuales, la mayoría de las veces tienen un final feliz que reproduce los mitos de triunfo y armonía y constantemente recreando la secuencia de Adán y Eva perdiendo el Edén¹¹.

A pesar de su cercanía, no es obvio cómo se reproducen los mitos en los cuentos de hadas. Cabe preguntarse, ¿qué hay de pérdida del paraíso en “La Bella Durmiente”, en “Pulgarcito”

⁹ Frye, N. (1971). *Anatomy of Criticism*. Princeton: Princeton University Press. (págs: 134-135).

¹⁰ Fitzgerald, F. S. (11 de noviembre de 2019). *El Diamante tan Grande como el Ritz*. Obtenido de Ciudad Seva: <https://ciudadseva.com/texto/el-diamante-tan-grande-como-el-ritz/>

¹¹ Frye, N. (1971). *Anatomy of Criticism*. Princeton: Princeton University Press. (págs: 139-140).

o en cualquier cuento de hadas? G. K. Chesterton encuentra en los cuentos de hadas la raíz fundamental de toda moral, la cual es común al mito de Adán y Eva:

Si realmente lees los cuentos de hadas, observarás que hay una idea que va de extremo a extremo, la idea de que la paz y la felicidad sólo pueden existir bajo ciertas circunstancias. Esta idea, que es el corazón de la ética, también lo es de los cuentos para niños. Toda la felicidad del reino de las hadas pende de un hilo, de un hilo en especial. Cenicienta puede usar un vestido tejido en telares sobrenaturales y resplandecer con un brillo fuera de este mundo, pero debe regresar antes de las doce. El rey puede invitar hadas al bautizo, pero debe de invitar a todas, si no ocurrirá una desgracia. La esposa de Barba Azul puede abrir todas las puertas, excepto una (...) esta es la profunda moralidad de los cuentos de hadas, las cuales lejos de carecer de toda ley, van a la raíz de toda ley. (...) En lugar de encontrar (como en los libros comunes de ética) una base racional para cada mandamiento, encuentran el gran fundamento místico para todo mandamiento (...) No sólo estos cuentos de hadas pueden ser disfrutados porque son morales, sino que la moral se puede disfrutar porque nos coloca en el mundo de las hadas, un mundo al mismo tiempo de maravilla como de guerra.¹²

En todos los cuentos de hadas se infringe esa ley fundamental por la que se pierde la paz, así como sucede en el mito de Adán y Eva cuando comen del fruto prohibido. Hay un edén perdido cuando Rumpestinskin despoja a la madre de su hijo así como hay algo de Pandora en la esposa de Barba Azul. Pero también, los cuentos de hadas, al compartir raíces con los mitos, insospechadamente son el caldo de cultivo para los productos culturales contemporáneos: sólo falta identificar los símbolos que se juegan en la historia para escuchar con claridad los ecos a los que están atados.

¹² Chesterton, G. (2018). Fairy Tales. En G. Chesterton, *All Things Considered* (págs. 133-135). Global Grey. La traducción es mía. Texto original: If you really read the fairy-tales, you will observe that one idea runs from one end of them to the other—the idea that peace and happiness can only exist on some condition. This idea, which is the core of ethics, is the core of the nursery-tales. The whole happiness of fairyland hangs upon a thread, upon one thread. Cinderella may have a dress woven on supernatural looms and blazing with unearthly brilliance; but she must be back when the clock strikes twelve. The king may invite fairies to the christening, but he must invite all the fairies or frightful results will follow. Bluebeard's wife may open all doors but one. (...) This is the profound morality of fairy-tales; which, so far from being lawless, go to the root of all law. Instead of finding (like common books of ethics) a rationalistic basis for each Commandment, they find the great mystical basis for all Commandments. (...) Not only can these fairy-tales be enjoyed because they are moral, but morality can be enjoyed because it puts us in fairyland, in a world at once of wonder and of war.

*

Este es el laberinto en el que me adentré en la infancia cuando estaba decidida a encontrar los originales perdidos, sin saber que en el laberinto no hay salida, si acaso hay una escalera y al subirla ganamos perspectiva. Mariana Warner traduce el nebuloso paisaje de los cuentos de hadas en una cartografía ambigua pero útil, que contempla todos sus posibles orígenes y sus diversos frutos, oscilando de lo infantil al caldo primigenio de tantas otras obras:

“Imagínate que la historia de los cuentos de hadas fuera un mapa (...) lo primero que verás serán dos hitos prominentes, *Histoires et Comtes du temps passé* (...) de Charles Perrault, y (...) *Kinder und Hausmarchen* (...) de los hermanos Grimm (...) gradualmente y conforme los ojos se te vayan adaptando a la luz, numerosos elementos nuevos comenzarán a adquirir frente a ti mayor definición (...) las *Mil y Una Noches* forman profundos acuíferos de narrativa que empapan todo el subsuelo y emergen aquí y allá (...) Los puertos, focos comerciales y lugares de peregrinación comienzan a erigirse como centros importantes con tradición popular de narrativa oral. Al norte, la resplandeciente patria danesa de Hans Christian Andersen emite poderosas señales (...) comienzas a percibir algunos rayos que iluminan la oscuridad, emitidos por la sobras de Walter Scott en Escocia; por Alexander Afanasyev en Rusia (...) Tan pronto como empezaron a aparecer, las historias se filtraron a través de las barreras de la cultura y la lengua con la libertad de los pájaros en vuelo”¹³

Antes, cuando mis padres señalaron a los libros como el origen de las películas y caricaturas, no había nada anterior a la palabra escrita que pudiera pensar. Por lo mismo no entendía realmente cómo se transmiten los cuentos de hadas. Estas historias, en tanto que se conforman de arquetipos cuya función es someterse a diversas transformaciones para continuar comunicando, son historias sumamente maleables. Es precisamente en la tradición oral donde se manifiesta esta característica, pues ninguna versión será la definitiva, a su vez resulta en que su preservación en papel es la primera transformación rastreada.

De niños, con la excusa de la noche, nos entreteníamos contando historias de terror; eran cuentos muchas veces repetidos con algunas variantes y sustos simplones —ahora veo en

¹³ Warner, M. (2019). *Cuentos de Hadas*. Madrid: Larrad. (págs. 23-25).

ellos el vaivén oral propio de los cuentos de hadas— no sabíamos cómo habían llegado a nosotros pero de un modo u otro conocíamos esas historias. Yo no me sabía muchas y nunca se me ocurrió contar alguna de mis libros: esos eran cuentos de hadas no de fantasmas.

Alguna vez mi prima me dijo que le contara un cuento para dormir. Le conté “Barba Azul”. En lugar de adormecerse me pidió que le contara más como ese que era de miedo. Para mí toda la vida había sido un cuento con moraleja pues al terminar la historia mi mamá recalca la importancia de obedecer lo que se nos dice. Quizás por eso, cuando jugaba con lodo, dejaba cosas fuera de su lugar, o escapaba de mis deberes y escuchaba a mi mamá llamándome, estaba segura de sentir la misma angustia que la esposa de Barba Azul cuando él le llamaba desde el pie de la escalera. Era una elección de cuento cuestionable para niños, pero si se le buscaba se le podían encontrar fines aleccionadores.

Por motivos diversos las historias fueron recopiladas de las bocas del pueblo para ser llevados a las cultas páginas de los libros. Los hermanos Grimm, por ejemplo, buscaban en la oralidad alemana el sabor que los distinguiera de cualquier otra nación. Pretendían pasar las historias al papel tal y como se las contaban sus informantes, preservando así las historias como eran. Pero el mismo proceso de conservación altera las historias, según las observaciones de Carter: “A lo largo de los últimos doscientos o trescientos años los cuentos de hadas (...) han sido recopilados como un fin en sí mismo (...) Al poner por escrito estas historias (y especialmente al imprimirlas) se conservan y se cambian inexorablemente”¹⁴.

Entre los cambios intencionales más recurrentes se encuentran aquellos que fueron necesarios para adaptar las historias para niños. *Cuentos de Mamá Oca*, de Charles Perrault, fue una de las primeras compilaciones pensada para la infancia de la clase acomodada. Tatar explica el proceso de compilación y adaptación de los cuentos que forman esta antología de la siguiente manera: “Narraciones que habían sido vulgares y zafias (...) pasaron a situarse en el centro de una nueva cultura literaria que empezaba a tener como objetivo la socialización, civilización y educación de los niños (...) Perrault medió con acierto entre la cultura de una narración campesina adulta y las historias que se contaban en la habitación de

¹⁴ Carter, A. (2017). *Cuentos de Hadas de Angela Carter*. Madrid: Impedimenta. (pág. 18)

los niños aristócratas refinados”¹⁵. Así fue como la ecuación comenzó a simplificarse hasta convertirse en una equivalencia: cualquier cuento de hadas es igual a un cuento infantil.

Sin embargo, detrás de la obviedad existe una red de complicados nudos respecto a los cuentos de hadas para niños. A Perrault no le fue fácil decidir qué cuentos podían ser específicamente para niños y aún más difícil le fue justificar por qué. “Sus cuentos de hadas –escribe Tatar sobre Perrault– (...) contenían ‘una moral instructiva y loable’ y demostraban cómo ‘la virtud siempre es recompensada’ y ‘el vicio castigado’”¹⁶. Aunque su objetivo era claro, en ciertas moralejas a sus cuentos le fue difícil resaltar una enseñanza que se acoplara a la narración. El Gato con Botas es uno de los personajes que nunca podrán encajar del todo como un ejemplo de buenas costumbres; a lo largo del cuento consigue todo lo que quiere mintiendo y jamás se le castiga por ello.

Pese a los procesos de domesticación de los cuentos de hadas, seguía saliendo a la luz aquello que los hacía poco adecuados para la infancia. Al respecto Tatar apunta que los primeros comentaristas de cuentos de hadas rápidamente detectaron que la economía moral de los cuentos no cuadraba con el proyecto didáctico para los niños¹⁷. Ciertamente, los cuentos de hadas no ahondan en dilemas de conducta; los buenos son buenos y los malos son malos aunque sus acciones sean de moral cuestionable. Sin embargo, algo se puede rescatar de la simpleza de los cuentos de hadas. Los límites paternos se asemejan mucho a las circunstancias de los cuentos de hadas. “Puedes comer postre si comes las verduras”, “Si no acabas la tarea no puedes jugar”, “Si no recoges tu cuarto no vas a la piñata”, estas proposiciones funcionan con la misma eficacia con la que la carroza se convierte en calabaza apenas el reloj marca las doce. Pertenecen a la misma ley fundamental que Chesterton encontraba en los cuentos. Sin embargo, los métodos de crianza cambian, en ocasiones a sistemas de leyes más amables y menos terminantes que las cláusulas de los cuentos de hadas.

¹⁵ Tatar, M. (2012). *Los Cuentos de Hadas Clásicos Anotados*. Barcelona: Crítica (pág. 359).

¹⁶ *Ibid.* Pág. 360

¹⁷ *Ibid.* Pág. xiv

En cada nueva antología, los cuentos de hadas se han modificado para encajar en lo que se considera adecuado para aleccionar la infancia. Dickens, en “Frauds on Fairies”,¹⁸ critica el afán de cambiar los cuentos de hadas. Estos al carecer de un autor con nombre y apellido, quedan vulnerables a los cambios que los compiladores y editores consideren para hacerlos “apropiados”, lo cual sería impensable de otras obras literarias. Dickens, para contrastar esto último, usa de ejemplo una imaginaria versión “pacifista” de *Robinson Crusoe* en la que se censuraran las armas y la pólvora, y concluye que dicha omisión dejaría a la narración con huecos lógicos irreparables. Afectar una narración oral por olvido de algún detalle, o cambiarla a propósito para darle un nuevo giro, es lo propio de los cuentos de hadas. Sin embargo, hacer que quepan en ciertos estándares implica despojarlos de su encanto inicial, dejarlos opacos y desabridos: amputarles el alma de algún modo.

“El Cuentista”, de Saki¹⁹ es una parábola de este problema. Durante un viaje en tren, una anciana intenta entretener a sus sobrinos con un cuento sobre una niña muy buena que tiene un final muy feliz. Los pequeños juzgan la historia de tonta y aburrida. Un hombre les cuenta otra historia, de una niña “terriblemente buena”, que termina trágicamente. La anciana se escandaliza de lo poco educativa de la historia aunque los niños estuvieron quietos y fascinados por el resto del viaje. Los cuentos despojados de sus garras y con los colmillos achatados no son tan estimulantes como las historias que conservan parte del turbio propósito de divertir adultos.

A pesar de la domesticación de los cuentos de hadas, el problema sigue vigente; hay quienes se postulan a favor de la lectura de estas historias para los niños y quienes las consideran dañinas. Los paradigmas de la educación han cambiado, no basta con que los personajes sean ejemplos de moral y venzan el mal portándose bien siempre. ¿Será bueno contar a las niñas, las mujeres empoderadas de mañana, una historia en la que una chica se la pasa en las tareas

¹⁸ Dickens, C. (1990). Frauds on the Fairies. En P. Hunt, *Children's Literature The Development of Criticism* (págs. 24-26). New York: Routledge.

¹⁹ Saki. (11 de noviembre de 2019). *El Cuentista*. Obtenido de Ciudad Seva: <https://ciudadseva.com/texto/el-cuentista/>

del hogar hasta que un hombre poderoso se casa con ella habiéndola visto sólo una vez en la vida?

Sin embargo, ni la Cenicienta está condenada a ser únicamente la muchacha que va al baile, ni Barba azul está destinado al olvido en la censura, como todos los cuentos de hadas estas dos historias perviven en una multiplicidad de formas y hacen eco con todos los cuentos de ancianas reunidas a un lado de un fuego. En realidad, ningún cuento está hecho para contenerse en los límites del género infantil, muchos regresan con las garras y los colmillos recién afilados y vuelven a entretener adultos, porque ningún cuento está del todo perdido, especialmente aquellos que a través de diversas metamorfosis continúan comunicando nuestras historias vitales.

*

Una vez me contaron una anécdota de una pareja que me dejó asombrada de que existiera gente así en la vida real; se trataba de un hombre malhumorado que buscaba un motivo para pelear con su mujer pero ella era un ama de casa tan perfecta que hasta cuando le pedía caca de gato ya se la tenía servida. Poco tiempo después, por azar, mientras leía *Cuentos de Hadas de Ángela Carter* llegué a “Razones para Pegar a tu Mujer”²⁰, un cuento Egipcio casi idéntico a la anécdota supuestamente verídica que me habían contado. Me dio todavía más gracia habérmela creído y a la vez poseer el secreto de que era *puro cuento*.

Sería imposible encontrar esta historia en la sección de literatura infantil. Sobrevive fiel a sus raíces de entretenimiento vulgar; se cuenta como anécdota, como chiste, como un cuento grosero entre adultos, está tan vivo como las primeras Caperucitas y Gatos con Botas. Los esfuerzos por preservar los cuentos de hadas en compilaciones apropiadas para las clases ilustradas no evitan que sigan proliferando en sus formas más tradicionales, tal como lo dice Carter: “...es paradójico que el cuento de hadas tradicional (...) haya sobrevivido y llegado al siglo XX en su forma más pletórica bajo la apariencia de chiste verde”²¹.

²⁰ Carter, A. (2017). *Cuentos de Hadas de Angela Carter*. Madrid: Impedimenta. (pág. 507-509)

²¹ *Ibid.* (pág. 27).

Al hablar de la permanencia de los cuentos de hadas, Carter destaca que es en la cultura popular donde siguen proliferando en su forma más pura. Las telenovelas, con sus protagonistas tan buenos, sus villanos tan malos y sus tragedias tan repetitivas, encarnan rasgos distintivos del cuento de hadas. Angela Carter no sólo confina los cuentos a sobrevivir en la tradición oral o en compilaciones eruditas, también considera la retroalimentación de los cuentos en medios audiovisuales de vuelta al habla. Los informantes de los Grimm en ocasiones citaban a Perrault, las historias traspasaban el papel y volvían a la memoria. Quizás ese será el caso de otras obras literarias que desde siempre fueron pensadas para la imprenta. Carter imagina una transformación en el arte de contar historias: así como las telenovelas conservan rasgos de cuentos populares, las películas y las series de televisión pueden recuperar los cuentos de hadas.

La especulación de Carter ilustra bastante bien el papel de los cuentos en la cultura popular alimentada por el cine y la televisión. El entretenimiento en masa que eran las historias de boca en boca ahora se ha deslizado a las pantallas. Así, en el cine y la televisión, volvemos a ver el camino del héroe recorrido por nuevas versiones de princesas encantadas, algunas a simple vista muy distintas de las de los cuentos, mientras que otras llevando su sentido arquetípico a nuevos horizontes.

“Razones para Pegar a tu mujer” y esa anécdota que escuché en Hidalgo en pleno 2018 destacan por conservarse fieles a sus orígenes a través del tiempo y el espacio. El chiste continuará prosperando por su cualidad de entretenimiento gratuito, no necesita trasplantarse del terreno de la oralidad para difundirse y permanecer; quizás tenga esta suerte precisamente porque su carácter soez no ha perdido gracia.

Por su parte, los más queridos cuentos de hadas continuarán transformándose en libros para niños, pero también en otros medios destinados a otras audiencias. Hay un público para las películas que cuentan las historias casi idénticas a las de las antologías infantiles a la vez que existe un mercado para producciones que las transforman en versiones de acción, que las trasplantan a nuestra era, parodias o reivindicaciones con valores actuales. En cualquiera de los casos, no nos cansamos de los cuentos de hadas porque representan los arquetipos que han estado cargados de significado desde el inicio de la humanidad y estos tienen el carácter

maleable necesario para pasar por múltiples metamorfosis y continuar reapareciendo en la cultura. De tal suerte que, dando la cantidad justa de pasos hacia atrás (como nos sugiere Frye), encontramos vestigios de las hadas en donde a simple vista no había rastros de magia.

En ese sentido, quizás no haya cuento más reproducido que “Cenicienta”. Al indagar cuidadosamente en las historias de los protagonistas menos aventajados podremos encontrar rastros de hollín de la misma chimenea en la que dormía esta heroína.

Dirección General de Bibliotecas de la UAO

1.2 Cenicienta

A las hermanastras de la Cenicienta de Disney jamás se les verá cortándose los dedos de los pies para entrar en la zapatilla, para esa película se pulió toda crueldad y en dibujos animados technicolor se logró una historia clasificación AA. Habrá a quien le parezca que esa es una historia tan simplona y aburrida como la de los libros para primeros lectores o quien llegue a sus ochenta años encantado de ver ratones cantando. El prodigio de las versiones de Disney es que realmente atienden a un público familiar. Si no es “Cenicienta” el clásico animado que una familia añora, quizás sea “La Bella y la Bestia” o “La Sirenita”... Habrá quienes prefieran las adaptaciones de novelas como “El libro de la Selva” o “Alicia en el País de las Maravillas”. De cualquier forma, Disney tiene la maestría de la adaptación, al grado de aprovechar el mercado de la nostalgia para hacer secuelas y *live actions* de sus películas.

Cenicienta no sólo pertenece a Disney, esta heroína reaparece en distintas historias, la podemos encontrar como el molde para otros personajes de filmes y series que nada tienen qué ver con una zapatilla de cristal o un hada madrina. Cuando un lector o espectador se encuentra a un personaje principal virtuoso, pero desventajado por el destino, que necesita a un guía, maestro o hada madrina para sacar a lucir sus cualidades, seguramente se encuentra frente a un héroe como Cenicienta. Más allá de la magia explícita, la zapatilla de cristal y el baile, la Cenicienta se compone de dos ingredientes: “...La virtud abre todas las puertas (...); y se necesitan padrinos y su apoyo”²². Historias que reúnen ambos componentes abundan.

En la versión de “Cenicienta” de los hermanos Grimm es fácil encontrar el acento en la bondad de Cenicienta, que queda manifiesta en una petición que le hace su madre antes de morir: “Querida hijita, sé buena y piadosa...”²³. Las producciones de Disney de 1950 y 2015 hacen hincapié en ello, la más reciente añade “valiente”. En *Tres nueces para Cenicienta* (1973), de los estudios checos Barrandov, se resalta la rebeldía de la protagonista, sin que el foco principal deje de ser su generosidad con los animales y otros sirvientes. Estos

²² Grugger, H. (2014). "La Cenicienta" intertextual y transmedia: acerca del sujeto y la autoría en el cuento de hadas. En I. Hernández, & M. Llamas, *Los Hermanos Grimm en Contexto. Reescritura e interpretación de un legado universal*. Madrid: Síntesis. (pág. 264)

²³ Grimm, J., & Grimm, W. (2015). *Cuentos Completos I*. Madrid: Alianza.

casos aún son una interpretación cinematográfica directa del cuento, el asunto es que la bondad es primordial para merecer ser apadrinado.

En lo que respecta a la televisión, el relato de “Cenicienta” se recuenta en muchas más versiones de las que podemos contar conscientemente. Una ocasión en la que el cuento volvió a hacer *boom* fue con la telenovela colombiana *Yo soy Betty la Fea* (1999-2001), la cual además de ser transmitida internacionalmente fue adaptada en 2006 a *La fea más bella* en México, y a *Ugly Betty* en Estados Unidos.

Las protagonistas de estas historias son talentosas pero menospreciadas por su apariencia; en un punto, el objeto de su interés amoroso juega con sus sentimientos y termina enamorándose de ellas por quienes son, sin embargo no logran estar a su lado hasta que pasan por un cambio de imagen mágicamente patrocinado por sus amigos. El argumento que sostiene esto es que hasta después de la transformación son mujeres seguras, constantemente se hace énfasis en que una vez que llevan ropa linda y dejan de usar lentes, se ven como son en su interior.

Películas de cambio de *look* como *El diario de la princesa* (2001) o *The Duff* (2015) también cumplen con las condiciones de estas telenovelas y, por tanto, de la Cenicienta. Después de que la protagonista adquiere la nueva imagen, consigue tener éxito, pero no pierde las cualidades iniciales que la hacían auténtica, ni su bondad sustancial. De nuevo, no se trató de crear a alguien de la nada, sino de apadrinar a alguien para que vaya al baile.

El cambio de imagen encanta a las audiencias tanto como el momento en el que Cenicienta pasa de estar descalza a las zapatillas de cristal. *Reality shows* como *No Te lo Pongas* (2003-2013) y *Cámbiame el Look* (2004-2012) están contruidos a partir del apadrinamiento de la Cenicienta. Con la asesoría de expertos en imagen y la nominación de los amigos, se consigue lo mismo que con las palabras mágicas; por su parte, los presentadores de estos programas constantemente dicen cosas como: “Queremos mostrarle al mundo la maravillosa persona que eres” o “Con toda esa ropa holgada no podemos ver que eres inteligente, talentosa y bonita”. Dichos *shows* pretenden demostrar que no cambian a la persona, sino que sacan lo

que se escondía detrás de los harapos: una persona virtuosa, la cual suele ser muy parecida a la misma Cenicienta de Disney.

Todos en mayor o menor medida nos preocupamos por nuestro aspecto. Sigue siendo satisfactorio ver a alguien que al transformarse por fuera adquiere confianza y ante el hecho se le despliegan cualquier cantidad de oportunidades. Por otra parte, es cierto que este género resulta un tanto rosa, todavía es una traslación directa del momento en el que la Cenicienta se viste de gala para el baile. Sin embargo hay muchas maneras de destacar la virtud de un personaje y muchos tipos de “gran noche” donde brillan las cenicientas.

En *Rocky* (1976), la bondad también se usa como principal característica en la construcción del protagonista. Que el garañón italiano pase de ser un golpeador a sueldo a ganar limpiamente boxeando arriba de un *ring* demuestra que el personaje tiene lo necesario para ser algo honorable, mientras se consolida una naturaleza benevolente que pasaba inadvertida detrás de los harapos y el hollín. El caso se repite en 1984 con *Karate Kid*, donde Mr. Miyagi le enseña karate a Daniel-san precisamente porque no quiere que sea un buscapleitos. Rocky y Daniel no están hechos para las peleas callejeras porque son virtuosos; Mickey y Mr. Miyagi ejecutan las funciones propias de un “hada madrina” al ser quienes los tallan, desbastan y abrillantan. Queda claro que los primeros no son niñas oprimidas por sus madrastras, y que los segundos no usan una varita mágica, pero cumplen con las únicas dos condiciones fundamentales de la historia: son personajes bondadosos que requieren la ayuda de sus padrinos.

Así es como “Cenicienta”, el relato de cómo la niña que dormía junto a la chimenea se hizo de lindas prendas para ir al baile y conseguir un príncipe de verdad, deriva en tantas narrativas. Los dos principios constitutivos del cuento permiten que sea un modelo que se puede llevar hacia nuevas formas que sean del gusto del público, ya que, si bien resulta encantador ver a una chica transformada en princesa gracias al toque de una varita mágica, es más apasionante ver a Rocky entrenar para ser el nuevo campeón.

Hay algo de muchacha cubierta de hollín en cada personaje que tiene todo en su contra para salir victorioso pero que es primordialmente bondadoso. Es precisamente a este a quien queremos ver convertido en héroe pues vemos algo de nosotros mismos en ese modelo, pues muchas veces no importa qué tan bien actúe uno, la fortuna no le favorece y sólo queda esperar a recibir una ayuda mágica o un inesperado golpe de suerte que mueva la balanza en nuestro favor y así podamos disfrutar de nuestra noche en el castillo.

Dirección General de Bibliotecas de la UAG

1.3 Blanca Nieves

Así como existe una sed humana por narrativas esperanzadoras, también la hay para aquellas que se adentran en nuestras facetas poco placenteras. Lo más común es que los padres amen a sus hijos y que los hijos por lo menos les muestren gratitud, pero esto no quiere decir que las buenas relaciones entre padres e hijos deban de provenir de una vida luminosa en su totalidad. Hasta los padres más dedicados han dejado alguna cicatriz en sus hijos y sobre todo las buenas madres han de ser madrastras en ocasiones.

La primera relación de peso que tenemos en la vida es con la madre y aunque nos gusta llenarla de rosas y frases de amor carentes de originalidad, existe una dimensión poco amable de la maternidad. El dolor del parto o la cesárea, los desvelos, la elección entre crianza y carrera, son algunos de los temas que poco a poco van dejando de ser tabúes y que llevan a muchas mujeres a optar por no ser madres. Por otra parte quienes lo son, no dejan de enfrentarse a las dificultades que implica relacionarse sanamente con sus hijos.

Sigmund Freud, abordó genialmente el tema de la relación madre-hijo valiéndose de la tragedia de Edipo; en un momento dado de la infancia, el hijo ve en la madre a la mujer ideal pero la imagen debe de corromperse para que el hijo crezca, busque su independencia y una posible relación con otra mujer, de no ser así, la madre pasa a ser Yocasta²⁴. Carl Jung propone el complejo de Electra como contraparte del complejo de Edipo: lo que siente el hijo por la madre es lo mismo que siente la hija por el padre, en su infancia ese ha de ser el modelo de hombre y competirá con la madre por su atención²⁵. Expuesta de esta manera la ecuación parece simple y es comprobable con la mera observación, ¿cuántos niños no ofrecen flores a sus madres como si fueran sus novias?, ¿cuántas niñas no prefieren los brazos de su padre antes que los de su progenitora? El conflicto se resolverá con el desarrollo de los niños aunque en casos patológicos los resultados de estas dinámicas pueden salirse de toda proporción. El destino más cruel de la relación entre madre e hijo es que reproduzcan exactamente la

²⁴ Anaya, Natalia Consuegra. *Diccionario de Psicología*. Bogotá: Ecoe Ediciones, 2010. Págs. 87-89

²⁵ *Ibid.* pág. 47

tragedia de Sófocles, sin embargo en el caso femenino puede ser que Electra no obtenga su venganza y que más bien sea una Blanca Nieves, víctima de los celos maternos.

En la mayoría de las versiones del cuento, Blanca Nieves nace del deseo de sus padres por tener una hija. Su madre muere cuando ella es apenas una niña, su padre vuelve a casarse y la nueva reina no quiere a la pequeña princesa. Aquí conviene detenernos en la madrastra, pues puede no ser una intrusa en la vida de la niña de blanca tez, sino un símbolo de la muerte de la mujer que deseaba tener una hija y renace en una madrastra que ve a la niña como una amenaza.

Algunos cuentos no pasan por esta metamorfosis de la madre, es ella misma quien desea la muerte de su hija. “Nourie Hadig”²⁶ es la “Blanca Nieves” armenia, su nombre quiere decir “trocito de granada” aludiendo al contraste de su blanca piel y sus labios rojos. En esta versión es la madre de Nourie Hadig quien pregunta a la luna nueva si es ella la más hermosa, la respuesta es positiva hasta que la niña crece y toma el título de la más bella. Los celos de la madre crecen al grado de solicitarle a su esposo que mate a su propia hija.

Angela Carter en el cuento “La Niña de Nieve”²⁷ hace que Blanca Nieves nazca en medio de un paisaje invernal, es la encarnación de los deseos del conde y de inmediato la condesa la odia. A lo largo de la narración, el conde va a proteger a la niña de los intentos de su esposa por deshacerse de ella. En este caso, Blanca Nieves nace solamente por el deseo masculino, es hija del conde pero no de la condesa, el foco es la rivalidad pero lo que subyace es la relación madre-hija y una cierta alianza inapropiada entre el conde y la niña.

Luisa Valenzuela, en su cuento “Avatares”, también resalta un cierto gusto del padre por su hija. El rey del norte pregunta al del sur por la hija de éste: “¿Y no es bonitilla, la pequeña, no es delicada y blanca como la nieve, con sus labiecitos carmín cual la gota de sangre en el pulgar de una futura madre, no tiene un culito turgente y redondito, como la mía?”

²⁶ Carter, A. (2017). *Cuentos de Hadas de Angela Carter*. Madrid: Impedimenta. (págs. 273-281).

²⁷ Carter, A. (2015). *The Bloody Chamber*. Nueva York: Penguin Random House. (págs. 115-116).

preguntábale entonces el del Norte”.²⁸ Hasta admite que gusta de molestar a su esposa resaltando la belleza de su Nieves: ““Yo trato de distraerme azuzándola a mi Gumersinda. Y ella me interroga cuando no puede más: Espejo, Espejo, me llama, porque mi esposa debe mantenerme el respeto y dirigirse a mí por mi nombre de familia, (...) ‘¿Quién es la más bella entre las bellas?’ Yo naturalmente, contéstole siempre: Mi Nieves, mi Blanquita””²⁹.

En el caso de “La niña de Nieve” y “Avatares”, tanto el conde como el rey parecen cruzar los límites aceptables de amor paterno hacia afectos que deberían estar reservados para una amante. En el cuento “Piel de Asno”, la esposa agonizante encarga al rey que si contrae nuevas nupcias lo haga con una mujer más hermosa que ella. Pronto el monarca se da cuenta que más hermosa que la reina solamente puede ser la princesa, su hija. La sucesión es lógica: solamente la misma sangre de la más hermosa -aventajada en juventud- puede adueñarse de tal título. La madrastra/madre de Blanca Nieves no sólo es una vanidosa simple, es una mujer que padece el haber sacrificado su juventud y belleza a los altares de la maternidad para perder su estatus de la más hermosa ante su propia hija. La relación de Blanca Nieves y su padre no es diferente de la que se presenta en “Piel de Asno”. Es el papel de la madrastra alejar a Blanca Nieves de casa, enviar a matarla para que se adentre en el bosque, hacerla morir con al morder la manzana y renacer con el beso de amor de un hombre que la llevará lejos del reino de su padre.

En muchas versiones, después de las nupcias con la nueva reina, el padre de Blanca Nieves muere. Esto explica porqué el padre no se interponga al maltrato de la madrastra a su hija. Sin embargo, si consideramos que la muerte del rey es real y no simbólica (implicando un papel secundario en esta parte de la crianza de su hija), sin la competencia por la atención de un hombre, la antagonista pierde fuerza. Por ejemplo, en la versión de Disney (1937), Blanca Nieves queda al cuidado de su madrastra y ésta no desea la muerte de la princesa sino hasta que el espejo le revela que aquella sigue siendo la más hermosa. Si consideramos que el rey realmente está muerto, resulta ilógico que la reina mala se convierta en una anciana horrenda

²⁸ Valenzuela, L. (2007). Cuentos de Hades. En L. Valenzuela, *Cuentos Completos y Uno Más* (págs. 47-84). Buenos Aires: Alfaguara. (p.76)

²⁹ *Ibid.*

por competir por ser la más hermosa. Solamente considerando que la verdadera función de la madrastra es hacer crecer a la niña es que el hecho adquiere sentido.

Blanca Nieves de Disney en su momento tuvo un tremendo éxito, sin embargo no ha envejecido bien; ha sido criticada por ser una película aburrida, con una protagonista demasiado pasiva, si acaso el diseño del personaje de la madrastra es lo que se continúa destacando como un gran acierto. Al momento de volver a contar el cuento en el cine, se continúa dando mayor protagonismo a la madrastra que a la princesa pues el modelo de la madre convertida en madrastra continúa siendo relevante a las experiencias de crianza de muchas mujeres.

2012 fue el año de las Blanca Nieves. *Blanca Nieves y el Cazador* dirigida por Rupert Sanders y protagonizada por Kristen Stewart, Chris Hemsworth y Charlize Theron, ofrecía una versión de acción del cuento clásico. Los avances prometían una princesa con un rol más proactivo en la trama; sin embargo, en el filme esto no sucede y los reflectores se centran en el cazador. La película resulta un tanto cursi, busca desesperadamente no caer en clichés fallando cada vez, derivando en un romance adolescente con escenas de acción. Meses antes, Lily Collins y Julia Roberts interpretaron a Blanca Nieves y su madrastra en *Espejito, Espejito* bajo la dirección de Tarsem Singh. La película no recibió demasiada atención, se vio opacada por la novedosa versión de Sanders. Parecía ser que *Espejito, Espejito* simplemente sería una versión actuada del cuento “Blanca Nieves”. Y sí, la película es un cuento de hadas cinematográfico, sin embargo tiene un buen cuidado en la estética visual, especialmente en los contrastes de color, junto con lo caprichoso de las escenografías y los vestuarios.

En ambos filmes se le daba un peso importante a la madrastra, siendo este el personaje más interesante. El filme de Sanders tuvo una precuela *El Cazador y la Reina de Hielo* que justifica la personalidad particular de la madrastra con un pasado tormentoso. En *Espejito, Espejito* es la madrastra quien narra el cuento y la rivalidad no se limita a una competencia de belleza, la reina y Blanca Nieves tienen el deseo común de desposar al príncipe. La

competencia por la atención del padre/esposo se desplaza a otro personaje masculino, pero la manzana de la discordia prevalece dando motivos a la madrastra.

Aunque este conflicto es intrincado y morbosos, la comedia también puede hacer uso de la madrastra que depreda al pretendiente de la hija. En la serie “Modern Family” Claire y su madre, Dede Pritchett, tienen una relación tormentosa, los comentarios de la madre afectan los nervios de la hija pues la mayoría de las veces insultan la calidad de sus decisiones o señala que ya no es tan bonita ni tan joven. Precisamente en el episodio titulado “Princess Party”, Dede llega de visita acompañada de un ex novio de su hija. Las situaciones y chistes del capítulo giran alrededor de cuántos comentarios insignificantes pero hirientes sobre la situación se necesitan para desquiciar a Claire y desatar una confrontación con su madre.

En el escenario de competir con la figura materna por el amor de un muchacho es fácil convertir a la madre en bruja, pero no es la única posibilidad en la que la madre juegue un rol de antagonista. En realidad, en las relaciones más cotidianas de madre e hija a diario habrá momentos en los que la madre deba actuar como madrastra. Visto desde fuera podrá ser juzgada como una madre amorosa y exigente o completamente como una bruja.

La película “I, Tonya” (2017), presenta el caso de la patinadora Tonya Harding y nos ofrece una mirada desde dentro a la relación que tenía con su madre, LaVona. Tonya realmente quería patinar y su madre veía el talento que tenía por lo que insiste en que compita, hace esfuerzos por conseguir la indumentaria adecuada, consigue quien la entrene y no se pierde de su número cuando lo pasan por la tele. Sin embargo, LaVona no es una madre tierna en ningún momento, al contrario, para hacer valer su autoridad hace uso de violencia física y en la gran mayoría de las conversaciones con Tonya abusa psicológicamente de ella. Todo parcialmente justificado en explotar al máximo el potencial de su hija.

Cabe destacar que ni Tonya ni LaVona son personajes de ficción. La película de hecho juega con los límites de la verdad. Pero es precisamente porque estamos hablando de personas representadas en una pieza de entretenimiento que se puede reiterar que el arquetipo, en este caso de Blanca Nieves y su madrastra, está sembrado en lo humano y se destilada en las

narraciones que no dejan de atraernos. Quizás en la realidad Tonya Harding tenga algún buen recuerdo de su madre o quizás LaVona haya sido mucho peor que en la película, pero para entender el papel que cada una juega en la historia que se nos presenta es válido reconocerlas como una Blanca Nieves y una madrastra más que una madre.

Mientras que Tonya tiene una relación evidentemente abusiva con su madre, otras maneras de relacionarse que no son enteramente negativas. Tal es el caso de “Valiente” (2012) de Disney Pixar. La relación entre Mérida y su madre, la reina Elinor, es tensa, la reina exige de su hija un comportamiento refinado y rígido que no va con su personalidad, esto genera resentimientos de ambas partes. En el punto más agitado de una discusión Mérida rompe un tapiz en el que se encontraban retratadas ella y su madre y Elinor tira al fuego el arco y las flechas de su hija. Al final Elinor debe de aceptar cómo es su hija y Mérida termina por aceptar que su madre, a pesar de cuanto le puedan disgustar sus reglas y modales, le ha dado enseñanzas valiosas para conducirse de manera independiente e inteligente por la vida. Este es un lazo amoroso pero que se atreve a explorar las veces que no lo es y por lo tanto revela algo de “madrastra” en la madre.

Otro vínculo entre madre e hija amoroso aunque dañado es el caso de Christine y su madre Marion en la película “Lady Bird” (2017). Christine tiene grandes expectativas para sí misma y su madre siempre tiene un comentario pesimista sobre el futuro que su hija imagina. Al contrario de Elinor parece no darle herramientas a su hija para su independencia sino que, mediante la crítica dura que caracteriza a este tipo de madres, corta las alas de Christine. Es fácil señalar esto como cruel de parte de la madre si uno está acostumbrado a discursos que tienden a lo motivacional y a la lucha incansable por los sueños imposibles, sin embargo, Marion quiere ser realista respecto de las posibilidades Christine. Esta perspectiva es lo que la lleva a insistir en que Christine no vaya a estudiar a Nueva York, Marion sabe que es una gran oportunidad pero dada la situación económica preferiría que su hija no insistiera en ello. Marion en todo momento actúa pensando en qué será lo mejor para su hija, aunque eso las haga pelear.

El cuento de *Blanca Nieves* contiene la figura de una mujer oscura, vanidosa y egocéntrica, pero a la vez lo que consigue este personaje es que su hija salga el mundo y emprenda una vida lejos de sus padres, en ella convive una dualidad, lo enfermizo de competir con la juventud a la vez que un papel fundamental en el crecimiento de la niña. Las madres/madrastras que se inclinan a competir con las hijas por la belleza o pretendientes pueden terminar siendo risibles o verdaderas amenazas. De cualquier manera suelen acompañar su personalidad de crítica recargada a sus hijas y esto es común a todas las madres crueles. Esto es especialmente cierto personajes de madres que están dispuestas a pasar por encima de los deseos de sus hijas por buscar el bien de estas últimas, lo que sea que eso signifique para cada cual.

Es precisamente por la amplitud de los motivos y funciones que la madre/madrastra conecta con el grueso de las experiencias humanas porque ninguna madre puede ser sólo dulzura si realmente desea enseñar algo de valor a sus hijos. A su vez, más allá de los deberes de la crianza se trata de una persona con deseos y temperamento propios que pueden llegar a colisionar con los de sus hijos y quedar ante ellos como una malvada bruja. Al final, todas las posibilidades de la experiencia maternal caben en el modelo de la el madrastra/madre de Blanca Nieves por lo que se continuará reproduciendo para contar historias de madrastras monstruosas pero también de severas pero buenas madres que procuran a sus hijas la manzana envenenada para que despierten en un mundo lejos de sus padres.

1.3 La Bella y la Bestia

¿Qué hace de un hombre una bestia? En francés, la expresión “tu es bête” quiere decir “eres tonto”, lo cual da para pensar los presupuestos que se tienen acerca de las bestias. En estas palabras, el término “bestia” no solamente describe a un animal indeseable por su aspecto o comportamiento violento sino a un ser carente de cualquier inteligencia que se pueda reconocer como humana. Llamar a un hombre “bestia” supone vestirlo de todas estas cualidades indeseables. En los cuentos de hadas, el hombre torpe y feo, la bestia, tiene una única oportunidad de redención: que una mujer hermosa acepte su cortejo y lo despose. Esta parece ser la constante de todas las versiones de “La Bella y la Bestia”, no obstante la fórmula tiene muchas maneras de reinventarse; las bestias no siempre han de ser del género masculino y su salvación no siempre ha de ser su transformación en una persona bien parecida.

“La bella y la Bestia”, como lo escribió Jeanne-Marie Leprince Beaumont, es una lección para señoritas sobre el matrimonio; Tatar escribe al respecto “... es también una trama en la que las preocupaciones femeninas alrededor del matrimonio pueden hallar expresión (...) y es posible que, en determinada época, haya circulado como una narración que calmaba los temores de las jóvenes que debían enfrentarse a un matrimonio de conveniencia con un hombre mayor”.³⁰ Este uso del cuento no excluye a Bella del camino del héroe; tiene su llamada a la aventura cuando decide tomar el lugar de su padre como prisionera de la Bestia, una vez en el castillo se adentra en la naturaleza de su captor y rescata sus rasgos amables, cuando debe de regresar a casa a cuidar a su padre enfermo trae consigo los objetos mágicos que le ha regalado Bestia y el conocimiento de que en realidad hay bondad en él; y, finalmente, cuando Bella regresa al castillo salva a Bestia de la muerte y de su monstruosidad al corresponder su amor. El triunfo de Bella sobre Bestia, pese a que se manifiesta como una transformación, no es diferente al del caballero que degüella al dragón. María Warner resume este arco narrativo de la siguiente manera: “... el relato comienza con una maldición o hechizo que obliga al héroe masculino a mostrar un aspecto horrible y, tras pasar por una serie de pruebas y horrores, concluye con el reconocimiento y la realización personal”.³¹ La propuesta

³⁰ Tatar, M. (2012). *Los Cuentos de Hadas Clásicos Anotados*. Barcelona: Crítica. (pág. 60).

³¹ Warner, M. (2019). *Cuentos de Hadas*. Madrid: Larrad (pág. 67).

de Warner engloba muchas versiones del cuento pero a la vez deja mucho espacio para que bellas y bestias inusuales exploren lo que es el reconocimiento y la realización personal.

Así como no podemos atribuir la “Cenicienta” a un autor, “La Bella y la Bestia” no es enteramente el fruto del genio de Beaumont. Tatar rastrea una de las primeras versiones del cuento hasta Apuleyo con “Psique y Cupido”. Cuentos como “Al este del sol y al oeste de la luna” o el “Pájaro verdoso” son pruebas de la popularidad del cuento de “Psique y Cupido” antes de que tomara la forma de “La Bella y la Bestia”, en el que, como explica Tatar, se destaca que la esencia del amor romántico es trascender la apariencia física. En estos cuentos, el esposo no muestra su verdadera forma y es la curiosidad de la esposa lo que la lleva a romper las reglas que se le han impuesto y descubrir así la forma que adopta su esposo durante la noche. Al quebrantar esta regla, la esposa debe de llevar a cabo una serie de tareas imposibles para recuperar a su amado. Esta narración parece distar mucho de “La Bella y la Bestia” de Leprince, en esta el hombre de entrada es una bestia y la mujer lo transforma solamente siendo bondadosa, sin embargo, no deja de ser la historia de un varón que cambia por el amor de una dama, es decir los roles asignados a los personajes masculino y femenino son los mismos.

Parece un rasgo definitivo del cuento que la bestia sea masculina y la bella femenina, que la bestia tenga arrebatos de ira y la bella sea increíblemente compasiva. Las características negativas se le atribuyen a la parte animal de la bestia, se consideran un reflejo de sus yerros, lo que le ha hecho perder su condición de hombre, mientras que la bella es la encarnación de todas las virtudes humanas. Muchas versiones cinematográficas conservan esta estructura, si acaso haciendo que la moraleja se apegue un poco más a dejar de lado la superficialidad y ver la verdadera “belleza de corazón” que se esconde detrás de un rostro temible.

Entre las películas que se apegan fielmente al cuento de Le Prince, se encuentra la de Jean Cocteau (1946), que es casi como leer el cuento en voz alta. El mismo Cocteau al principio de la película, les recuerda sus espectadores que tendrán que recuperar la ingenuidad de la infancia para creer la historia que se contará y abre con las palabras que, por antonomasia, nos sitúan en el mundo del cuento de hadas: “había una vez...”. En 2014, se usa como artificio un libro de cuentos que se abre para contar nuevamente la historia en la producción franco-

alemana de “La Bella y la Bestia”. Ambas películas dan crédito al texto Beaumont como autora del cuento.

La película *Beastly* (2011) dirigida por Daniel Barnz, parecería despegarse del cuento de Leprince al situarse en nuestra era, sin embargo, aunque no pida de la inocencia infantil ni abra libros para contar un cuento, la película sigue paso a paso la narración de “La Bella y la Bestia”; un chico rico y engreído es maldecido, su aspecto será horrible hasta que logre encontrar el amor. Al igual que en *Beastly*, existen más representaciones de novios bestiales que en la realidad serían insalvables, pero que en la ficción pasan por la misma transformación que la bestia del cuento de hadas. Toda historia en la que un hombre hermético y frío decide mostrar su lado sensible con la mujer indicada, en la cual el chico malo solamente es bueno con la chica tierna, es la transformación de la bestia a príncipe gracias a el amor de la bella. De tal suerte que *Un amor para recordar* (2002), *Crepúsculo* (2008) y *Cincuenta Sombras de Grey* (2015) vuelven a contar la narración de Leprince. Ya sea situado en el mundo de las hadas o en el siglo XXI, si el arco narrativo es el mismo propuesto por Warner, tenemos una bella y una bestia clásicas.

Por otra parte, hay novios que en los cuentos de hadas no pueden ser cambiados, tal es el caso de Barba Azul. El adinerado hombre del místico vello facial ciertamente es un esposo bestial, sin embargo dista de ser uno que pueda ser redimido por amor. Así como ocurre en el cuento de “Cupido y Psique”, el lado bestial de Barba Azul es revelado por la curiosidad de su esposa. Pero en su caso ni lograr grandes hazañas ni su bondad conseguirán transformarlo, a ella sólo le queda esperar a que una espada degüelle a la bestia; en el cuento de Perrault son sus hermanos quienes vencen a la bestia, en el cuento de Carter, “La Cámara Sangrienta”³², es la madre de la muchacha. Aunque engreídos, vanidosos, tontos o de mal carácter, ninguna de las bestias de las versiones que se apegan al cuento de Le Prince son asesinas, ese es el límite que los privaría del final feliz.

Precisamente por los oscuros rasgos de “Barba Azul” es que cada vez es más difícil encontrarlo en el área infantil, sin embargo no es imposible. La lección que pretendía rescatar

³² Carter, Angela. *The Bloody Chamber*. Nueva York: Penguin Random House, 2015. (págs. 1-45)

Perrault era la de la obediencia, el supuesto era que si la esposa no hubiera abierto la puerta viviría pero no es una moraleja satisfactoria. Luisa Valenzuela recupera al personaje de la viuda de Barba Azul en su cuento “La Llave”³³ y en este sostiene que es precisamente la curiosidad lo que la salvó, porque ¿con qué pretexto asesinó Barba Azul a la primera esposa? La verdadera moraleja es que a los hombres bestiales no los transforma ninguna mujer. El cuento infantil “La Amante del Miedo”³⁴ de Edward van Vondel e Isabelle Vandenberghe cuenta “Barba Azul” como la historia de una muchacha insensata que se aburre si no está constantemente en riesgo. De ahí que elija a un novio poco conveniente. Cuando descubre las cabezas de otras muchachas en una de las habitaciones de la casa escapa y el final del cuento juega con la idea de alimentar a una planta carnívora con el hombre bestial. Cualquier Barba Azul está más allá de la posibilidad de cambiar, por lo que sus novias deben alejarse de ellos y de ser posible aniquilarlos.

En la realidad, la estrategia que se debería de aplicar para cualquier novio bestial, desde el chico malo hasta el asesino serial, es la retirada. Quizás esto suene exagerado para las versiones modernas del cuento de Leprince, sin embargo son fantasías que distan mucho de representar los sacrificios y transformaciones de una pareja. La comedia *Shrek* (2001), precisamente porque es la cumbre de la parodia de los cuentos de hadas, transgrede las características típicas de las bellas y bestias. Shrek es un novio monstruoso, además de feo es grosero, tosco y uraño, mientras que su contraparte, Fiona en principio es hermosa además de fuerte, atlética y divertida, mas pesa sobre ella una maldición que por las noches la convierte en ogra, padece la maldición de la bestia que usualmente cae sobre príncipes engreídos. Es Fiona quien le enseña a Shrek que es capaz de amar y ser amado, que él puede ser tierno. El ogro también aporta algo a la princesa pues antes de conocerlo ella deseaba vivir el cuento de hadas, sin embargo con Shrek puede ser más que una damisela en atrapada en la torre. De los cambios internos que sufren ambos personajes los más obvios son los de Shrek pero eso no desmerita los cambios de Fiona. Por otra parte, en lo que respecta a la apariencia física, quien se transforma en algo inesperado es Fiona, pues en lugar de recuperar

³³ Valenzuela, Luisa. «Cuentos de Hades.» Valenzuela, Luisa. *Cuentos Completos y Uno Más*. Buenos Aires: Alfaguara, 2007. 47-84. (págs: 80-84).

³⁴ Vondel, E. v., & Vandenberghe, I. (2009). *La Amante del Miedo*. Granada: Barbara Fiore.

su belleza “toma la forma del verdadero amor” y queda para siempre como una ogra, lo cual es ideal para Shrek y ella lo puede aceptar porque no ya no desea ser desposada por un príncipe encantador.

Así como Fiona es una bella con una parte monstruosa, existen algunas heroínas que enloquecidas de dolor o encapsuladas en sus miedos se convierten en bestias. *Maléfica* (2014) cuenta “La Bella Durmiente” desde la perspectiva de la villana, reivindicándola como la verdadera heroína del cuento. Cuando Estefano le corta las alas la convierte en bestia, pero su verdadera naturaleza es rescatada por el amor filial que inevitablemente nace entre ella y Aurora, su bella.

El caso de *Frozen* (2013) es similar. La intención era recontar “La Reina de las Nieves” de Hans Christian Andersen, la historia de crecimiento de unos niños que pasan de ser amigos a distanciarse por la adolescencia hasta reencontrarse como jóvenes para que el amor de Gerda descongele el corazón de Kay y su relación pase a ser la de enamorados. Sin embargo, en la versión de Disney, no hay personajes que correspondan a Kay y Gerda. La reina de las nieves, Elsa, tiene los poderes mágicos sin embargo su naturaleza no es la de villana. Elsa no tiene control sobre sus poderes lo que la llena de temores y la lleva a aislarse, porque se le considera una amenaza. Al accidentalmente congelar el corazón de su hermana es cuando, al igual que Gerda, descubre que sólo el amor puede revertir el hechizo.

Tanto *Maléfica* como *Frozen*, buscaban dejar de lado las historias de princesas que destacaban el amor romántico como el valor más alto. En consecuencia se obtuvieron historias de mujeres de la misma naturaleza que Bella que rescatan de sus conductas de Bestia a sus hermanas mayores.

Los ejemplos citados hasta ahora, tanto los cuentos cinematográficos como los del chico malo y de las mujeres bestiales, mantienen las cualidades de lo que hace a la bella y lo que hace a la bestia iguales a las del cuento original; la primera se mantiene piadosa y segura de poder cambiar a la bestia mientras que esta última descubre a través de la bella que la respuesta siempre fue el amor y así recupera su vida civilizada. Sin embargo, hay otra forma de asignar valores a cada cual.

La forma del Agua (2017) de Guillermo del Toro es una versión de “La Bella y la Bestia” en la que hay diferentes tipos de bestia. El anfibio es la bestia obvia, sin embargo en él hay nobleza libre de cualquier vicio humano. Eliza, por su parte, es estruendosamente peculiar, un personaje marginal del que se destaca su bondad. Finalmente, el coronel Richard Strickland es el antagonista que es fácil detestar y quién al perder los dedos se vuelve tan grotesco por fuera como es por dentro. En este caso lo bestial está en lo humano, en la avaricia y en el utilitarismo representado en Strickland. Eliza no cambia al monstruo sino que encuentra en éste a alguien de su especie. Al final es ella quien se convierte a su verdadera forma para vivir en libertad con la bestia y así deja atrás el peso de lo humano.

Angela Carter propone lo mismo en el desenlace de “La Esposa del Tigre”; la protagonista se siente asqueada de la falsedad de lo humano; su padre fue capaz de venderla para pagar sus deudas de juego y no desea ser más como él, entonces la bestia lame su piel humana, dejándola realmente desnuda, con su pelaje revelado, entonces es cuando ella abraza su verdadera naturaleza, la de la bestia, igual a la de su esposo. En otro cuento de Carter, “El Cortejo del Sr. Lyon”, a lo humano se le atribuyen valores negativos y a lo animal los positivos; lo que distingue a la bella es su vanidad mientras que a la bestia lo caracteriza su ternura. Al final es el amor de la bestia lo que hace que ella pueda ver más allá de su apariencia (sin necesidad de una transformación mágica) y se quede con él en su palacio.

Las líneas definitorias entre los roles de la bella y de la bestia se salen de sus contenedores y se expanden a posibilidades muy alejadas del cuento de Beaumont. La propuesta del arco narrativo de María Warner respecto a lo que ha de pasar con la bestia en el cuento concuerda con todos los finales felices para la bestia: “tras pasar por una serie de pruebas y horrores, concluye con el reconocimiento y la realización personal”. Esto último puede significar recuperar su forma humana y obtener el amor de la bella o darle la oportunidad a la bella de ser bestia, dependerá de cuales sean los rasgos que distingan lo vil de lo virtuoso en su momento. Es por esto que los modelos de la bella y la bestia tienen tantas posibilidades, porque dependen de cuáles sean los valores más altos al momento de recontar la historia.

La fantasía de la mujer que domina al hombre peligroso seguirá reproduciéndose en todas las formas de entretenimiento disponibles, porque ahora como entonces esta relación no deja de

ser atractiva para el deseo de muchos. Pero en las opciones más interesantes se jugarán con los límites de lo que distinguen la bella de la bestia. Mientras que sigamos encontrando rasgos despreciables en nuestra humanidad seguiremos atribuyendo virtudes a lo que se aleje de nosotros y viva más salvajemente fuera de la convención por lo que cada vez será más difícil acordar qué es bello y qué hace a una bestia si seguido encontramos belleza en estas.

Dirección General de Bibliotecas de la UAG

1.4 Conclusiones

Mi búsqueda por los originales de los cuentos de hadas estaba dirigido por una ingenuidad infantil que realmente esperaba una respuesta concreta. Mircea Eliade califica como un despropósito la búsqueda de algunos folkloristas por un origen de los cuentos de hadas que señale un punto geográfico y una fecha histórica³⁵. Estas narraciones no son un invento que pueda pertenecer en exclusiva a una cultura para dejar su legado al mundo, son realmente una necesidad humana por entretener pero sobre todo por contar lo que es vital para nosotros. En cada asentamiento humano los cuentos de hadas brotaron como si fueran una forma de vida próspera que continúa reproduciéndose exitosamente.

Desde un principio los cuentos, sin importar en qué parte del globo aparecieran, eran todos muy similares, porque como humanidad tenemos preocupaciones universales, lo más relevante para uno es lo que significa en lo profundo de nuestra alma, lo que conecta con lo que nos hace humanos. Es decir, atendemos a los arquetipos del inconsciente colectivo como señala Jung³⁶ y eso es lo que continuamos narrando a través del tiempo.

Pese a que Jung³⁷ utilizaba los arquetipos para explicar el significado de los sueños y los mitos, él mismo no apostaba a un listado de arquetipos, significados y variantes sino a entender realmente qué es el significado que se juega en cada narrativa. En nuestra vida consciente no vemos una película de superhéroes y decodificamos cada personaje para entender sus funciones arquetípicas y esto no quiere decir que no lo entendamos, comprendemos en un nivel profundo la figura del héroe y cómo supera la adversidad y emerge como una mejor versión que antes, simplemente no articulamos este conocimiento. Los niños toman como modelos a los superhéroes porque entienden lo que significa aunque no lo puedan expresar más que en admiración.

Bajo esta reproducción velada de narrativas de importancia es como han persistido los cuentos. Eliade propone que la única diferencia entre el cuento de hadas y los mitos es la función ritual, por lo que podemos considerar que en los cuentos se conservan las mismas

³⁵ Eliade, M. (1991). *Mito y Realidad*. Barcelona: Labor. (pág. 83)

³⁶ Jung, C. (1970). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Barcelona: Paidós

³⁷ Jung, C. (2002). *El Hombre y sus Símbolos*. Barcelona: Caralt

representaciones arquetípicas solamente que bajo otros nombres, por lo que en ellos se encuentran modelos vitales para la humanidad y estos son los que continuamos reproduciendo. Así es como la “Cenicienta”, “La Bella y la Bestia”, “Blanca Nieves” y cualquier cuento que podamos pensar, persisten en la cultura.

“Cenicienta” como la cuenta Perrault o los hermanos Grimm es un modelo de realización de aspiraciones femeninas tradicionales; la belleza exterior se equipara con la interior y hay un matrimonio con un hombre poderoso que es la liberación de las tareas domésticas. Pero en la médula de la Cenicienta está el *underdog* que no solamente se limita al éxito femenino tradicional, basta con tener la suerte en contra y realmente merecer una gran noche para brillar. Este modelo se acopla a muchas más narrativas que la del cuento de hadas clásico.

Así, podemos pensar en Cenicienta y su hada madrina de “La Cenicienta” de Perrault, como la relación arquetípica que es usada como molde para muchas otras narrativas que se fundan en el mismo tipo apadrinamiento. De tal suerte que, héroes subestimados con mentores que los hacen brillar comparten sus raíces con el cuento de hadas.

Esquema 1: Variaciones arquetípicas de Cenicienta.



Esquema 1. Del primer original rastreable del cuento de hadas “La Cenicienta” de Charles Perrault, se desprenden los arquetipos de “Hada Madrina” y “Cenicienta” de los cuales derivan los demás personajes de películas.

Del mismo modo, la Bella y la Bestia son modelos para hablar del amor verdadero, lo que sea que esto signifique en un momento dado. Más que amar sin considerar la apariencia física como algo importante, lo que está en juego es lo virtuoso deseable contra lo mezquino o incivilizado. Esto hace que el cuento se adapte a narrativas en las que el amor transforma el interior sin tener injerencia en el exterior, además de abordar los valores que realmente pesen sobre lo humano. Aunque cada vez hayan más bestias con valores positivos y bellas que no son el conjunto de todas las virtudes, podemos reconocer que emanan de los arquetipos del cuento de hadas, de hecho rastrear de dónde vienen es lo que hace posible señalar los cambios de contenido de las variantes de personaje que son relevantes para la historia.

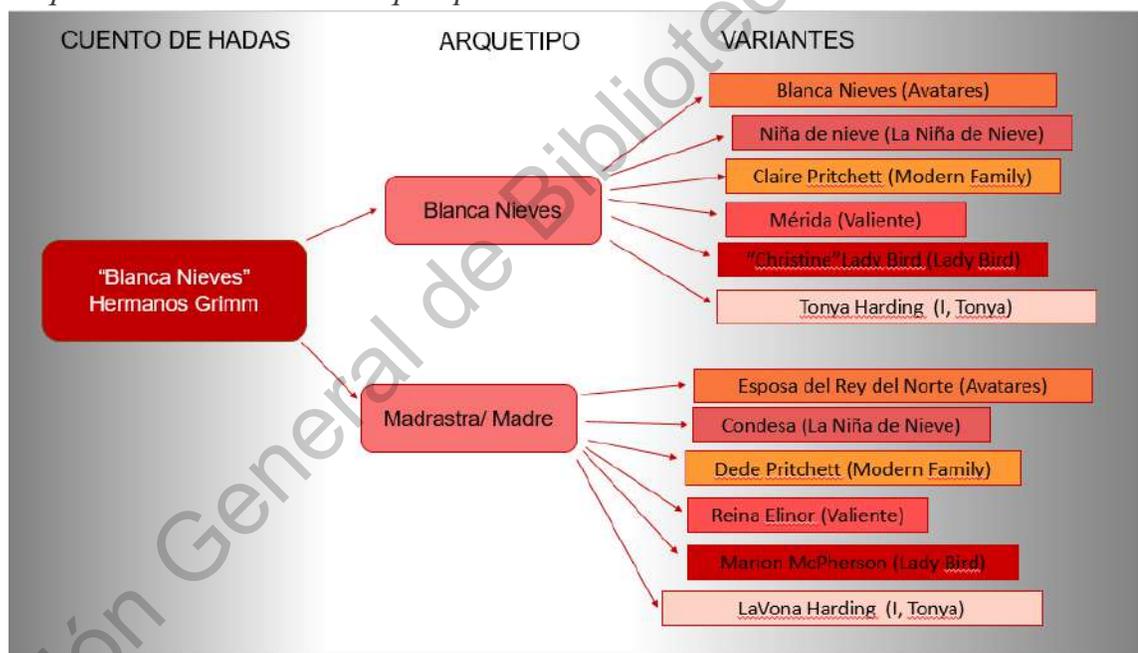
Esquema 2: Variaciones arquetípicas de la Bella y la Bestia.



Esquema 2. Del primer original rastreable del cuento de hadas "La Bella y la Bestia" de Jeanne Marie LePrince Beaumont, se desprenden los arquetipos de "Bella" y "Bestia" de los cuales derivan los demás personajes de películas y cuentos.

El caso de “Blanca Nieves” reposa sobre más sutilidades que los anteriores. Hay muchos ejemplos de narraciones y películas donde se revive la relación de la princesa con la madrastra directamente, si acaso con tintes más oscuros que el cuento de los Grimm. La virtud de la madrastra de Blanca Nieves es disfrazarse, así como en el cuento se transforma en una inofensiva viejecita andrajosa, en distintas películas es la madre biológica que, pese al amor que pueda haber entre ellas, presiona a su hija en muchas ocasiones llevándola al límite. La relación complicada entre Blanca Nieves y su madrastra aborda los tormentos de la maternidad que acechan a todas las madres. Así, más que contar de nuevo el cuento de Blanca Nieves se cuenta el de la madrastra que es apto también para las más amorosas madres biológicas.

Esquema 3: Variaciones arquetípicas de Blanca Nieves.



Esquema 3. Del primer original rastreado del cuento de hadas “Blanca Nieves” de Jacob y Wilhelm Grimm, se desprenden los arquetipos de “Blanca Nieves” y “Madrastra/Madre” de los cuales derivan los demás personajes de películas y cuentos.

En este juego de reproducciones los personajes de cuentos se pueden reconocer en nuevas narrativas que los utilizan como molde. Pese a la utilidad de las gráficas anteriores cabe recordar que el cuento del cual emergen los arquetipos es sólo una herramienta para poder acudir fácilmente al texto. Sería imposible referir a todos los cuentos de la tradición oral y mitos en los que se encuentra representado el arquetipo y más que eso, los arquetipos surgen del inconsciente colectivo y ese sería el origen último.

No podemos aspirar a encontrar el origen de los cuentos de hadas porque pertenecen a toda la humanidad a través de todos los tiempos. Hace falta aceptar perdernos en el laberinto enredado de versiones con el nebuloso mapa del folklore, andar a tientas descubriendo nuevas Cenicientas y Barba Azules en las tradiciones mundiales. Si acaso podemos seguirles el rastro para identificar cómo son el molde narrativas con nuevos sentidos y valores que continúan conectando con lo humano y considerar a cada nueva versión un nuevo original.

Después de aceptar este andar a tientas es que decidí escribir cuentos en el mismo vaivén de velada reproducción de los cuentos de hadas, por lo que surgieron cuentos repletos de transformaciones bestiales, niñas perdidas y madres atroces. Estos cuentos son mi propio juego de transformaciones de cuentos de hadas, mis cuentos de hadas, historias posibles en el contexto que conozco y de los sueños hechos lenguaje.

Bibliografía

- Anaya, N. C. (2010). *Diccionario de Psicología*. Bogotá: Ecoe Ediciones.
- Campbell, J. (1979). *El héroe de las mil caras*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Carter, A. (2015). *The Bloody Chamber*. Nueva York: Penguin Random House.
- Carter, A. (2017). *Cuentos de Hadas de Angela Carter*. Madrid: Impedimenta.
- Chesterton, G. (2018). Fairy Tales. En G. Chesterton, *All Things Considered* (págs. 133-135). Global Grey.
- Dickens, C. (1990). Frauds on the Fairies. En P. Hunt, *Children's Literature The Development of Criticism* (págs. 24-26). New York: Routledge.
- Eliade, M. (1991). *Mito y Realidad*. Barcelona: Labor.
- Fitzgerald, F. S. (11 de noviembre de 2019). *El Diamante tan Grande como el Ritz*. Obtenido de Ciudad Seva: <https://ciudadseva.com/texto/el-diamante-tan-grande-como-el-ritz/>
- Frye, N. (1971). *Anatomy of Criticism*. Princeton: Princeton University Press.
- Grimm, J., & Grimm, W. (2015). *Cuentos Completos I*. Madrid: Alianza.
- Grugger, H. (2014). "La Cenicienta" intertextual y transmedia: acerca del sujeto y la autoría en el cuento de hadas. En I. Hernández, & M. Llamas, *Los Hermanos Grimm en Contexto. Reescritura e interpretación de un legado universal*. (págs. 259-270). Madrid: Síntesis.
- Jung, C. (1970). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Barcelona: Paidós.
- Jung, C. (2002). *El Hombre y sus Símbolos*. Barcelona: Caralt.
- Kirk, R. (2009). *La Comunidad Secreta*. Madrid: Siruela.
- Perrault, C. (2016). *Cuentos Completos*. Madrid: Alianza.
- Saki. (11 de noviembre de 2019). *El Cuentista*. Obtenido de Ciudad Seva: <https://ciudadseva.com/texto/el-cuentista/>
- Tatar, M. (2012). *Los Cuentos de Hadas Clásicos Anotados*. Barcelona: Crítica.
- Valenzuela, L. (2007). Cuentos de Hades. En L. Valenzuela, *Cuentos Completos y Uno Más* (págs. 47-84). Buenos Aires: Alfaguara.
- Vendel, E. v., & Vandenabeele, I. (2009). *La Amante del Miedo*. Granada: Barbara Fiore.
- Warner, M. (2019). *Cuentos de Hadas*. Madrid: Larrad.

Referencias de Películas y Programas de Televisión

Cenicienta

- WALT, D. (Productor), Geromi, C. (Director), Jackson, W. (Director), Luske, H. (Director). (1950) Cenicienta [Película], Estados Unidos: Walt Disney Studios.
- VÁCLAV, V. (Director). (1973) Tres Nueces para Cenicienta [Película], antigua Checoslovaquia: Estudios Barrandov.
- CHARTOFF, R. (Productor), Winkler, I. (Productor), Avildsen, G. (Director), (1976) Rocky [Película], Estados Unidos: Metro-Goldwyn Mayer.
- WEINTRAUB, J. (Productor), Avildsen, G. (Director), (1984) Karate Kid [Película], Estados Unidos: Columbia Pictures.
- FERNÁNDEZ, M. (Productora), Ribero, M. (Director). (1999-2001) Yo soy Betty la Fea [Telenovela], Colombia: RCN.
- HOUSTON, W. (Productora), Marshall, G. (Director). (2001) El Diario de la Princesa [Película], Estados Unidos: Disney Studios.
- LONDON, S. (Presentadora), Kelly, C. (Presentador), Hakami, E. (Productor), Tranter, J. (Productora), Honig, J. (Productor), Vafiadis, M. (Productor). (2003-2013) No te lo pongas [Reality Show], Estados Unidos: TLC.
- MAI, J. (Presentadora), Patel, R. (Productor). (2004-2012) Cámbiame el look [Reality Show], Estados Unidos: Style.
- MEZA, E. (Productor). (2006-2007) La fea más bella [Telenovela], México: Televisa.
- HAYEK, S. (Productora). (2006) Ugly Betty [Serie de Televisión], Estados Unidos: ABC
- BARRON, D. (Productor), Branagh, K. (Director). (2015) Cenicienta [Película], Estados Unidos: Disney Studios.
- BELLO, S. (Productor), Sandel, A. (Director). (2015) The Duff [Película], Estados Unidos: CBS Films.

Blanca Nieves

- WALT, D. (Productor), Cottrell, W. (Director), Jackson, W. (Director), Hand, D. (Director), Morey, L. (Director), Pearce, P. (Director), Sharpsteen, B. (Director). (1937) Blanca Nieves [Película], Estados Unidos: Walt Disney Studios.
- MORTON, J. (Productor), Smirnoff, C. (Productor), Ko, E. (Productora), Young, S. (Productora), Mann, B. (Productora), Sielaff, A. (Productora). (2009-2020) Modern Family [Serie de Televisión]. Estados Unidos: ABC.
- MERCER, S. (Productor), Sanders, R. (Director). (2012) Blanca Nieves y el Cazador [Película]. Estados Unidos: Universal Pictures.
- KAVANAUGH, R. (Productor), Singh, T. (Director). (2012) Espejito, Espejito [Película]. Estados Unidos: Relativity Media.
- SARAFIAN, K. (Productora), Lasseter, J. (Productor), Andrews, M. (Director), Chapman, B. (Directora), Purcell, S. (Director). (2012) Valiente [Película]. Estados Unidos: Walt Disney Pictures Pixar.
- ACKERLEY, T. (Productor), Robbie, M. (Productora), Rogers, S. (Productor), Unkeless, B. (Productor), Gillespie, C. (Director). (2017) I, Tonya [Película]. Estados Unidos: LuckyChap Entertainment.
- BUCH, E. (Productora), O'Neil, E. (Productora), Rudin, S. (Productor), Gerwig, G. (Directora). (2017) Lady Bird [Película]. Estados Unidos: Universal Pictures.

La Bella y La Bestia

- PAULVÉ, A. (Productor), Cocteau, J. (Director). (1946) La bella y la Bestia [Película]. Francia: Scalera Film.
- KATZENBERG, J. (Productor), Adamson, A. (Director), Jenson, V (Director). (2001) Shrek [Película]. Estados Unidos: Dream Works.
- DINOVI, D. (Productora), Shankman, A. (Director). (2002) Un amor para recordar [Película]. Estados Unidos: Warner Bros.
- MOORADIAN, G. (Productor), Hardwicke, C. (Directora). (2008) Crepúsculo [Película]. Estados Unidos: Corazón Films.
- CARTSOINS, S. (Productora), Barnz, D. (Director). (2011) Beastly [Película]. Estados Unidos: CBS Films.
- LASSETER, J. (Productor), Del Vecho, P. (Productor), Buck, C. (Director), Lee, J. (Directora). (2013) Frozen [Película]. Estados Unidos: Disney Studios.
- ROTH, J. (Productor), Stromberg, R. (Director). (2014) Maléfica [Película]. Estados Unidos: Disney Studios.

GRANDPIERRE, R. (Productor), Gans, C. (Director). (2014) La bella y la Bestia [Película]. Francia: Pathé.

PERALES, A. (Productora), Brunetti, D. (Productora), Taylor-Johnson, S. (Director). (2015) 50 Sombras de Grey [Película]. Estados Unidos: Universal Pictures.

HENRY, P. (Productor), Tidy, P. (Productor), Del Toro, G. (Director). (2017) La Forma del Agua [Película]. Estados Unidos: Searchlight Pictures 20th Century Fox.

Dirección General de Bibliotecas de la UAO

Parte II: Cuentos

2.1 Aullidos

De niña lloraba al pincharme con la aguja. Sospechaba un veneno anidándose en mí. Ahora, aunque brote una redonda gota de sangre, me llevo el dedo a la boca sin prisa, sólo para evitar que se ensucie el bordado. Sé que toda queja es tan inútil como pretender que basta con limpiar la herida para salvarme.

Nuestras vidas son dibujos de hilo. Madre me enseñó esta labor. Ella hila en la rueca. Se cansa de recordarme que su espalda se encorva y su espina truena para que yo no viva esos pesares de tan joven. Pero sí me involucra en teñir las madejas y a las dos por igual se nos acaba la vista en perfeccionar los diseños en la tela, las manos en manejar la aguja.

Lo único que distingo es el hilo. Apenas sé los contornos de las demás cosas, aún con los ojos bien abiertos, es como si una luz me deslumbrara y solamente por el tacto supiera cuando algo está frente a mí. Antes todo era tan nítido, no había que convencerme de lo real. Saludaba al bosque, lo veía claro y lo sentía mi amigo. Sin conocerlo sabía de sus serpenteantes veredas, cómo me perdería en ellas y cómo cada una dejaría una línea en mi rostro y darían cuenta de mis pasos para no llegar a anciana sin reconocerme.

Un día, desde la espesura, vi los amarillos ojos de un lobo. Nos sostuvimos la mirada y supe que me indicaría qué camino tomar. Tomé mi caperuza roja y estuve a punto de salir por la ventana, pero madre cerró la cortina y me desabrigó. Guardó la prenda en un baúl con llave en su cuarto. Al poco tiempo me mostró el bordado y prometió que cuando fuera mayor me enseñaría a hilar como ella. El día que me sienta en la rueca seremos iguales, la luz acabará por cerrar mis ojos y quedaré dormida en un sueño muy profundo.

Todavía los árboles del bosque me llaman cuando el viento recorre sus hojas. Hay veces en las que me asomo por la ventana y al mirar el frondoso follaje siento que vuelvo a ver. De noche, despierto aullando, no puedo evitar responder a los lobos que en el bosque aclaman la luna. Quisiera controlar ese impulso, mantenerme callada, porque sé que a madre la hago temblar.

La rueca hace que madre lleve un ritmo adormilado en cualquier tarea, aunque sea algo que dice disfrutar. Para descansar la jornada, madre trabaja en los rosales que ha plantado alrededor de la casa, es todo su orgullo esa caprichosa fortaleza de espinas que depende de sus cuidados para florecer. Bosteza mientras arranca las hojas secas, al atar los tallos a la valla para que crezcan erguidos se restriega los párpados, cabecea con la regadera en mano y despierta cuando siente que se está mojando los pies.

Madre sólo despierta cuando tiene miedo. Una tarde, mientras regaba, una rata de campo saltó de entre las rosas. Madre fue tras el roedor. Lo tomó por la cola y lo pisoteó hasta que dejó de chillar. Desde entonces cuando sale a regar mantiene cerca el hacha y aunque se arañe los brazos, pone trampas entre los rosales.

En esta sumisión, llegará el día en el que me siento a la rueca y ande como sonámbula por la casa. Pero mientras tengo algunos descansos, respiros de ojos abiertos. Prefiero este breve alivio a espantar a madre y que clausure las ventanas. Sus mandamientos me anclan a su suelo y a su techo, pero, mientras obedezca, puedo tener deslices de secreta libertad.

En el tiempo previo a la labor, a veces salía de casa y caminaba bordeando el límite del bosque. Un día, encontré un ave en el suelo. Cuando la sostuve en mis manos la sentí fría pero después de un momento recuperó el latido. Le di mi saliva de beber y abrió los ojos. “¡Deja eso! ¡Está sucio!” gritó madre y me hizo volver a casa. El ave se fue volando. Más tarde, en la bañera, de mis lunares brotaron raíces y luego troncos y luego ramas y hojas. Madre me sacó del agua y restregándome con la toalla tumbó los cedros y robles. Desde entonces me hace bañarme con agua de rosas, y de mí crecen espinos.

Hay días en los que simplemente quisiera abrir la puerta y correr al bosque. Pero puede más mi miedo a encontrar la puerta con llave. De ser así, ni mirar por la ventana me salvaría, no tendría esperanza. Así me mantengo con vida. Miro mis deseos a través del cristal y alimento la posibilidad de huir sin atreverme. La puerta cerrada me aterra pero aún más imaginar que si madre me llamara de regreso, no haría falta nada para que caminara hacia ella. He crecido y siento cerca el día en que aprenda a hilar. Quisiera despedirme antes del bosque. Antes de apagar la luz me asomo por la ventana.

Esta podría ser la última noche en la que aülle. Apenas cierro los ojos sueño con los lobos. Callados me miran y algo en ellos me recuerda a madre, me recuerdan a mí. En las pupilas de una vieja loba veo a mi madre con el corazón expuesto, los rosales se estrechan alrededor y apenas la dejan latir. Los lobos aúllan y marchitan las flores, madre sostiene los pétalos temblando. En el siguiente palpitar le brota una gruesa raíz y ella grita desesperada.

Ya es de mañana. Pienso en el sueño, en esa raíz que le creció a madre. Se parecía a las mías, silvestres, lejanas de los rosales que madre insiste en venerar. Quiero hablar del bosque con madre, de mi sueño y nuestros árboles pero de inmediato me pasa el aro con el bordado incompleto. Puedo hablar mientras trabajamos, romper nuestra costumbre del silencio. Pero ha sido sólo un sueño, es cualquier cosa, como esa alucinación de árboles y espinos en la bañera. Sería mejor concentrarme en el trabajo, pero antes de que vuelva a clavar la aguja en la tela, el viento habla con la voz del sueño y me abre los ojos y los labios.

—Madre, ¿usted le teme al bosque? —frunce un poco la nariz, su desagrado me recuerda al hocico de la loba.

No la veo dispuesta responder pero insisto. Sin voltear a verme me contesta: —Soy tu madre, de todo te protejo y a nada temo.

—Nunca me ha dejado ir al bosque.

—Te comerían los lobos. —me lo dice mirándome a los ojos y creo ver en sus pupilas un rugido.

Después de eso apenas y puedo avanzar algo en el bordado. Mi vista no se enfoca en el hilo y la aguja. Mi corazón está agitado, siente que el bosque está más cerca que la rueca. A la vez temo que haber preguntado lleve a madre a cerrar la puerta, a cederme su lugar en la rueca. Pero el día acaba y una vez más puedo ver el bosque antes de dormir.

Vuelve a mí la loba de la noche anterior. Ahora en silencio me muestra a una niña de la mano de su madre. Ella, con fieros ojos, envía a su hija al bosque. La viste con un abrigo rojo y se despiden. La niña camina por el bosque hablando con su reflejo a la margen del río. Descubre algo salvaje en él, cree haberse encontrado con una bestia y corre. Corre de la sombra de su

propia capucha, del aullido que salía de su pecho, de un incendio que comenzaba en sus labios. Toma el camino equivocado y llega a mi casa, cargándome en el vientre, maldiciéndome la carne con el infierno que no desató en su boca para salvarse.

Despierto. Apenas va saliendo el sol. No me visto. No calzo mis pies. Camino a la puerta. Giro la perilla y la encuentro abierta, no me detiene la sorpresa, una seguridad indómita guía mis pasos. Corro al bosque. Creo poder alcanzarlo ahora. Madre me llama desde el umbral. Volteo a verla sin detenerme. No regreso a ella. Un golpe en la cabeza me derriba. Veo una piedra ensangrentada junto a mí. Todo se oscurece.

Abro de nuevo los ojos. Madre llora sobre la herida que me ha hecho. No sabe qué hacer con sus garras, con sus fauces, con su cuerpo salvaje atrapado en el vestido. Cuando se acerca beso sus ojos y quedan abiertos después tanto tiempo. Lame mi cabeza y estoy sanada. Aúllo y ella aúlla conmigo. Con los ojos cazadores nos miramos, nos conocemos. Sale de nosotras la ponzoña que nos adormecía, escapamos de las agujas y los hilos, del huso de la rueca. Caminamos al bosque portando nuestro maltratado pelaje con orgullo. Iluminadas por una sed bendita andamos las veredas. Bebemos del río como de nuestra sangre y llegamos a ancianas conociendo nuestro rostro.

2.2 Espejito mío

Tomó tiempo que Bianca se volviera interesante. Estaría cerca de cumplir un año cuando dejó de parecerse a cualquier bebé y sus rasgos tomaron forma para darme mi primera dicha. Un domingo su nana le puso un vestido que había sido mío. Cuando me la entregó ya arregladita para ir a misa lo vi claramente; la llevé al descanso de la escalera donde estaba mi foto infantil con el mismo atuendo, se lo mostré a mi esposo, –¡Están idénticas! –dijo riendo.

Se convirtió en un detalle más de mi vestimenta. Le encargaba a su nana que tuviera lista a Bianca cuando se presentaba algún evento social. Bien peinada, bien vestida y perfumada, la llevaba de la mano para que todo el mundo me dijera lo bonita que era y cuánto se parecía a mí. Era una réplica exacta de ese encanto de noche tibia y luna sin misterio, bonita sin provocar estremecimientos, sin compararse conmigo.

Bianca se convirtió en un proyecto paralelo a los cuidados de mi belleza. Además de ser la memoria de mi infancia, reflejaba una parte de mí: la dolorosa maternidad. Tenía que presentarse como un logro que me coronara como una gran madre. Si se encontraba sucia, si se le llamaba berrinchuda o grosera sería tan vergonzoso como lucir botas en pleno julio.

Bianca tenía que crecer como una dama. Su nana se ocuparía de sus necesidades, yo de su educación en las buenas maneras. Ella le serviría de comer, yo la haría sentarse derecha, ella la peinaría, yo le indicaría cómo, su nana lavaría su ropa, yo elegiría sus conjuntos. Así, cuando dijeran: “¡Qué bonito vestido trae Bianca!”, “¡Qué bien peinada va con esos moños!”, “¡Qué bonito oír a una nena decir por favor y gracias!”, estarían hablando de mí y sanando los dolores del parto.

Tuve que ser especialmente cuidadosa los fines de semana y arrebatarla del trato salvaje de su padre. Una cosa era que le hiciera cosquillas y otra muy diferente que le enseñara a darse maromas por el suelo. Si me descuidaba un poco ya la traía cargada de cabeza enseñando los calzones, y los dos reían como si no se tratara de una indecencia. Una vez los encontré queriendo jugar con lodo en el jardín. La niña obedeció a mi llamado. Su padre se quedó en mitad del jardín con la manguera en la mano.

–En serio no puedo creer lo irresponsable que eres con tu hija. ¡Es una *mujercita*! Y sólo yo sé lo que es mejor para ella. –discutimos hasta que dejó sus juegos de los sábados.

Bianca se convirtió en una damita miniatura, bienvenida en todas partes por sus buenos modales y yo fui laureada por ello. Me daba gracia llevarla como mi muñeca al café con las amigas, a los desayunos en el club, a las fiestas de cumpleaños... Hasta me daba el gusto de copiar algunos de mis gestos. Esa fue mi felicidad y por lo que me enalteció cada diez de mayo.

Entonces el tiempo comenzó a ser cruel con nosotras. Me di cuenta por primera vez un día que Bianca y su nana reían en su recámara.

–Ay mijita, te digo que eso ya no te queda. –le decía y volvía a reír. Bianca se había metido a la fuerza un vestido viejo, le quedaba demasiado ajustado en el talle, revelaba dónde comenzaría a curvarse su cuerpo.

–Quítate eso. –ordené callando las risas y me retiré a mi recámara.

Lo vi claramente, lo había visto antes en mí. Ya no la llamarían “señorita” con ternura, lo harían sabiéndola mujer, en ella se posarían miradas de deseo. Miré mis manos con las venas ensanchadas y algunas manchas aún tenues. Alcé la vista al espejo y noté mis mejillas colgando un poco, mi cabello perdiendo color... ya no eran sólo mis caderas las que hablaban indiscretamente de mi edad.

Dejé de llevar a Bianca a todos lados. Ya no era un adorno, ni mi lindo retrato infantil, venía por la belleza que alguna vez fue mía. “Así era su mamá. De ella ya no queda ni la mitad de lo que era” diría la gente.

Una noche estaba en mi tocador desmaquillándome cuando su nana entró al cuarto y me dijo:

–Señora, la nena se siente mal, está en su baño, quiere que vaya a verla.

Hastada fui a ver qué le pasaba a Bianca. La encontré con cara de agravio mientras sostenía una pantaleta ensangrentada.

–¿No te explicaron en la escuela? Estás en edad de que te pasen estas cosas. –fui por un paquete de toallas a mi baño y le enseñé a colocarla en su ropa interior. –¿Ves? Es fácil. No es el fin del mundo. Te va a pasar cada veintiocho días. Siempre lleva una en tu mochila por si acaso, no me quiero enterar que andas sacando la toalla como una descarada o que andas por ahí manchada, las señoritas no hacen eso.

Volví a mi tocador. Mientras me ponía las cremas de contorno de ojos comencé a pensar en la última vez que había necesitado una toalla. El primer sangrado de Bianca desencadenaría el florecimiento del resto de su cuerpo, se le comenzaría a llamar “guapa” porque “bonita” le quedaría chico. A mí me quedaría el vientre seco.

Bianca estaba creciendo, al pediatra le sorprendía con qué rapidez iba alcanzando mi estatura, al ginecólogo mi menopausia prematura. Hubo que comprarle su primer brasier y a mí hacerme cita para la primera mastografía. Bianca le pedía dinero a su padre para irse de compras con sus amigas, yo para las primeras sesiones de bótox. Bianca llegaría al punto máximo de mi belleza, la que perdí después de tenerla sin que yo pudiera mantener lo que me quedaba.

Para colmo se fue su nana. Recibió una llamada de su rancho y avisó que se iba. Bianca se abrazó a ella llorando, como si así fuera a impedir que saliera por la puerta. La mujer también lloraba y le besaba la frente. A Bianca el berrinche le duró todo el día. Le hubiera durado toda la semana pero me cansé del numerito.

–Ya estuvo bueno, eh, ni que te estuvieras quedando huérfana. Vete a lavar la cara y no te quiero volver a ver llorar. –obedeció aunque por nada se le quitaba la cara de melodrama.

Su nana la dejó hecha una inútil. A sus catorce años tuve que enseñarle todo. El primer día sin su nana fue un problema, casi como si volviera a ser una criatura de días de nacida. Me fue a despertar para que la ayudara a alistarse para ir a la escuela.

–Ay Bianca, si ya es bien tarde, son más de siete y media. –le dije incorporándome. Se disculpó diciendo que nadie la había ido a despertar.

–Para eso se pone un despertador, señorita. –le dije ajustándome la bata. –Por lo menos te hubieras puesto el uniforme.

–Es que no sé dónde está.

–¡Pues búscalo en tus cajones! –después de revolver todo su clóset encontró la falda, la camisa y los calcetines.

–Ya así, te vas sin suéter, no está haciendo frío. –luego le hice una coleta alta mientras se quejaba de los tirones que le daba.

Tardó dos semanas en aprender a hacer todo sola. Ya vestida y a buena hora iba a pedirme que la peinara. Fracturaba mi descanso, fue en ese tiempo cuando se me acentuaron las bolsas de los ojos.

Un vez que aprendió a peinarse la veía menos. Por actividades extra curriculares llegaba tarde a comer y ya nunca la llevaba conmigo a los cafés. Lo prefería así, porque cuando me topaba con ella, cuando me cruzaba con ella en la escalera, cuando por algo cenábamos juntas, cuando era domingo y teníamos que convivir, me asfixiaba con esa boca al filo del pecado, con sus largas piernas torneadas y los ojos tentadores... era yo a los quince años, por primera vez mujer.

Una tarde llegué antes de lo esperado a casa. Y encontré a Bianca hablando en la reja con un muchacho que sostenía un balón de futbol. Ella dio un salto atrás cuando me vio pero él me encaró.

–Buenas tardes señora. –me dijo ofreciéndome un saludo de mano. –Me llamo Antonio Férrez Galindo. Nos mudamos hace poco a la casa de enfrente, cruzando el parque. –sonrió con todos los dientes. Sabía usar todo su encanto para salir de cualquier apuro. –Se me fue el balón para su casa y Bianca me lo pasó.

–Muy bien. Me da gusto oír que Bianca haya sido tan amable, pero ya es hora de que vayas a casa, Antonio, antes de que oscurezca.

–Claro que sí. Con su permiso, hasta pronto.

Ya estaba encaminándose cuando le dije: –Nos encantaría recibirte mañana por la tarde, para que conozcas a tus vecinas.

–Muchas gracias, aquí estaré, –dijo guiñando el ojo.

Íbamos cruzando la puerta de la entrada cuando voltee con Bianca: –Estabas peor que novia de vecindad hablando en la reja con ese muchacho.

–No es mi novio. –balbuceó.

–¡Peor todavía! ¡Es completamente inapropiado! ¿Cuántos años tiene ese muchacho?

–No sé. También está en secundaria.

–Bueno, mañana tendremos suficiente tiempo para conocerlo. Vete a tu cuarto.

En el recibidor miré una foto de mi esposo y mía de novios. Bianca ya casi estaba tan hermosa como yo en ese entonces. Él había sido muy guapo, varonil, alto. El trabajo lo había acabado; calvo, arrugado, panzón, no se parecía en nada al retrato. Especialmente los viajes al extranjero, los cambios de horario le habían puesto peso a sus años. Esas largas ausencias tuyas me disgustaban mucho cuando recién casados, pero eventualmente llegué a ignorarlas, a poner mi energía en otra cosa. Como en ese momento en el que pensaba en Antonio.

Alto, fuerte, con una buena cabellera, reunía las mismas características que mi esposo cuando lo conocí pero aún más joven, todavía guardando cierta inocencia. Era encantadora esa seguridad tuya, convencido de tener todo bajo control, de estar jugando un juego en el que va a ganar siempre. Seguro de pequeño se salvaba de los castigos con poner una sonrisa inocente.

Ni en sueños dejé de pensar en Antonio. Lo soñé por partes, su boca frágil, sus ojos castaños, su cabello despeinado... más que verlo sentí toda su piel en mis manos, cada lunar de su espalda, sus hombros, la estrechez de sus caderas. Amanecí con un sabor a fruta fresca en el paladar.

Todo el día intenté sacudir a Antonio de mi memoria. Ya aparecía sonriendo, guiñando el ojo, corriendo a casa... Fue un alivio cuando sonó el timbre y era él.

–Adelante, pasa.

–Gracias, señora.

–Hola Toño. –Bianca lo saludó de beso. Yo tuve que suprimir una mueca, me disgustaba oírle hacer esa vocecita de niña chiquita y más el diminutivo “Toño”, siendo “Antonio” un nombre tan galante.

–Bianca, ve por algo para ofrecer a tu invitado. –se lo dije antes de que se pudiera sentar junto a él, yo ocupé ese lugar.

–Gracias por recibirme, señora.

–No hay de qué, has demostrado ser un muchacho educado. Sólo quiero que si vas a tratar a mi hija sea en un espacio adecuado.

Bianca regresó a la sala con algunas galletas y café. Los dejé solos pero di varias vueltas para asegurarme de que se estuvieran comportando y para ver a Antonio. Sus gestos eran más refinados que los de Bianca, tenía la seguridad que a ella le faltaba. Él reía, conversaba, ella asentía sosamente y respondía sus preguntas. Pese a ello las visitas de Antonio se volvieron frecuentes.

Siempre me daba gusto verlo pero además oírlo, llegaba con algún cumplido para mí. “Hoy anda muy guapa, señora”, “Le sienta mucho ese peinado”, “Se ve muy elegante con esas perlas”... Prestaba más atención a los detalles que mi marido.

Me quedaba un momento a platicar con Antonio antes de dejarlo solo con Bianca. Una vez que hacía eso sólo él hablaba, ella, ruborizada sonreía y si era necesario respondía a alguna pregunta. A veces volvía a sentarme con ellos, por el gusto de compartir con Antonio y quitarme las ansias de ver a Bianca haciendo el ridículo.

Quise ver a Antonio a solas. Deshacerme de Bianca un día, con cualquier pretexto y tenerlo una tarde, sólo para mí.

La mandé a visitar a su madrina.

–Hace mucho que no la ves y tú también tienes obligaciones con ella.

–Pero al rato seguro viene Toño.

–Ay, bueno, no pasa nada que no lo veas un día, yo le digo a donde fuiste y tal vez pueda venir mañana.

–¿No vas conmigo?

–No. Ya sabes que esa tía de tu papá y yo no congeniamos y la que tiene obligación eres tú. Para eso está el chofer. –Bianca casi rodó los ojos pero le sostuve la mirada para prohibírselo. Tenía unos diez minutos de haberse ido cuando llegó Antonio.

–Buenas tardes, señora. Está usted tan guapa como siempre.

–Gracias, cariño. Pasa, Bianca no tarda en llegar, fue a visitar a su madrina pero ya viene. – se sentó donde siempre y yo junto a él. –Cuéntame, ¿cómo has estado?

–Muy bien señora. Preparando un viaje con mi papá a Estados Unidos, necesito renovar mi visa.

–¿Van de compras?

–No, jaja, para eso iría con mi mamá. Él en realidad va por trabajo, verá a algunos socios suyos pero tendrá tiempo libre y vamos a ir a ver la Fórmula Uno. A mí papá y a mí nos gustan mucho las carreras.

–Ay yo no entiendo nada de esas cosas.

–Bianca dice que a su papá también le gustan. También dice que a ella le gustan los coches aunque no sabe mucho de eso...

–Bueno, ¿a quién no le gusta un Ferrari? –lo interrumpí, no quería hablar de Bianca. –¿Te va bien en la escuela?

–A veces, jaja. Me fue mal en mate, pero bien en biología. –sonrió mostrando un hoyuelo.

–Podrías ser doctor un día, eres un niño listo. –le dije acariciando su mejilla. Antonio rió nerviosamente. –Y muy guapo.

–Gracias, señora. –murmuró.

–¿Sabes cuál es tu gran encanto? –Antonio movió la cabeza de lado a lado. –Que no eres nada tímido, casi te confundo con un adulto. –me acerqué más a él. –Pero ahora hasta parece que me tienes miedo. –me acerqué a su oído y le hablé muy quedo. –Te ves muy guapo cuando estás seguro de ti mismo pero también ahora, hasta me das ternura. –le di un beso en su cuello. –¿Ya diste tu primer beso? –deslicé mi mano por su muslo.

Antonio dejó su asiento. Bianca iba entrando. No la saludó, atropelló una disculpa y se fue.

–¿Qué pasó? –preguntó Bianca.

–Nada. –subí a mi recámara.

Hubo un tiempo, antes de Bianca, en el que hubiera tenido a ese niño a mis pies. Le hubiera gustado más que cualquier niña de su edad. Me hubiera venerado, me hubiera ofrendado su inocencia. Pero ahora él no podía saber que fui Bianca.

No volvería más. Aunque tocara de nuevo la puerta no lo dejaría pasar, sólo me insultaría con algún piropo rematado con “señora”, me laceraría que preguntara por Bianca. Después de tantos juegos en los que parecía ser un hombre, resultaba que era sólo un niño asustado del tacto de una mujer. No sería mío ni de Bianca.

Ni con esa seguridad dormí tranquila. Bianca se me aparecía en sueños. Yo me veía tan divina como fui a los veinte años, sonriendo me acercaba a besar a Antonio, él me correspondía hasta que de repente dejaba de hacerlo y reía. Cambiaba mi punto de vista, él estaba más lejos, no me besaba a mí, besaba a Bianca. Ella se contagiaba de su risa. Volteaban a verme, me señalaban y reían. Miraba mis manos avejentadas, cuando volvía a alzar la vista un espejo me mostraba mis escasos cabellos blancos, mi piel amarillenta, manchada y arrugada. Despertaba agitada y más cansada que el día anterior.

Una tarde preferí volver a casa a descansar que ir al café. Al subir la escalera me sorprendió encontrar la puerta de Bianca cerrada. Me encaminé para abrir y recordarle que lo tenía prohibido, del otro lado escuché movimientos bruscos. Abrí y la encontré asomada por la ventana.

–Sólo estaba...

–No tienes permiso de encerrarte –la interrumpí apartándola para ver porqué estaba asomándose –ni de ocultarme nada. –alcancé a ver a Antonio brincarse la reja.

Le pegué una cachetada. Se atrevió a mirarme de nuevo y a enunciar con hiel: -*Vieja puta.* – me solté sobre a ella a manotazos. Las muchachas de la cocina subieron e intentaron contenerme pero las mandé a encerrarse en su cuarto también a golpes y patadas.

–¡Mamá! ¡Mamá! ¡Por favor! ¡Suéltame! ¡Suéltameeeee! –Sus peticiones se desgarraban en berridos. –¡Déjame ir! ¡Suéltame y no vuelvo! ¡No vuelvooooo! ¡Mamááááá!

–¡Deja de moverte que te va a ir peor! –pero por nada dejaba de retorcerse debajo de mí. Sus súplicas dejaron de ser palabras, solamente estruendosas vocales que se reventaban en mis tímpanos como cuando lloraba de hambre en la cuna mientras en mis senos ardía el hedor de la leche agria. El parto había martillado mis caderas, desvelada, sentí el dolor extenderse al resto de mi cuerpo humillado por haber cumplido como esposa, por haber albergado vida, mi cuerpo demacrado por Bianca. Recuerdo cómo sostuve la flacidez de mi vientre deseando nunca haberla traído al mundo.

A los altares de la maternidad sacrifiqué mi belleza, me sentí perdida en el cansancio. Tuve que romper con las cadenas de la lactancia, darle una nana para rescatarme, pasando hambre voluntaria, untándome pomadas y venenos para reconocermé en el espejo. Y pese a tanto sacrificio, mi hija, mi carne, amó más a esa mujer extraña, me pisoteó con la belleza que fue mía y se adueñó de todo lo que yo conquisté.

Si la golpeaba hasta deformarle la cara, nunca volvería a parecerse a mí. Si no la hubiera cuidado como la cuidé, si le hubiera permitido jugar tosco, asolearse, rascarse la varicela... Andaría por ahí con alguna cicatriz, con el cutis deshecho, con la nariz torcida... Y nunca, a pesar de su juventud, nunca llegaría a ser más hermosa que yo.

Pero no... Mis golpes perdieron fuerzas, se convirtieron en caricias sobre su rostro y apenas noté cuando calló sus gritos y se reemplazaron por mi llanto desesperado. Aún con el terror en su rostro había algo divino en su belleza, algo que había sido mío y que en ella encontraría

aunque llegara a los cuarenta años, ella siempre sería la más bella, el testimonio vivo de que alguna vez fui más de lo que el tiempo había hecho conmigo. Esa siempre fue mi recompensa por el parto, y la veía claramente ahora como cuando la hacía usar mis vestidos de infancia, ahora que sus mejillas ardían en rojo y púrpura, masacrada por estas manos que la amaban.

Sobre su pecho agitado y apenas madurado lloré: -Espejito, espejito mío...

Dirección General de Bibliotecas de la UAQ

2.3 Piensa en mí

Sarita estuvo conmigo cuando murió mi esposa. Ella le sostuvo la mano mientras Regina me decía: «Viejo, si te vuelves a casar, que sea con una más guapa que yo». Era su vanidad hablando, no quería a otra ocupando su lado de la cama. Se lo prometí a la ligera; frente a su agonía no estaba para pensar en nuevas nupcias ni en otras mujeres, pero tampoco para considerar las llagas que deja la soledad en un viudo.

Pero apenas un mes después su petición me hizo voltear a ver a otras mujeres, a evaluar si alguna cumplía con la condición impuesta. De nuestra generación, ninguna. Regina de muchacha quitaba a todo mundo de lo que estaba haciendo para verla pasar. Sus grandes ojos pestañones emanaban divinidad al resto de su cuerpo delicadamente curvado. Poco después de casarnos se volvió enfermiza; como una llama en la noche, apenas encendida pero tan reluciente en la oscuridad. Cuando le nacieron las primeras arrugas fueron un fino adorno en su rostro. Incluso en el ataúd, con la palidez de la muerte encima, era una escultura. No, mujer de cuarenta y tantos más guapa que ella no había en todo Amealco.

Justo por eso la hice mi esposa; aunque soy un hombre sencillo. Nunca me ha importado mi aspecto personal, considero un exceso de indios bañarse a diario. No compro ropa fina ni desgasto la que tengo lavándola de más. Un hombre de mi tipo hubiera sido muy poca cosa para Regina, pero tengo la destacada cualidad de ser trabajador. Me atreví a aspirar a ella porque yo era un joven cultivado.

Desde muy niño mis padres me enseñaron a cuidar los negocios y sus frutos. Ellos comenzaron vendiendo leña, que llevaban en burros. Cuando dejaron ese giro curtieron la piel del último asno que les dio servicio. Era un recuerdo de su origen y de lo que vale el trabajo duro; yo la conservaba con el mismo sentimiento. Gracias a lo que aprendí le pude ofrecer a mi esposa sustento y casa propia, producto de las largas horas de trabajo en mi tienda, la miscelánea mejor surtida del pueblo.

Cada domingo mi padre me daba algo de dinero, dependiendo de qué tanto hubiera trabajado en la semana. En lugar de comprar canicas y dulces, iba directo al puesto de revistas por algo para leer. Así me hice de una colección de clásicos literarios y una de historia del arte. Sin

los libros me hubiera contentado con ver el campo florecido, mas fueron las bellas letras las que avivaron mi sed por la hermosura.

Ese es un rasgo anormal entre la gente de mi clase, pero yo era un hombre antes que otra cosa. También por eso tenía la piel de burro extendida en el respaldo de mi sillón de lectura, para distinguirme de las bestias. Un burro apenas y se percata de sí mismo y sus necesidades; si se apareara sería por necesidad y ninguna hermosura lo llevaría a desear a una pareja. Me enorgullecía de mi fineza para tener en alta estima todo lo bello.

Me empeñé en que Regina fuera mi mujer. Como ella no sabía quién era Goya ni había leído a Dumas, le pareció muy bonito todo lo que le decía cuando dábamos la vuelta. No me hacía falta que ella se interesara por las mismas cosas que yo, solamente necesitaba verla. Por eso sin ella me quedó un hondo vacío, no podía sustituir con novelas el placer que me daban sus atributos de mujer.

Después de Regina, quizá me hubiera conformado con una menos hermosa, pero lo que me había dicho en su lecho de muerte me incitó a compararlas a todas con ella. Dejé de limitarme a las de mi edad, pensé que alguna aventajada en juventud ganaría el título. Entonces me fijé en Sarita.

Todavía no se divisaba cómo sería su rostro cuando fuera una señora, pero adivinaba que, como Regina, conservaría su belleza con los años. Tendría apenas unos meses de haberse hecho señorita, los botones de su blusa comenzaban a batallar por cerrarle en el pecho. Sus recién ensanchadas caderas la entorpecían al caminar, se golpeaba con esquinas de muebles que nunca antes le habían estorbado. Empezaba a madurarse en ella una delicadeza propiamente femenina.

Impulsadas por la vanidad, las mujeres cuidan los detalles de su aspecto, por eso son una fructífera fuente de placer para los ojos; pero a mi esposa le enseñaron que la vanidad era pecado y se avergonzaba si se detenía más de diez minutos frente al espejo. A mí me daba gusto sorprenderla retocándose el peinado a mitad del día. En cambio, a Sarita cualquier reflejo suyo la podía entretener por horas.

A veces me parecía que confundía ventanas con espejos y que le gustaba la lluvia sólo porque dejaba charcos en los que se podía mirar por la calle. Regina la regañaba por esto. Le decía: «¿Qué tanto te ves? Mejor hazme un té para este dolor de cabeza que traigo», «Deja de estarte peinando y despeinando y pásame el jarabe para la tos», «En lugar de estarle haciendo caras al espejo, ayúdame a vestirme». Con todo y sus ganas de seguirse viendo, Sarita corría a cuidarla de buena gana.

Era su único deber: atenderla. Otras muchachas de su edad no tenían tanta responsabilidad, pero ella ni una vez se quejó. Se querían aunque su relación era igual a la del enfermo con la enfermera. Sin asomo de asco ni disgusto, Sarita dejaba incompleta su tarea para sostener el cabello de Regina cuando le daba un ataque de vómito. Luego la arropaba con el mismo cariño. Mi esposa le decía con dulzura: «Gracias, mi niña».

Después de la muerte de Regina, Sarita quedó como desamparada. Además de ir a la escuela ya no tenía otro pendiente. Empecé a pedirle que me acompañara en la tienda. Eso era bueno para ella, así no pasaba la tarde sola, sin que nadie la necesitara, y yo podía tenerla cerca, aunque ni me ayudara. Insolente, se veía en el vidrio del mostrador, ponía cara de beso, sonreía, se soltaba el pelo, lo trenzaba, lo destrenzaba, se peinaba las cejas... Verla me hacía sonreír hasta que se me doblaba el labio superior sobre la encía y se mostraban mis dientes plateados inferiores. Cuando se daba cuenta de mi expresión, miraba al frente y se ponía seria.

Me hubiera gustado que las evasivas de Sarita fueran solamente por lealtad a Regina. Toda mujer respeta a un viudo cuando el cadáver de la esposa no se ha acabado de enfriar; pero el asunto con Sarita era mucho más delicado. Hasta entonces ningún problema me había causado mi gusto por la belleza, pero me tuve que complacer con mirarla especialmente a ella y destruir para siempre mi orgullo de hombre civilizado. Entre Sarita y yo había lazos complicados. Un paso en falso y nos ahorcaríamos con ellos.

Con Regina no hubo pecado. Pedí su mano, me la dieron por las buenas y hasta después de la boda la tomé como mujer. Ella me cautivó porque a su paso el mundo se ordenaba para hacer lucir su belleza, armonizaba el universo. Sarita, por su parte, era de una hermosura

violenta; me invitaba a entrar en guerra con toda ley y costumbre de hombre bueno. Posar los ojos en la parte más estrecha de su cintura me quemaba con fuego eterno. Ella me había atrapado más de una vez viéndola con deseo, entonces su pecho se turbaba al vaivén de la perdición y ambos nos sentíamos presos de su belleza.

Aun así seguí buscándola, pero ella se escapaba. Si le pedía que me acompañara en la tienda, se disculpaba yendo al baño cada media hora. Si comprábamos mercancía, se hacía la interesada en algún producto lejos de donde yo estaba cargando cosas. Si le preguntaba por la escuela y sus amistades, me respondía con monosílabos. Para evitar hacerme sonreír dejó de darme el gusto de ver cómo se entretenía con su reflejo.

Quizá con eso hubiera sido suficiente para que yo dejara de insistir en tenerla cerca, pero Sarita tenía algunos descuidos provocadores a los cuales me había aficionado. Cuando le pedía que acomodara algo en la tienda, a veces se agachaba sin sospechar que su falda escolar dejaba ver sus pantaletas. Los días de lavar ropa entraba con la blusa salpicada y entre las humedades se asomaba su abultado brasier. Todas las mañanas arrancaba una hoja de lavanda y se la restregaba por el cuello, cerraba los ojos como sintiendo placer de la caricia, como pidiendo que una boca la devorara.

Lejos de satisfacerme enteramente, estos gestos me obsesionaban, me sugerían fantasías por de más atrevidas. Por un tiempo mi vicio fue imaginarla en su recámara después de bañarse. Tardaba tanto en salir vestida que seguro algo de ese rato lo pasaba desnuda frente al espejo. A puerta cerrada, ¿con cuánto cuidado inspeccionaría su piel? Acosado por esta idea quise tener un descuido. Entré sin tocar. Ahí estaba ella, viéndose de perfil, acariciando su vientre plano. Fue apenas un parpadeo, se cubrió con la toalla que había dejado en el piso. Salí disculpándome, pero no pude contener mi sonrisa.

Una parte de mí quería acabar con esto, arrancarme los ojos para no verla; pero la razón se asfixiaba en el placer y adormecido me entregaba dichoso a esa condena. Ahora creo que de haberme quedado ciego la hubiera buscado con las manos, la hubiera tocado con la excusa de encontrar mi camino en la oscuridad. Su belleza me consumía como ninguna otra, ennegrecía mi alma y de esa podredumbre me nació el deseo de un beso.

No pensaba en poseer su boca con mi lengua, deseaba menos que eso. Sus labios en mi mejilla serían suficientes. Creí que con eso apagaría mis ganas, al menos por algunos días; tendría ese beso para revivir y entretener mi sed. Sin embargo, no quería pedírselo, mejor que ella me lo diera, que a propósito de algo me regalara ese gusto.

Le compré unas arracadas de plata. Sarita andaba con los mismos aretes que le pusieron de recién nacida, le hacía falta joyería de mujer y con lo que le gustaba arreglarse le iban a brillar los ojos cuando las viera. Me puse a fantasear con cómo me iba a plantar un beso por su voluntad y un mal mayor anidó en mí. Se me ocurrió que por ese regalo me iba a quedar debiendo y si a ella no le nacía ser agradecida, entonces le haría ver su deuda

Después de cenar me senté en mi sillón como cada noche, pero en lugar de agarrar un libro la llamé. Cuando abrió la cajita se le olvidó que ya no se veía en el espejo delante de mí, corrió al de la sala a ponerse los aretes y agarrarse el cabello en una coleta. La plata rozaba con su cuello y su quijada. Vinieron a mí las imágenes de ella perfumándose con lavandas. Quise olerla. La llamé a mi regazo.

Sentí su tierna cadera entre mis manos y la senté en mis piernas. Se quedó derecha, dándome la espalda. Aparté su cabello y hundí mi nariz en su nuca. Las lavandas florecieron. Ella siguió sin voltear.

—¿No me vas a dar las gracias? —Ella me respondió con un murmullo—. ¿Y un beso?

La acomodé para que quedara de lado. Tímidamente posó sus labios en mi mejilla. No me resistí a voltear la cara para que nuestras bocas se tocaran como por accidente. Si hubiera sido un besito tronadito y seco de niña zonza me hubiera conformado, la hubiera dejado ir, pero me dejó la piel ardida con su boca húmeda. Era atentar contra la ley de Dios, pero sus labios me hicieron olvidar las escrituras.

Deslicé mi mano por debajo de su falda. Sus muslos eran firmes, blancos, sin asomo de futuras várices. Los apretaba juntos, pero con una decidida caricia los aparté. La calidez que se había resguardado entre ellos me llevó a tocarla por encima de las pantaletas. Pero así sentada como estaba, dirigía mi apetito a otra parte de su cuerpo.

Su seno se alzaba lentamente y caía agitado. Prometía la firmeza de su juventud y la acogedora blandura femenina. Desabotoné su blusa. Su pecho, liberado de su ropa de niña, me recordó a Regina en nuestra noche de bodas. Ambas tenían un negro y abultado lunarcito del lado izquierdo. Lo acaricié con nostalgia. La piel de Sarita se desenrollaba frente a mí, nueva y familiar a la vez.

Ella no se movía. Pero se necesita muy poco de una mujer hermosa; tienen talento para recibir en su piel el tacto masculino. Así había sido mi esposa, dejaba que yo hiciera de ella lo que mi placer dictara y de vez en cuando soltaba un gemidito deliciosamente entonado. Sarita hizo algún ruido que sonó como una súplica; elegí ignorarlo. Estaba extraviado en su cuerpo. Poseído por el deseo de su piel, tan sólo podía ser indulgente a los caprichos de la mía.

Tomé su delicada mano entre las mías y la hice sentirme por encima del pantalón. Regina había tenido manos delgadas como las de ella. Sumido en el placer, a ratos pensé en Sarita como mi esposa. Si acaso en algún momento la conciencia me pidió que parara, me justifiqué con el regalo que le había hecho. Alejado de la razón me desabroché el pantalón. Seguí sin necesitar nada de ella, me bastaba su tacto contra el mío. No la solté hasta que estuve satisfecho.

No había sido mi intención llegar a tal exceso con ella, pero Sarita no hizo mucho por detenerme. Si se hubiera resistido con la misma violencia con la que me provocaba, no hubiera llegado a tanto. Mi lujuria reconocía por amas y señoras a sus curvas y a ellas se entregaba sin restricciones de lo que fuera correcto. Pero una vez complacido no supe qué hacer con mi pecado.

La tomé por la cintura y la hice a un lado para levantarme del sillón. Quise irme a descansar, ocultarme de su presencia bajo las cobijas. Sarita se quedó como un trapo arrinconado en el asiento. Estaba temblando con la blusa mal puesta y la mano húmeda extendida sobre sus piernas. Me vestí como para mostrarle que ella debía hacer lo mismo, pero se quedó temblando. Quité la piel de burro del respaldo y la puse sobre sus hombros para que se le pasara el frío; más no podía hacer por ella.

Ya estaba abriendo la puerta de mi cuarto cuando me llamó. Caminaba hacia mí. Sacó su mano, aún mojada, del abrigo que le había dado. Me di vuelta, la dejé ahí. No tenía nada que decirle.

No la volví a ver, ni a ella ni a la piel. No sé si la oí irse por la puerta trasera, no me esforcé en vigilar sus movimientos. Se llevó todo cuanto me importaba: su cuerpo con todos mis deseos y la piel de burro. Me hubiera dolido menos si antes de irse hubiera incendiado la tienda y la casa. Hubiera preferido que acabara con mi vida a que me dejara solo y tan lejos de lo que fui.

Quise imaginarla yéndose con un muchacho que comprendiera lo que había sufrido y le diera una vida de señora respetable, una cenicienta triunfal. Pero me llegaron rumores de que la habían visto trabajando en «La Yegua» y han aniquilado los finales felices que esperaba. Hoy me atormentan imágenes de ella sentada en las piernas de hombres extraños que hunden las narices en su cuello y la lamen, la tocan sin pudor, como yo hubiera querido. Y le piden que les diga «papi».

2.4 Atavismo Azul

Frijoles y tortillas, nomás eso comían. Con verlos se sabía que eran pobres. La gente bien los veía para abajo pero ellos ni se fijaban.

Bárbara era la más chica de muchos hermanos, única mujer. Vivían en una casa que heredó su mamá, todavía está ahí en el cerrito, ahora se la pelean sus hermanos. Entonces no había quejas, hablaban poco. Bárbara no conocía la voz de su padre, las de sus hermanos sólo las escuchaba afuera, en la calle o en el patio y eran ahogados por los gritos de los gorriones. Su madre era un murmullo, todo lo pronunciaba como secreto.

Para ir a trabajar tenían que cruzar el río, caminaban por entre baldíos de carrizos, de esos ya no quedan nada. Sus hermanos hacían de todo en las casonas del centro, su mamá y ella les lavaban y les planchaban a los ricos. No se les ocurría, como a la gente de ahora, irse al otro lado a ganar en dólares, para ponerse a la altura de quienes siempre han sido patrones.

Bárbara no ambicionaba nada. Su vida era blanca; ropas que lastimaban los ojos de resplandecientes y soltaban fatiga cuando les pasaban la plancha. Despertaba con el sol y ni se daba tiempo de sentir flojera, comenzaba su jornada de trabajo y no se detenía hasta que había lavado el último plato de la merienda y ya era hora de dormir para empezar de nuevo.

Sabía que un día sus hermanos se irían con alguna muchacha. Pero ella se veía quedándose a cuidar a sus papás, envejecerían juntos. No tenía mortificación en ello. Ya estaba bien grande y su mamá seguía dándole la bendición antes de irse a dormir, se arrullaba con el olor a caléndula en las quemaduras de sus manos.

Entonces Bernardo la buscó.

Iba cruzando el jardín Obregón. No era lugar para la gente de su tipo, ahí daban vueltas las señoritas bien para que las vieran los muchachos que usaban trajes de casimir inglés. Ella sólo iba pasando cuando sintió que él la miraba. Todavía ni veía bien quién era el que le estaba echando el ojo y ya tenía miedo: si le gustaba a un joven de buena familia no iba a ser para pedirle matrimonio por la buena. Las muchachas que se metían con esos siempre salían panzonas, corridas de sus trabajos y si bien les iba, les pasaban un dinerito.

Estuvo a nada de agarrar a su mamá de la mano y echar a correr pero le picaba la curiosidad. Quería verlo pero no era correcto, su mamá la hubiera agarrado a coscorriones, no se atrevía a girar la cabeza, sólo los ojos y muy apenas. Pensaba que si lo veía bien se iba a dar cuenta de que era alguien conocido, pero así de reajo hasta se le hacía que tenía una barba azul.

Su papá y sus hermanos no tenían barbas así. Les salía poquito bigote y se lo rasuraban cada dos días. Andaban con caritas de niños. Él con su barba tan espesa era un animal raro, tal vez venía de un país de muy lejos, donde sí existían los cabellos azules. ¿Cómo iba a ser que no había visto antes esa barba?

No supo cómo le hizo, quizás la siguió o preguntó con sus patrones, pero un día llegó a tocar la puerta de su casa. Quería hablar con su papá. A ella la mandaron a la recámara con el más chico de sus hermanos. Oía el murmullo de su conversación y no podía concentrarse en lo que decían por andar pensando en los colores que creía haber visto en su cara.

Después de eso empezó a visitarla formalmente en su casa. Tomaban café en la cocina. Su mamá se sentaba con ellos, a veces también alguno de sus hermanos. Su voz era un estruendo, la aturdía. Estaba segura que si se hubiera ido a esconder en la bodega del patio lo hubiera escuchado tan claramente como en la mesa. Hablaba de sus viajes, sus conocidos, sus buenos negocios... Ella no le prestaba atención, se la pasaba viendo su barba, la mareaban los reflejos azules.

Como todo lo demás, no lo hablaron, quedó sobreentendido que la pretendía para casarse como una señorita de clase. Por si le quedaba alguna duda de sus intenciones le mandó un ajuar de novia porque iban a tener una ceremonia como la gente decente. Se lo probó y le quedó con espacio de sobra, las siluetas no las hacían para las muertas de hambre. Bárbara no se veía caminando a la iglesia, si acaso dos veces en su vida había fantaseado con ser la mujer de alguien, siempre se había asumido cotorrita. Ahora andaba como disfrazada, jugando a ser una “señorita” y ni así, vestida de blanco, se atrevió a decirle a su mamá que ese hombre le daba miedo.

Las demás muchachas le habían contado que los señores de las casas grandes no confiaban en él, “es un nuevo rico” decían, “viaja demasiado”, “se junta con mujeres de fuera, quién sabe de qué clase de familias”.

Bárbara no le veía nada de malo a que su prometido hubiera hecho su propia fortuna en lugar de heredarla. Tenía sus tienditas de la esquina, daba trabajo a hombres honrados y les pagaba bien. Además, con todo lo mal que hablaban de él, los señores de las casonas no dejaban de comprarle telas finas, listones y adornos que mandaba traer del extranjero. De aquello que viajaba mucho, podía entender que no era fácil ubicarlo porque siempre andaba fuera, pero igual no le veía el daño.

Pero luego añadían al chisme que él había matado a sus esposas anteriores por adúlteras. “Pues, ¿cómo quieren que viva con mujeres así?”, “Ha tenido mala suerte, pobre”, “Es porque insiste en casarse con mujeres de otros lados”. Así decían y ponían a Bárbara a temblar. Se consolaba pensando que ella no era una mujer promiscua. No le daría razón para matarla, sería su última esposa.

Un domingo después de misa Bernardo los invitó a comer en su casa. Desde el zaguán se le llenaron los ojos a Bárbara de todo lo que nunca había tenido. Su mejor vestido quedaba tan descolorido en comparación con las alfombras, en la mesa no había espacio para una migaja más, los cubiertos eran de mejor plata que sus arracadas y sobaban manos llevando y trayendo cazuelas, sirviendo los vasos de agua fresca. Ahí, en la cabecera del banquete, la barba de Bernardo no era azul, encajaba con tanta naturalidad que simplemente era negra.

Bárbara no veía diferencia entre esa casa del lado equivocado del río y las del centro. Era imposible que se diera cuenta que en realidad la decoración no era fina sino recargada, jarrones chinos, alfombras garigoleadas y figuras de porcelana; todo era tan estridente como su voz. Pero si lo comparaba con su casa, en la que todo era jarrito de barro o cuchara de madera, tenía mucha clase, era de gente bien.

Entonces a Bárbara le gustó Bernardo para convertirse en señora. Solamente tenía que ser recatada, como le habían enseñado que eran las mujeres. Dejó de enfocarse en la barba y realmente quiso casarse con él.

El lunes por la mañana, Bárbara se reconoció, aunque flaca, mujer y mujer deseable. Encontró su cuerpo ligeramente curvado, con un atractivo delicado. Después de esa comida con Bernardo tuvo ojos nuevos de los cuales le florecieron los demás sentidos, sedientos de lujos.

Comenzó a atormentarle más la idea de que Bernardo no se casara con ella que los rumores sobre él. Sería una unión muy rara, él con sus negocios y su porte europeo junto a ella, la india flaca que no tenía un peso a su nombre. Las lavanderas se burlaban de ella. “Bueno, pero tú ni te preocupes por que te mate, ¡que contigo seguro no se casa!” Bárbara les arrebató el canasto de ropa limpia y se iba.

Bárbara recordaba que entre ellas eran iguales y que ya quisieran que alguien como Bernardo las pelara. Sólo eran envidias. De todos modos, se arremolinaba en las noches pensando que él nada más estaba jugando, que se iba a olvidar de ella cuando se le cruzara una señorita de su gusto. Fue un alivio cuando pidió su mano y avivó sus ansias de llamarse “señora” con el precioso anillo que le regaló.

A los pocos días, su madre decidió interrumpir su silencio habitual para hablarle de la fidelidad en el matrimonio. No debía ni pensar en otro hombre. Sobre la cantidad de veces que había enviudado su futuro esposo no dijo nada, solamente habló de lo que se esperaba de su comportamiento. Bárbara asintió a todo. Después de casados no tenía por qué mirar a nadie más, Bernardo la llenaría de todas las cosas que deseaba.

El día de su boda su mamá le ayudó a lavarse bien los cabellos. Se echó encima casi toda la botella de agua de rosas que le había dado Bernardo. Cuando se puso el vestido le sentó diferente, no era sólo que la costurera lo hubiera achicado, ahora ella se sentía de la talla del atuendo. Sus ojos estaban puestos en su vida de rica, se sintió fuera de lugar en la que siempre había sido su casa y distante de los que eran su sangre. Apenas y notó cuando su mamá le dio la bendición antes de salir de la casa a la iglesia.

Después de la noche de bodas, Bárbara se sintió enteramente señora. Sin embargo, el gusto le duró escasas horas. Por la mañana su marido le habló de las reglas de la casa. A Bárbara no se le había ocurrido que ella fuera a tener que obedecer, se había imaginado como dueña

de todo y que Bernardo, como la servidumbre, se amoldaría a sus deseos. Pero, a final de cuentas acostumbrada a recibir órdenes, se resignó a escuchar las limitaciones que él le impusiera, aceptándolas de antemano. Bárbara podía disponer de todo a su antojo: mandar a las criadas, ordenar plantar lo que quisiera en el jardín, regalar sus joyas si quería. Solamente, cuando el socio de Bernardo estuviera en la casa, Bárbara debía quedarse en su habitación hasta que su esposo fuera por ella.

Las primeras semanas fueron novedad. Libre de los fregaderos y las planchas se dedicó a deambular por la casa. Recorrió las habitaciones y sus baños, las salas, el comedor, el cuarto de juegos, la huerta, el patio y las bodegas. En el despacho de su marido la aburrió su gran silla de patrón y las paredes tapizadas con librereros. Nada ahí le podía interesar, con esfuerzos sabía escribir su nombre. Lo que fuera que hiciera con sus socios implicaba mucho papel y tinta y le importaba muy poco.

Por las tardes se tumbaba bajo los árboles de la huerta a atiborrarse de membrillos y duraznos. Le daba dicha dejar sólo las semillas y nunca sentir un reclamo del estómago vacío. Algunas noches, Bernardo la buscaba y parecía amarla. Entre la fruta y los placeres de la alcoba, se le olvidó el miedo que había tenido antes, la restricción y su casita en el cerrito.

Dejó sus vestidos de manta por faldas y blusas de moda traídas de México, cambió sus huaraches por tacones. Aunque las muchachas ya tenían sus rutinas para llevar la casa y había sido como ellas alguna vez, Bárbara se tomaba muy en serio su papel de patrona y le gustaba hacerles encargos extras. Entre ellos, que la acompañaran por cualquier mandado innecesario; comprar encajes, tela, flores... Cualquier cosa que implicara sacar su atiborrado monedero.

En una andanza de esas, cuando más lejos se sentía de su vida anterior, dando vuelta en una esquina, se topó de frente con el más chico de sus hermanos. Traía un ojo morado y estaba agitado. Miró a Bárbara como a las puertas del cielo.

—¡Párelo! ¡Me ha robado! —gritó un hombre que venía detrás.

–Ayúdame, Bárbara, yo no hice nada. –le suplicó en voz bajita. Bárbara lo miro de arriba abajo, sudado, con el pantalón percutido, flaco... Se detuvo en los pies reseco, le quedaron muy lejos de sus zapatillas de piel.

–¿Lo conoce, *señora*? –por si acaso se le olvidaba su estatus, el hombre tuvo a bien recordárselo.

–No. –respondió sin titubear y continuó caminando. No miró atrás aunque su hermano la llamaba entre los golpes.

*

Andaba como encandilada, aunque fuera de noche, Rosa miraba sin ver. Su mamá la llevó con muchos doctores a México para que le dijeran qué tenía. Pensó que sería un problema de la vista, del oído tal vez. Pero le encontraron todo bien en las orejas y en los ojos. Eso le dio más miedo porque entonces seguro era algo del cerebro, algún retraso. Esperaba un diagnóstico terrible, pero ese también salió bien. Llegó a la conclusión de que su niña era tonta y ya.

Si Rosa hubiera tenido carácter no hubiera podido vivir con la madre que le tocó ni salir a la calle infestada de rumores sobre su padre. Imaginaba que en realidad vivía con una madrastra y que algún día vendría una mujer hermosa que la tomaría en brazos, le llamaría “hija” y un hombre bueno besaría su frente y ella le diría “papá”. Pero venía de ese vientre amargo que la llenó de coscorrones cuando se espinó las manos, que le contestaba a todo gritando y que la regresaba de jugar en la calle jalándola de los cabellos.

Rosa tenía un gran mal. En la calle se paraban para verla porque hasta de lejos lucía su carita. Creció y fue peor. Era una niña y hasta los señores se admiraban de ella. Tenía una boca tan carnosa que parecía que siempre estaba pidiendo un beso. Se hizo mujer muy pronto. Mal había cumplido los doce años tuvo que empezar a usar brasier. Se puso tan curveada, cualquier tela se aferraba a sus muslos, a sus caderas, a sus senos, se veía sensual usando una túnica o una mini falda de moda.

En su casa sólo tenía los restos de lo que fue la fortuna de su padre, fotos sin nombres y a su madre bebiendo, conquistando niños a los que apenas les estaba cambiando la voz. Del zaguán para afuera tenía su belleza. A la gente le gustaba el espectáculo visual que era Rosa, pero también que era lo que se dice “buena gente”. Era la mujer perfecta: hermosa, tierna y tirándole a ingenua.

Su madre rodaba los ojos cuando le hablaban bien de ella. Rosa no se le parecía en nada, ella siempre había sido flaquísima, de ojos tristes. Pero no le envidiaba mucho, si su hija hubiera estado en su lugar se hubieran muerto de hambre. No tenían la situación más estable, pero ya era mucho decir que una india casi analfabeta había conseguido hacerse cargo de algunos de los negocios de su fallecido esposo.

Para cuando Rosa cumplió quince años quedaba casi nada de lo que había sido alguna vez la fortuna de su padre. Su madre había vendido parte de la casa, ya sólo le quedaba una miscelánea a su nombre, las joyas y cubiertos de plata estaban todos empeñados y ya le tumbaban la puerta los prestamistas que amenazaban con embargarla. Tenía sus esperanzas puestas en Rosa.

Pero Rosa conoció a Rodrigo en el mercado. Él descargaba sacos de arroz para el local de sus papás. Era alto y alzaba la mercancía como si no le pesara, chorreaba sudor como agua bendita y Rosa sintió devoción por su belleza.

No hizo falta que los presentaran, Rodrigo no pudo pasarla por alto, se acercó a pedir su número. Rosa sonrió más que con coquetería con plenitud, en su pecho palpitaba la seguridad del amor a primera vista.

La llamó esa noche y se hubieran quedado platicando de nada por horas, pero su madre la hizo colgar.

–¿Se puede saber con quién hablabas, Rosa?

–Con un amigo...

–¡Te estoy preguntando su nombre, me queda claro que era algún cabrón! –cuando su mamá le alzaba la voz Rosa tartamudeaba y no podía pensar en las consecuencias de lo que le contestara: –C-con Ro-ro-dri... Rodrigo P-peña...

Su madre frunció la nariz con asco, le dijo: –Ese tiene fama de borracho. –sin mirarla se fue a la cocina.

Rosa se encaminó a su cuarto. Cuando iba por la escalera el comentario le pareció molesto, su madre era de las que bebían para olvidar y tenía que hacerlo a diario; alguna vez la había visto tomarse los perfumes cuando no habían tenido dinero ni para un vasito de pulque. Rodrigo era alegre, si tomaba era porque estaba feliz, porque era de esa gente que celebra con una copa para subir el buen humor. Para cuando Rosa alcanzó su habitación, se encogió de hombros y lo dejó pasar como otra de las muchas cosas que hacía su madre para herirla.

Se hicieron novios. Los domingos, después de misa, daban tantito la vuelta por el centro. Rosa nunca se quedaba más de media hora, no quería darle razones a su mamá para sospechar que estaba con Rodrigo. Pero más de una vez, mal iba entrando a la casa, le preguntaba: –¿Por qué te tardaste tanto, Rosa? –después de balbucear un poco, repetía la excusa de la semana anterior: –Hubo muchos avisos parroquiales. –su madre no hacía más preguntas y Rosa se quedaba tranquila.

Un domingo, Rodrigo le pidió que se casara con él. Le compró un anillo de plástico en un puestito de chucherías, se puso de rodillas con toda solemnidad y Rosa le dijo que sí. Se morían de risa con el anillo que le dio, a la vez a Rosa se le llenaban los ojos de lágrimas, la enternecía el gesto. Le prometió que luego le daría uno de verdad, de oro y diamante, como debía de ser.

Iba llegando ese día a su casa cuando su madre la llamó a su recámara. Estaba en el suelo, sudaba y la palidez de su cara dejaba ver sus venas. Con su voz rasposa la llamó “hija”, Rosa lo sintió como la caricia que le debía desde hace tiempo.

*

Me gusta pintarme la boca de rojo. Mi mamá dice que así me veo trompuda pero no le hago caso. Mi papá no me deja maquillarme. Eso dice, pero ni se da cuenta cuando traigo tantito delineador y rímel, sólo se fija en el labial rojo, porque “es de putas”. Igual lo hago, ya tengo quince años, ya no estoy para parecer una niña.

Mi papá quisiera que fuera chiquita, como cuando me quería. Empecé a usar corpiño y se volvió malo como es con mi mamá. Abuela dice que ella hace mucho que hubiera dejado a mi papá. Mi mamá se cansó de escucharla y ya mejor ni la visita. Me cuesta creer que sea hija de abuela. Abuela ve mejor, se carcajea con la boca bien abierta, enseñando todos los dientes, y se ha defendido de los hombres como ninguna.

Mi mamá siempre dice: “¿Cómo voy a dejar a mis hijas sin papá?” Entonces se queda con el papá que me tira el plato de sopa demasiado frío o demasiado caliente, con el papá que “no tiene” para los útiles de la escuela pero sí para la promo de caguamas, con el papá que les ve las piernas a las amigas de su hija, se queda con mi papá.

Hace años que me hizo sirvienta. “¿Qué es eso de vivir de a gratis en esta casa?” Mamá sólo asintió con la cabeza; si a duras penas mete las manos cuando le pega, no iba a hacer por defenderme. Ella se escuda en que tiene que atender a mis hermanas porque todavía están chiquitas. Tengo edad para hacer la comida, servirla, lavar los platos, la ropa y planchar, pero no para maquillarme. No tengo edad para hacer nada de lo que me gustaría, solamente lo que me mandan.

Mis amigas andan pensando si van a ser abogadas, doctoras, psicólogas, ingenieras en no sé qué... Yo ni me molesto. Las carreras cuestan, hasta en la pública; hay que conseguir libros, útiles, sacar copias y luego nada de lo que hagas vale si no tienes el título, y por ese que hay que pagar aparte. Es demasiado esfuerzo y nada te asegura que te hagas rico.

Tengo otros planes para librarme de los lavaderos y las cocinas. “El mismo trabajo da enamorarse de un rico que de un pobre” dice abuela. Tiene razón y lo mismo cuesta enamorarse de un pobre cabrón que de un rico tarado. Tendré novio cuando encuentre el que me convenga. De abuela aprendo a escoger. Después de su marido, todos los hombres han sido inofensivos para ella.

Diario veo a abuela. Llegando de la secundaria hago de comer, sirvo a los de la casa, preparo un itacate para abuela, se lo llevo y ahí me paso un ratote de la tarde, escondida de mis papás. Abuela me cuenta sus historias, quiere que aprenda para que me vaya mejor que a ella y mucho mejor que a mi mamá. Si fuera por abuela, yo nunca me hubiera tenido que encargar de la casa.

Abuela sólo me llama la atención cuando me tardo demasiado en llegar con el itacate: –No andarías otra vez con ese niño, el tal “Coyote”, ¿verdad? –No le contesto ni sí ni no. Y es verdad que tiene mucho que no agarro derecho el camino a casa de abuela. Me voy por el camino de la antigua estación del tren. Coyote me espera entre vagones viejos en los patios del ferrocarril.

Coyote no va a la secundaria ni a la prepa. Dizque es aprendiz de mecánico, pero si trae lana es por vender cigarros a la salida de la escuela. Así lo conocí. Había algo salvaje en sus ojos amarillos. Cuando se dio cuenta de que lo veía, se arremangó hasta mostrar el hombro derecho para presumir el tatuaje del lobo flaco por el que lo apodan “coyote”, luego se subió la otra manga, para disimular. Me dio risa.

Me siguió de camino a casa. Me chifló todo el rato hasta que me volteé y le dije: –A mí no me interesa lo que vendes.

–Yo sólo te venía a decir que estás muy guapa. –y regresó riéndose a la escuela.

A los pocos días lo vi cuando iba a casa de abuela. Me ha de haber visto por sobre su hombro pero siguió caminando. Lo seguí. Cuando ya estábamos cerquita de donde los trenes se dio la vuelta de repente para espantarme. No le di el gusto de que me viera asustada. Le di un beso. Nos escondimos atrás de unas máquinas.

Una vez me siguió hasta la casa de abuela. Me jalaba el brazo para darme otro beso, me abrazaba por atrás, me jalaba el pelo...

–Ya, que te va a ver mi abuela.

–¿Y qué? Ni que fueran tus papás.

–Mis papás valen madre... –en frente de la reja de abuela me plantó un beso.

–¡Cruz! –abuela le iba abriendo a un señor. A Coyote le dio miedo la voz ronca de abuela, me soltó rápido. Le alcé las cejas y me metí a la casa.

–¿Quién era el señor al que le abriste? –le dije para distraerla.

–¿Quién era ese muchachito?

–Un amigo, le dicen Coyote. ¿Quién era el señor? –insistí.

–Un negocio. –no tenía ganas de contarme. Se puso a fumar con enojo –¿Y a qué se dedica ese tal “Coyote”?

–Vende cigarros.

Abuela resopló. –Siquiera fuera algo pegador. –dio dos fumadas más. –No se te vaya a ocurrir abrir las piernas, Maricruz. –habló entre dientes –No más eso me anda faltando.

Abuela no quiere que me enrede con un mecanicucho de barrio. Sería echar a perder mi oportunidad de ser una señora de casa grande. Abuela y yo lo empezamos a planear una vez que llegué con una quemada de plancha.

–Estoy harta de planchar. No quiero volver a planchar en mi pinche vida.

–Eso está fácil, nomás hay que buscar quién te mantenga de todo a todo. –dijo mientras buscaba una pomada en su tocador.

–¿Yo de dónde voy a conocer a alguien que tenga dinero y quiera conmigo?

–Hay que buscar conexiones, siempre hay alguien que conoce a alguien...

Eso me dejó pensando en mis posibilidades: –Oyes ¿y mi mamá por qué tiene un grupito de amigas que sí son de dinero?

–Alguna vez que tuve lana la mandé a un colegio de monjas y de ahí las conoció y ellas se casaron con hombres de su clase y pos de ahí que vivan re bien... Acá está la pomada.

–Me acuerdo de dos que tienen hijas de mi edad y también niños más grandes.

–Mmm sí, así hay unas dos moscas muertas... –dijo mientras me ponía la pomada.

–Si me acercara a ellos, me hago novia de uno...

Abuela rio un poco con el cigarro entre los dientes, acabó de ponerme la pomada y dijo:—
¿Cómo? Vas a los quince años de las hermanas, llegas vestida de fiesta, bailan, dejas una
zapatilla...

–Bueno, no tan así pero a lo que nos inviten voy. –Abuela empezó a echarse unas buenas
carcajadas pero seguí: –Que yo creo que sí nos van a invitar a los quince de esas niñas
porque mi mamá siempre anda diciendo con sus amigas que a quinceañeras y bodas de las
hijas van a ir a todas. Aunque yo ni tuve fiesta me mandaron felicitar. –Abuela seguía
riéndose un poco. –Nos conocemos, nos hacemos novios, me caso con uno de ellos y ya, vida
de reina. ¿O qué, de plano estoy muy gacha o qué? –Hasta entonces dejó de reír.

–No, muchacha, estás chula. –me miró de arriba abajo –Bastante chula. No más te anda
faltando un buen vestido y zapatillas.

Abuela confió en mi plan. Antes de que llegara la invitación a los quince ya me había
conseguido los tacones y el vestido. El día que me los enseñó, luego, luego me los probé.

–¿Cómo me veo?

–Muy bien, muchacha, sí le atiné a tu talla.

–Me gusta muchísimo, brilla bien padre...

–A ver voltéame ver. –di media vuelta y abuela me tomó una foto con una cámara desechable.

–¿Tan guapa me ves?

–A ver, ándale posa, que tiene pocas fotos esta chingadera.

–¿Luego me regalas una de las fotos, abuela? –abuela me dijo que sí pero se le ha de haber
olvidado. Es día que no sé dónde está la cámara. Como sea, el día que estrene el vestido
espero verme mejor que en las fotos.

*

Llegó el día en el que tuvo que recibir a su socio. Era un joven hermoso, rubio pero con las cejas y las pestañas oscuras, de ojos castaños, redondos y una nariz recta y delgada. Bárbara no escuchó su nombre pero pensó que tenía cara de Magdalena. Después de presentarlos, Bernardo la escoltó a su habitación. Se sentó a los pies de la cama.

–Ya sabes lo único que te pido. –le dijo Bernardo antes de irse sin cerrar la puerta.

Bárbara se estaba acomodando para tomar una siesta cuando escuchó un golpeteo rítmico. Sentada en la cama no se animaba a pararse e ir al despacho. Tenía que ser una esposa fiel y eso incluía hacer caso de lo que le había pedido.

Pasadas algunas horas vino Bernardo por ella y lo acompañó a despedir a su socio en la puerta. Después le pidió que le preparara una maleta pues estaría fuera un tiempo para atender algunos negocios. Una muchacha se encargó de empacar mientras Bárbara pensaba en el despacho. Trataba de distraerse viendo qué era lo que acostumbraba llevar su marido con él, pero volvía a la misma pregunta.

Bárbara no hubiera notado la ausencia de Bernardo aunque se hubiera ido un año entero. No le hacía falta. En las noches se le iba el sueño y cualquier deseo carnal pensando en qué era lo que hacía su esposo. Se pasaba el día en el despacho, como si se le hubiera olvidado el jardín y las compras. Al principio solamente se sentaba frente al escritorio, en la salita, en la silla de su marido y pensaba en qué sería eso que no podía saber.

Después le dio por hojear los libros y luego por abrir los cajones del escritorio. Atrás de un montón de papeles, encontró un cuaderno de piel, dentro había fotos de él vestido de novio, en todas con mujeres diferentes, atrás sus nombres y la fecha de la boda. Ahí mismo había una foto de su socio y de otros jóvenes parecidos, todos hermosos, como santos de mirada divina, atrás no decían nada.

Una letra elegante y apretada llenaba las hojas del cuaderno. Cada tantas páginas aparecía el nombre de alguna mujer. Hubiera sido imposible que leyera todo, lo hacía por sílabas. Aun así, no hubo una sola palabra que no le hablara de una muerte siniestra.

Tam-bién ella vi-no al des-pa-cho. Que-dó con unas mar-cas púr-pu-ras her-mo-sas en su cue-llo, las be-sé des-pu-és de des-col-gar-la del lau-rel de a-trás.

A los se-is me-ses vi-no al des-pa-cho. Se es-ta-ba po-ni-en-do tan gor-da. Al-gu-nas ve-ces la vi co-mi-en-do di-rec-ta-men-te de la ca-zu-e-la. La gol-pe-e en la ca-be-za con la más gran-de que en-con-tré y no pa-ré has-ta que su ros-tro de-jó de te-ner for-ma.

Tan va-ni-do-sa. Pa-sa-ba ho-ras en la ti-na. La hi-ce me-ter-se a la ba-ñe-ra bo-ca a-ba-jo. La a-ga-rré de la un-ca. No la de-jé sa-lir por ai-re. Por lo me-nos tardó un a-ño en-te-ro en ve-nir al des-pa-cho.

A la pri-me-ra vi-no al des-pa-cho. Cre-yó que con a-cos-tar-nos me i-ba a con-ten-tar. Y sí lo hi-ci-mos u-na úl-ti-ma vez. Cuan-do es-ta-ba en-ci-ma de e-lla le pu-se u-na al-mo-ha-da en la ca-ra. Me sa-tis-fi-zo has-ta que de-jó de re-tor-cer-se.

*

Coyote ya no me sigue a casa de abuela pero a veces me detiene, me agarra la cadera por atrás.

–¿Por qué aflojas para todo menos para lo mero bueno? –se las da de muy pesado pero es un cachorro, me deja mandar. Me volteo para contestarle: –Porque no me da mi gana. –Me sonrío como el animalito mansito que es y me deja ir.

–Eres como yo. Hazte un tatuaje como el mío.

–Yo no quiero que me digan “Coyota”. –y con la misma me deja ir a casa de abuela.

No peleamos porque no somos novios. Si, por ejemplo, un día, él no está en donde quedamos de vernos, no tengo nada que reclamarle. Pero hoy está donde siempre. Ni nos saludamos, nos vamos a esconder. Dejo el itacate de abuela por un lado. Tomo a Coyote por la nuca y lo beso.

–Ya, Maricruz, en serio. –me dice mientras le muerdo el cuello.

–¿En serio qué? –me río. Me agarra los hombros para que lo vea de frente.

–Yo te quiero. –me da más risa.

–Te estoy hablando en serio.

–No seas tonto, nosotros no nos queremos.

–Yo a ti sí.

–Eso es algo que dicen los niños para que una se acueste con ellos, pero yo ya te he dicho que no.

–En serio, Maricruz. ¿Qué te da miedo?

–No tengo miedo.

–¿Es porque vendo cigarros? No es para siempre, un día voy a tener mi taller...

–Yo no voy a quedar embarazada de un inútil. –lo interrumpo. Me empuja de sus piernas como para sentirse macho.

–¿Y qué haces buscándome diario?

–¡Esto! ¡Fajar! ¿Qué crees que no sé que vas y te curas la calentura con otras? –desvía la mirada. –No, no, ¡ni creas que me ofendes! Si ellas quieren contigo, que te quieran.

–Pero yo te quiero a ti.

–Ahorita me quieres porque yo no aflojo como ellas. –recojo el itacate, me voy alejando, me detengo, volteo, él me mira como con una herida en los ojos. –¿O sí te creíste que íbamos a andar y que iba a ser tu vieja para lavarte los calzones y parir tus crías? –me vuelvo a reír. –Qué pendejo.

Nunca me conformaría con Coyote. No importa cuánto alimente mi ego gustarle, no estoy hecha para atarme a un bueno para nada y repetir la historia de mi madre. Yo seré libre de los martirios en la cocina. Hoy comenzará mi nueva vida, la siento cerca.

–¿Y ora? ¿Te hizo enojar el ese Coyote? –abuela nota que no vengo de buenas.

–No. –pero no quiero contarle. –Es que traigo prisa, no más vengo a dejarte la comida.

–¿Y eso por qué?

–Hoy son los quince años. –abuela truena la boca, no tiene idea de lo que le estoy hablando. Me desespera cuando no se acuerda de las cosas: –De la amiga de mi mamá que tiene lana y un hijo que puede ser mi novio y me saca de pinche jodida.

–Ah eso... –a abuela parece no importarle. Sin que me vea ruedo los ojos. Fuma sin prestarme atención, con el cigarro entre los dientes habla sin verme, se ocupa en destapar su comida: – Te quiero bien portada, eh, a esas gentes les gustan los modales. –apaga el cigarro y me sostiene la mirada: –Sobre todo no andes de ofrecida antes de estar segura, no te quiero desflorada antes de tiempo...

–Sí, okey, abuela, te dejo, bye. –cuando voy cerrando la puerta todavía la escucho dándome el mismo consejo en diferentes palabras.

–¡Y no se te vaya a cruzar ese muchachito en el camino y te quieras dar una reconciliadota! –grita abuela desde dentro. Me voy más enojada que cuando llegué. A veces abuela me trata como si estuviera igual de tonta que mi mamá.

*

Rosa se apuró a llevarla al sanatorio. Le dijeron que tenía una infección muy fuerte en el estómago y que estaba deshidratada. Había hecho bien en llevarla, necesitaban internarla. Aunque los doctores le aseguraron que no debía de preocuparse demasiado, pronto estaría bien para volver a casa. Pero su madre se tomó muy en serio su papel de enferma.

Durante una semana Rosa no se separó de su madre. Día y noche se quejaba de dolor y de estar a disgusto con su postura en la cama. “Ponme otra almohada” y Rosa la acomodaba para que a los diez minutos le dijera: “No, mejor quítamela”. Mal se iba sentando cuando le pedía que llamara a la enfermera porque se sentía con temperatura, al doctor porque no sentía que la medicina le estuviera quitando el dolor, a ella para que le diera de comer en la boca...

Andaban como desaparecidas. Su madre no tenía amigos ni familia que la buscara y Rosa no alcanzó a avisarle a sus amigas que estaba ahí, tampoco a Rodrigo. Además, sin importar lo

que le hubieran dicho los doctores, Rosa veía tan mal a su mamá que en realidad ni se acordó del mundo exterior.

Entre suspiros le decía “te quiero” y hacía que Rosa llorara, creía que su madre estaba muriendo. Le parecía una desatención de parte de las enfermeras que les rodaran los ojos ante el drama o que dijeran: “Ya se *tiene* que sentir mejor, eh, señora”.

A pesar de todo, el teatro mejoró y pudieron regresar a casa. El doctor dijo que ya estaba bien, que podía ir retomando poco a poco su vida. Fue como si hubiera dicho lo contrario, su madre no quería salir de la cama aunque le hiciera mal estar tanto tiempo postrada, a cada rato se quejaba del dolor y comía muy poco.

Siguió consumiendo todo el tiempo de su hija. Ahora, Rosa pensaba más en Rodrigo pero no podía llamarlo. Entre las quejas con las almohadas, el “Tengo frío, Rosa”, el “Tengo calor, Rosa”, ayudarle a comer y a levantarse al baño, Rosa pasaba el día tan ajetreada como en el sanatorio. Cuando sonaba el teléfono su madre le pedía a gritos algo urgente para que la atendiera a ella y a nada más.

Una mañana, arrastrando los pies entró al cuarto de Rosa y se sentó junto a ella en su cama.

–Mami, sólo me estaba peinando ya ahorita iba para tu recámara...

–Está bien, Rosa, sigo mala pero pude caminar sola. –encendió un cigarro. –Necesitamos dinero, mucho dinero –sacó el humo –yo creo que hasta me enfermé de la angustia, Rosa –volvió a inhalar –vamos a perder la última miscelánea que nos queda y entonces sí vamos a estar mal. –le dio otras fumadas al cigarro –Ese novio tuyo ni te ha buscado, ¿verdad? –le dijo sin sonar convaleciente.

–No tengo novio... –su madre rió.

–Ay Rosita...Bueno, pero ¿ves cómo no te convenía? De menos espero que no te hayas metido con él. –Rosa movió la cabeza de lado a lado. –Mejor así.

Su madre se paró en la puerta e hizo una seña con la mano. Un hombre chaparrito, vestido con un buen traje entró al cuarto, inundó el aire de una colonia potente, tenía una pose de diablo que no lograba ocultar sus rasgos de rata. Rosa miró a su madre confundida.

–El señor va a estar contigo un rato, si sangras, mejor, no hay mejor prueba que esa.

–Mamá... –a Rosa se le iba cortando la respiración.

–Le pago al final.

–Sí, señor. –su madre cerró la puerta detrás de ella.

*

Temblando acomodó el diario como lo había encontrado y se fue a su habitación. Se sentó en la cama e intentó calmarse.

Hacía dos meses que no le venía su regla. Acarició la almohada y el último aliento de una mujer le dejó la palma ardiendo; ahí no dormiría ninguna criatura suya. En el baño, jamás podría llenarle la tina sin sentir que le preparaba una hoguera. Le daría náuseas servirle los guisos de la cocina. Del laurel que veía desde la ventana no podría colgar ningún columpio sin que le faltara el aire. Consideró comprar suficiente ruda para un par de tazas de té concentrado que vaciaran su vientre. Pero ya era de noche, no había tiempo.

A la mañana siguiente regresó su marido. Bárbara procuró que todo fuera como antes. Pero los frutos de la huerta le sabían a carne cruda y sus caricias nocturnas le dejaban la piel llagada. Él no lo notó. Iba y venía a sus pendientes como antes, sin que Bárbara le estorbara o alegrara. Bárbara, conociendo el apetito de Bernardo por la muerte, temblaba sólo de ver cómo agarraba el cuchillo a la hora de la comida.

Quiso buscar un refugio. Dejaría su título de “señora” por respirar paz de la olla de frijoles humeante. Su vida valía perder la casona y sus lujos, con gusto volvería a planchar para tener por recompensa una tortilla dorada, todo con tal de que Bernardo no la asediara en sus pesadillas, que sus manos no alcanzaran a cerrarle la garganta.

Se encaminó a casa de sus papás. Uno de sus hermanos le abrió. Apenas la vio cerró de nuevo, casi como si el viento hubiera empujado la puerta. Bárbara volvió a tocar, esta vez le abrió su madre.

–¿Qué viene a buscar aquí? –le habló con su voz calma pero dura, como nunca antes había sido.

–A'má, es que mi marido...

–Arréglese usted con él.

–A'má, ¿por qué está enojada conmigo?

–¿Le parece poco haber tratado a su hermano como un desconocido?

–A'má, yo no sabía si sí se había robado algo...

–¿Y si sí qué? No dejaba de ser su hermano. Ora, váyase, señora, que yo a usted no la conozco.

*

El hombre se abalanzó sobre Rosa, trataba de contenerla con los brazos y besarla pero ella no dejaba de moverse y gritar: –¡Mamá! ¡Por favor! ¡No! ¡Mamá! ¡Abre la puerta! ¡Mamá!
–por un momento estuvo a punto de resignarse, pero en un jalón se dio cuenta que tenía más fuerza que él.

Comenzó a patallar y atinó a su entrepierna, con eso se lo quitó de encima. Salió al balcón y no se dio tiempo de sentir vértigo, se colgó del barandal y se dejó caer un par de metros hacia el suelo antes de empezar a correr. Alcanzaba a escuchar que su madre discutía con el señor y la llamaba pero Rosa no aflojó el paso.

Fue a casa de Rodrigo. Su mamá le abrió, tenía los ojos hinchados de llorar, su niño tenía ya tres días de parranda sin aparecer. –Se puso muy mal mi Rodrigo porque le vinieron a decir, de tu parte, que te ibas a casar con alguien más. Te fue a buscar a tu casa y no estabas, y luego te llamaba y no te encontró nunca.

En el portal Rosa tuvo que explicar que su mamá se había enfermado, que no había podido salir hasta entonces pero no se atrevió a contar de qué venía huyendo. Pero la señora la vio tan agitada y afligida que se apiadó de ella. La hizo pasar para esperar juntas a Rodrigo.

Llegó de madrugada, tambaleándose y batido de vómito. Cuando vio a Rosa esperándolo en la sala, la abrazó sin saber si la estaba imaginando. Con un gemido lastimado le decía: –Rosa, Rosy, Rosita... –Ella le devolvía el abrazo, aunque le daba asco el olor y la estaba lastimando dejándole caer su peso.

Junto a su mamá le cuidaron lo que le quedaba de la borrachera y la cruda. Cuando estuvo en condiciones, Rosa le explicó por qué no le había contestado el teléfono y que lo otro era mentira.

–Perdóname, Rodrigo, pero de verdad creí que mi mamá se iba a morir y de verdad que no me dejaba ni un minuto, si no claro que te hubiera buscado.

–Dice mi mamá que llegaste con cara de espanto, ¿qué te hizo?

–Bueno, pues, es que... –comenzó a sentir que se le cerraba la garganta como cuando su mamá le gritaba –qu-que-quería que... que c-conociera a al-aguien más... –Rodrigo frunció el ceño. Rosa sintió culpa por lo que casi había pasado en su cuarto, aunque ella no había querido, aunque había salido huyendo, sintió que le había faltado a su novio en brazos de ese señor. Quiso sacudir el recuerdo y distraer a Rodrigo, sonriendo le mostró el anillo que le había dado, todavía en su mano izquierda: –Pero mira que no me lo he quitado para nada.

Él besó su mano: –Entonces, ¿nos casamos? –Rosa asintió sonriendo. Días después él le dio la joya que había sido de su madre.

Porque Rodrigo lo pidió sus papás dejaron que Rosa se quedara con ellos. Era su mujer y lo quería bien, se admiraban de que lo había elegido a él antes que a su madre. Aunque cuando se acercaba la fecha de la boda Rosa quiso ir a su casa, por lo menos a dar la noticia.

–No, Rosy, cómo vas a ir allá, esa señora no nos quiere, ya ni deberías de decir que es tu mamá.

–No, amor, será una bruja, pero es la madre que me tocó y de menos le voy a ir a avisar, ¿qué tal que se arrepiente y me acompaña por las buenas en nuestra boda? –tanto insistió que acabaron yendo. Rosa realmente tenía la esperanza de encontrarla arrepentida de todo, esperándola con lágrimas en los ojos.

Lo único que sacaron de ir fue que les escupiera. No los hizo pasar, desde el zaguán le dijo a su hija: –Si te quieres quedar con ese animal, hazlo, a mí no me metas. Pinche muchacha pendeja.

Rosa se fue de ahí llorando, padeciendo una vez más el desamor de su madre. Rodrigo, lejos de consolarla le recalcó todo el camino: –Yo te lo dije, Rosa, pero te pusiste necia... –Rosa sollozó sin parar dos días hasta que los planes de la boda la ocuparon. Tenía tanta ilusión que ese tiempo no se dio cuenta de cuánto bebía Rodrigo.

Para Rosa, el día de su boda fue su gran alegría, en la iglesia no cabía el aire mohoso de su casa, ni los castigos, ni los rumores sobre su padre. Caminó sola hasta el altar envuelta en su fantasía de vestido blanco, rodeada de flores, entregándose a su príncipe.

Se fue de luna de miel a conocer el mar. Dormía abrazada de Rodrigo, caminaban de la mano y se decían “te quiero”. Su esposo no le negó nada, le compró todos los recuerditos que quiso y ella tampoco le negó nada.

De regreso, los papás de Rodrigo les prestaron una casita para que no tuvieran que pagar renta. Era una delicia tener la protección de unos padres amorosos, Rosa daba gracias a Dios por eso y por nunca más tener que pasar por los infiernos de las deudas de su madre. En tanta felicidad de luna de miel no cabía imaginarse un problema, ni el primer pleito de casados, pero éste llegó en cuanto agarraron el ritmo de la vida diaria.

Rodrigo salía diario a trabajar en el local de sus papás y regresaba tomado. Azotaba la puerta, rompía lo que se atravesaba en su camino y le gritaba a Rosa: –Siempre andas enseñando chichis y nalga... Pinche puta... Has visto cómo te sabrosean en la calle, peor que putarraca... No creas que me haces pendejo, bien que ibas a ser puta, yo te saqué del hoyo, todo me lo debes a mí, culera... –Rosa no pasaba de pedirle por favor que se calmara y recibir los golpes en el suelo, cubriéndose la cabeza.

Al día siguiente, pasada la cruda, Rodrigo la abrazaba, le pedía perdón de rodillas. Rosa lo perdonaba, estaba convencida de que nadie podía decir “lo siento” sin estar realmente arrepentido y ese mal genio suyo era tan mínimo comparado con todo lo que le debía. Se cuidaba de usar ropa que le cubriera los moretones y de siempre tener polvo en su tocador para maquillar los que quedaran a la vista, lo disculpaba hasta del juicio de la gente.

Así como no dejaba a Rodrigo por nada, tampoco se sentía capaz de desconocer a su madre. Aunque diera gracias al cielo de ya no vivir con ella sentía muchísima culpa de no saber de su vida y se hacía tiempo para visitarla. A veces no le abría, le gritaba del otro lado de la reja: –¡Lárgate! –pero Rosa no dejaba de insistir y volvía a ir pasados algunos días.

Muy de recién casada, cuando su madre se portaba generosa, la recibía, le convidaba un vaso de agua y fumaba sin hacerle plática. Después Rosa comenzó a llevarle comida, entonces le abría más seguido y le daba por hablar.

–Se te olvidó maquillarte ese moretón del hombro. –Rosa se acomodó la blusa para cubrirse. –¿Bebe diario verdad? Yo te lo dije. Pero eres hija de la mala vida. Ahí vas de regreso con él... Si me hubieras hecho caso ahorita estaríamos llenas de dinero y tú libre de ese cabrón.

–No, mamá, esa no es vida.

–¿Y esta sí?...

–Rodrigo está muy estresado, tenemos muchos gastos y se relaja con una copita... –su madre rió.

–¿Estresado de qué chingados? Sus papás les pagan todo, todo lo que tienes se lo debes a tus suegros... Y te sale bien caro, a puro trancazo...

Rosa miraba el piso, la ponía nerviosa hablar de cualquier problema con Rodrigo, no quería ventilar sus errores, acabar diciendo que se casó con un mal hombre. No hacía falta que su madre lo señalara, ella sabía cómo vivía y no quería hablarlo, pero había una angustia que llevaba con ella y decidió confesarla como para desahogar el secreto: –Estoy embarazada.

–Vete de mi casa. Pinche muchacha pendeja.

*

–María de la Cruz, ve la hora que es y tú apenas llegando con tus pachorras. –si me desapareciera solamente le preocuparía quién se va a encargar del quehacer.

–Estaba con abuela.

–Estaba con abuela... –me arremeda como si yo hablara como niña caguengue. –Sí, ya sé que ahí te vas a estar de floja como ella.

–Me contó de cómo eras de niña. –se lo digo sólo para molestarla. Mi mamá siempre está enojada con abuela y hasta se pone roja cuando sabe que estuvo hablando de ella.

–Esa señora se acuerda de las cosas como le convienen. No deberías de quedarte tanto tiempo en esa casa, mañana te quiero aquí a buena hora, porque sobra ropa que lavar y planchar, eh.

–Pues no me mandes a llevarle de comer si no la quieres.

–¡María de la Cruz! Ya te lo he dicho muchas veces, es mi madre, me guste o no le debo la vida y no la voy a dejar a que se pudra en esas ruinas.

Mi mamá cree que abuela no se puede cuidar sola. Dice que en su vida sólo ha hecho malos negocios porque no puede dejar las copas. Y es que sí, tiene un problema con la bebida. Por eso nunca ha podido mantener servidumbre, a veces tiene para comprarse cigarros de los caros, otras veces hasta deja de fumar, nunca ha comprado un coche nuevo, sé que debe dinero y tuvo que vender la huerta cuando mi mamá era niña... Pero si apenas sabía leer y escribir cuando enviudó, los socios de Bernardo Álvarez se la hubieran podido comer viva y ella no se dejó. Ella no necesita que nadie le lleve de comer sobras. Si las acepta es porque le gustan mis visitas.

–Y ahorita, por favor, me doblas ese altero de ropa y plancha las camisas de tu papá.

–¿A qué hora nos vamos a los quince años?

–A las siete y si no hiciste lo que te pido y no estás lista a tiempo no vas.

Mi hermana se ríe de cómo me regaña mi mamá. No le hago caras. Cuando mi mamá se va le entierro las uñas en el brazo y le tapo la boca.

–Ni te rías tanto, que tú eres la siguiente sirvienta de esta casa. –la dejo llorando pero sin hacer ruido. Tiene once años, le quedan tal vez dos años de gracia, uno si necesita brasier a los doce como mi mamá.

Oigo que se azota la puerta. Mi papá va llegando. Seguro va a ir por algo de botana a la cocina, verá tele y hasta después se va a bañar para irnos. Si me apuro sí alcanzo a arreglarme. Si él no viene encabronado llegamos a tiempo a la fiesta.

Mi papá es tierno con su hija más chica y todavía no es malo con las otras pero no como fue conmigo, a mí sí me consintió un chorro. Me ha tocado lo mejor y lo peor de él. Pero ahora creo que sólo va a quedar su lado malo, ya no se pone tan contento cuando mi mamá tiene una nueva cría y hace mucho que no queda embarazada.

Mi mamá ya no se parece a sus fotos de soltera. De tantos embarazos se ha puesto bien ancha. Eso de parir desgasta demasiado. Mi papá, con todo y su cicatriz, se ve más joven y más guapo que mi mamá. Yo creo que él ya nunca va a volver a querer a mi mamá.

Tal vez en unos años sólo va a quedar el lado malo de mi papá, y se va a surtir parejo a mis hermanas. Para entonces yo espero ya estar bien lejos, en una casota en un fraccionamiento cerrado, preocupada solamente de pintarme las uñas... Pero eso sólo será si me apuro y me voy a la fiesta.

No me fijo en doblar bien la ropa. Cuando estaba planchando las camisas me cuidé más de no quemarme que de quitarles las arrugas. Si me hubiera puesto a hacer las cosas bien no hubiera tenido tiempo de arreglarme. Cuando se dé cuenta mi mamá que hice las cosas al fregadazo me va a regañar, pero ese es un problema de mañana.

El vestido que me regaló abuela es de una tela brillante plateada. Es corto, enseño bastante pierna. Me queda pegadito para que se note que no soy una niña. Vestida así no tengo nada que hacer sentada en las piernas de Coyote.

No soy tan blanca como mi mamá, pero tengo porte, me veo de clase. Seguro eso nos viene por el lado de Bernardo Álvarez porque si dependiera solamente de mi abuela, seríamos lindas sí, pero tan corrientes como cualquiera.

Esta noche necesito verme única.

Escucho un golpe en el cuarto de mis papás. Mis hermanas lloran. Entran corriendo al cuarto, se pisan las cintas de los vestidos, se despeinan por esconderse debajo de la cama. Mi mamá empieza a suplicarle y mi papá le grita que se calle.

*

Al poco tiempo volvió a ir su socio. Bárbara lo saludó como la primera vez. Por su propio pie se dirigió a su habitación. Bernardo asintió en aprobación. Bárbara se sentó en el banco del tocador. Luego empezó el golpeteo.

Desde el día en que su mamá la corrió de su casa sentía que le había entrado un frío en el cuerpo. Ni abrigada se le quitaba. En las noches era lo peor, hasta tiritaba, entre el miedo a su marido y no tener a donde arrimarse... Bárbara pasaba las noches en vela, casi congelada.

Había tenido un comportamiento de esposa ejemplar en esos últimos días, casi quería que a Bernardo se le olvidara que estaba casado. Andaba de puntitas por la casa y hacía tiempo que no le pedía algo, ni dinero ni cosas. En silencio se le iban los días enredada en un chal. A ratos se sentía dormida con los ojos abiertos, hasta que le venían ideas a la cabeza que la envalentonaban.

Tal vez era por el frío, tal vez era por no dormir o por no tener quién la aconsejara, pero Bárbara se ponía a pensar en que no importaba lo que hiciera, estaba condenada a muerte. Se podía quedar con la duda de qué era lo que pasaba en el despacho o ir a ver, de todos modos Bernardo encontraría un motivo para matarla, si no ¿por qué le dejaba la puerta abierta? La tentaba para que fuera, tejía sus redes de araña y si no iba, igual él la iba a buscar con otro pretexto.

En la soledad de su habitación, temblando de frío al compás del golpeteo en el despacho Bárbara se acabó de convencer. Se quitó los tacones, caminó descalza hacia el despacho. Se arrodilló y se asomó por la cerradura cuando se acallaba el tamboreo.

Lo primero que distinguió fue un torso desnudo, no era su marido. El muchacho con cara de Magdalena se hincó frente a Bernardo. Con los ojos cerrados Bernardo gozaba de la boca de su socio. Lo oyó gemir y hacer gestos como nunca con ella.

Bárbara no hizo ruido, contuvo la respiración. Sabía que había visto suficiente y de todos modos no podía apartar la vista. Sentía que de la cerradura emanaba una fuerte luz que la aprisionaba. Sus ojos ardían pero no parpadeaba. Desde su asiento Bernardo abrió los ojos. Le sostuvo la mirada a Bárbara antes de volver a gemir.

Bárbara se apartó de la puerta como si algo la hubiera empujado. Temblaba contra la pared, imaginaba que la aventaría por el balcón, le pasaría el coche encima, le arrancarían los brazos y las piernas con sus manos. Quería salir corriendo pero no podía moverse. El corazón hacía que le retumbara la cabeza, su palpitar iba a destiempo con el golpeteo del despacho. Cuando paró, el silencio la empujó de regreso a su habitación.

Se puso de nuevo sus zapatos. Escuchó unos pasos ligeros bajar la escalera y las contundentes pisadas de su esposo acercarse.

—¿Vamos a despedir a tu socio?

—¿Qué fue lo que viste, Bárbara?

—¿Ver? —Bernardo manoteó sobre el tocador, los frascos de perfumes y ungüentos temblaron junto con Bárbara.

—Fuiste al despacho.

—No. Estuve aquí. Todo estuvo muy callado, hubieras escuchado mis pasos. —le señaló sus pies calzados esperanzada en hacerlo dudar pero solamente consiguió que la agarrara de los cabellos y la hiciera ponerse de pie.

–Te vi y me viste, Bárbara. Dime, ¿qué viste por la cerradura? –Bárbara apretó los labios para no contestarle. Bernardo la sacudió: –¡Te estoy hablando! ¿Qué viste?

Poseída o iluminada por algún demonio contestó bien clarito y sin gritar: –Maricón.

*

Una boquita más para alimentar, cambiar pañales, llantos por la noche... Ya se imaginaba Rosa a su esposo enloquecido. Se guardó el secreto de su embarazo. Cuando llegaba Rodrigo corría a encerrarse al baño, cuando no le daba tiempo de huir, aguantaba los golpes cubriéndose el vientre. Cuando se sobaba con árnica lloraba sobre su vientre rezando que su bebé no hubiera sufrido ningún daño.

Un día Rodrigo llegó mientras Rosa estaba cocinando, freía chuletas en el sartén de hierro fundido. Esta vez no le dio tiempo de nada, no se entretuvo en romper nada, llegó directo a jalarle el pelo. La zangoloteó por los cabellos y la aventó contra la estufa. Rosa se sostuvo con la manija del horno y se paró otra vez. Tuvo la idea de que si se volvía a ocupar de la comida se iría a romper cosas a otro lado, pero lo sintió acercándose de nuevo, gruñendo como si tuviera rabia. Rosa agarró el sartén y se volteó a pegarle con él. Le dio en el lado izquierdo de la cara. El calor fundió la piel de su mejilla, desvaneció cualquier rastro de belleza o de humanidad y lo hizo gruñir como un león herido.

–¡Ya! ¡Que estoy embarazada! –le gritó. No lo hizo por ella, lo hizo por su bebé. Era tan de ella como de él, ya estaba cansada de andarse preocupando de que Rodrigo matara a su propia criatura.

Como si en ese momento se le hubiera bajado la borrachera, como si no le doliera el golpe y la quemadura, Rodrigo se puso de rodillas a pedir perdón. Con la cabeza agachada, solito fue al doctor para que lo curaran. Rosa se quedó llorando por lo que le había hecho a su esposo. Él regresó con unas rosas y le secó las lágrimas.

Durante los siete meses restantes del embarazo fue el príncipe que había sido en la playa, el que fue cuando eran novios. La palabra de Rosa era ley; si se le antojaban hotcakes a las doce de la noche él veía cómo los hacía, masajeaba sus pies hinchados y contrató a alguien para

que le ayudara con el aseo de la casa. Rosa se pasaba los días en cama, sintiendo las pataditas de su hija y suspiraba tranquila. Pero a veces se le quitaban las ganas de parir.

Rodrigo era tierno por el estado en el que se encontraba, pero después quién sabe cómo sería. Tal vez había tenido razón todo ese tiempo y no iba a estar tan de buenas cuando tuvieran que lidiar con la niña. Ella se podía aguantar los golpes, pero la bebé claro que no. Y ella como madre, ¿qué iba a hacer? No se hubiera atrevido a quemarlo otra vez, todavía le costaba verlo a la cara sin sentir culpa.

Fue una sorpresa la ternura con la que recibió a su primera hija. Caminaba de puntitas para no despertarla, la presumía a todo el mundo como su princesa, le hacía cosquillas y le gustaba arrullarla él. Consentía igual a su hija que a Rosa. Creyó que su esposo se había transformado para siempre, que su hija lo hacía olvidarse de los problemas y que no volvería enfurecerse como antes.

No contaba con que un día su niña dejaría de ser una bebé. Se acabó el encanto cuando comenzó a ir a la escuela. Rosa fue a dejarla una mañana y al regresar encontró a Rodrigo ahogado de borracho. La tomó por la nuca y sostuvo su cara junto a su cara deformada. —¿Me ves bien de ahí, Rosa? —gruñía su nombre. —¿Te doy asco, Rosa? ¿Te hubieras casado conmigo así?

*

Lanzó a Bárbara contra el buró. Se acercó y la levantó por el cuello con una mano. —Pinche india, metiche. ¡Te voy a enseñar lo que es un hombre! ¡Te voy a romper todos los huesos, Barbarita! —la dejó caer.

—Tengo un hijo tuyo —le dijo casi sin aliento tocándose el vientre.

—Mentirosa. —Le dijo Bernardo riendo.

—Es cierto. ¿Hace cuánto no me quejo de sangrar? Pregúntales a las muchachas si no me crees. Mírame cómo ya no estoy flaca. —entonces lo hizo dudar. —No te pido que no me mates. Sé que no quieres a esta criatura, menos si te digo que se me hace que es mujercita. Pero

dame tiempo si quiera de rezar por nuestras almas. –de espaldas, abrió el cajón, sacó el rosario. –por la de ella que es inocente. –le dijo con el rosario en su vientre.

–Tienes un cuarto de hora. –dijo entre dientes y se dio la vuelta.

No había ni dado un paso cuando Bárbara le reventó el florero que estaba en su buró. Sin fijarse en que se iba a lastimar agarró el pedazo de vidrio más grande que le quedó a la mano. Mareado pero enfurecido, Bernardo se volteó para estrangularla de nuevo.

Bárbara ya lo tenía encima cuando le enterró el vidrio en el costado izquierdo. Entró sin atorarse con ningún hueso. Solamente escuchó cómo se le iba el aire, como se le vaciaba la vida antes de caer.

Tieso y frío, se notaba que su barba siempre había sido azul.

Después de recuperar el aliento, Bárbara hizo perdidas algunas joyas. Luego abrazó el cadáver de Bernardo, ensuciándose más con su sangre y se echó a llorar y a gritar pidiendo ayuda. Una de las muchachas del servicio fue por la policía.

Bárbara declaró que habían entrado a robar y que habían atacado a su marido. Nadie le creyó del todo, pero los oficiales le dieron el beneficio de la duda, se veía devastada. Mal se habían ido de su casa, Bárbara fue a contarles a las criadas del cariño especial de su marido hacia su socio. Les enseñó la foto dentro de su diario y las de los demás hombres. Algunas de ellas ya lo sospechaban, no dudaron de esa única prueba e insistieron a las incrédulas que era verdad.

Fue obra de ellas que en todas las casas se dijera que Bernardo Álvarez tenía sus queveres con sus socios. La policía no la volvió a buscar. No importaba lo que hubiera hecho Bárbara. La gente había dejado de señalar a las esposas que habían pasado por Bernardo, ahora decían: “¡Claro! ¿Cómo no las iba a matar si no las podía amar? Esta última, ¿cómo no va a estar aliviada de haberle puesto fin a ese infierno?”.

Bárbara le acabó perdonado el adulterio a Bernardo, con quien hubiera sido. Ella no era quién para juzgar y absolver pecados. Por lo que no se dejó matar fue para que no se dijera de ella las peores calumnias como de las demás mujeres de Bernardo, para quedarse por lo menos con la casa y con la vida cómoda, para que todavía hubiera quien le dijera “señora”

Tuvo a la hija de Bernardo. Le pesaba aceptar que tenía momentos en los que se sentía sola. Esa hija podría ser su remedio. Tal vez sería su vivo retrato, en cuerpo y alma y eso le daría alguna dicha. Tal vez Rosa le serviría de algo después.

*

Pasó toda la mañana desahogándose. Rosa hizo la comida entre sollozos. Luego Rodrigo la buscaba, le volvía a gritar y le pegaba, ella no hacía por cubrirse. Más de una vez le agarró la mano y la hizo tocar la tosca piel cicatrizada de su mejilla izquierda.

Para cuando fue hora de ir por la niña se había serenado. Con ella en la casa Rodrigo fue tierno como antes, le picó su milanesa, hizo que se comiera los chícharos del arroz y le limpió la boca. A Rosa le daba su perfil derecho, viéndolo así lo amaba como cuando lo conoció, hermoso y tierno. Deseó que no tuviera la quemadura, como si de ahí brotaran todos sus males. Rosa suspiró, debía de ser pecado desear que su esposo fuera diferente, haberle hecho eso y luego hacer como si él se lo hubiera buscado.

Al día siguiente Rosa salió a dejar a su hija a la escuela, pero se regresó con ella. Rodrigo no había salido de la casa. Mandó a la niña a su cuarto.

–Ay, Rodrigo, es que se puso a llorar mucho, que no se quería quedar y no tuve corazón de dejarla. –su esposo no la miraba, destapaba una cerveza en silencio. –Yo y-yo creo que será mejor esperar un poco para que...

Rodrigo se puso serio y la interrumpió: –Tiene que estudiar, Rosy. No quiero que se atrase. –Rosa sintió que se ahogaba.

La niña volvió a la escuela. En casa, Rodrigo no tenía quién le pusiera alto a su mal genio. A veces, ya mareada de tantos golpes, Rosa veía que la quemadura se extendía a su frente y su mejilla derecha y sólo quedaba un monstruo que disfrutaba patearla. Su príncipe estaba muy lejos.

Un día él llegó pateando los muebles. Desde que lo escuchó Rosa supo que ya no podía aguantarlo. No importaba cuánta culpa trajera arrastrando por la quemadura, necesitaba un respiro. Cuando entró al cuarto traía el rostro de la bestia. Rosa le sonrió y le dijo: –¡Estoy

embarazada! –bastaron esas palabras para que casi se desvaneciera su cicatriz. Rodrigo le besó las manos y el vientre, se recostó junto a ella para abrazarla.

Rosa tuvo cinco minutos de paz antes de que la angustia volviera a apoderarse de ella. No bastaba con que le creyera, ¿qué iba a hacer cuando la próxima semana sangrara? Ocultaría las toallas en una bolsa de plástico detrás del escusado, luego las sacaría hasta el bote de basura de afuera, le negaría la cama fingiendo cansancio... Pero, cuando después de nueve meses no hubiera niño, ¿qué iba a hacer? Hizo una cita con la ginecóloga sin decirle a su esposo.

–Pues mire doctora, yo vengo a pedirle un favor, porque yo le tengo mucha confianza y la veo como una amiga y entre mujeres nos entendemos, ¿no? Usted sí puede tenerme consideración.

–Dígame, si es algo que puedo hacer, con mucho gusto.

–Fíjese que le dije a mi marido que estoy embarazada pero es mentira. –Rosa frotaba sus manos y las miraba sin poder alzar la vista al hablar. –Es que... que él tiene muy mal genio, pero tener un bebé lo hace bueno, se porta bien conmigo y es mejor así para que mi niña no esté escuchando pleitos. Ya le escondí lo de mi regla del mes pasado y... y lo que yo quiero pedirle es que en un mes que venga con mi sangrado normal diga que perdí al niño.

–Eso no es ético, señora.

Entonces, Rosa miró a la doctora, con lágrimas en los ojos le suplicó: –Le estoy pidiendo ayuda en lo que me embarazo... Él no es malo pero es que no se controla... –sin titubear, se descubrió el hombro derecho, le mostró a la doctora la carne viva de un golpe. La doctora apartó la vista. –Y estaba peor. Me restregó contra una pared –Rosa se volvió a cubrir –Por favor, ayúdeme.

Al mes siguiente, Rosa berreaba de dolor por un cólico menstrual cualquiera. Rodrigo la llevó de emergencia con la ginecóloga. Después de revisarla, le aseguró a la pareja que no había nada que se pudiera hacer, el bebé ya no estaba ahí. Recetó unas pastillas para Rosa, no eran otra cosa que vitaminas.

No lo pudo haber adivinado, pero un aborto le resultaba casi tan conveniente como tener un bebé. Rodrigo le guardaba luto al hijo que habían perdido y cuidaba de Rosa como si se tratara de una moribunda. Durante tres meses Rosa no se enteró de las labores caseras, ni de las necesidades de su hija. Tendida en cama, se dedicaba a recibir los mimos de Rodrigo y derramar lágrimas de a mentira.

Cuando comenzó a sentir que Rodrigo dejaba de tenerle tantas consideraciones volvió a ocuparse de la casa y a buscarlo en la cama. Le rezaba al arcángel Gabriel que le mandara del cielo un bebé. Se tomaba todos los tés que le recomendaban para la fertilidad e iba al mercado a que le sobaran la panza para que pegara el niño. “Es que ya le hace falta un hermanito a mi niña” decía.

Aguantó unas dos palizas más antes de que la prueba de embarazo diera positivo. Tuvo otra niña y volvió a vivir en el reino de la dicha, ni porque viera a Rodrigo de frente se acordaba de la cicatriz.

Desde entonces, si Rosa no estaba pariendo, estaba teniendo un aborto espontaneo, real o ficticio, no importaba. Si podía mantener el lado amable de su esposo, evitar a la bestia, todo cansancio físico valía la pena. Con sus agotadas caderas acabó de forjar la llave de su prosperidad.

Tuvo cinco hijas antes de que la doctora le dijera que ya era demasiado peligroso intentar embarazarse de nuevo. Cinco hijas antes de que se diera cuenta que el tiempo realmente es cruel con la belleza. Cinco hijas antes de que Rodrigo la rechazara en la cama.

*

Mi mamá le pide por favor a mi papá que se calme. Escucho cómo le pega. Ahora sí se oye que se está pasando. Cierro la puerta del cuarto, le pongo seguro. Me siento sobre la cama.

Por su culpa voy a perder uno de mis únicos chances de conocer un niño bien, de hacerlo mi novio... Si no nos invitan a ninguna otra fiesta con esa gente de dinero... ¿cómo me voy a librar de esta casa?

Entonces sí estaría mejor que entrara mi papá al cuarto a matarnos a todas a golpes, a mí primero, por favor. Me levanto y salgo del cuarto.

Mi papá va bajando las escaleras, ni me ve, sale de la casa azotando la puerta. El cuarto de mis papás está oscuro.

–Mamá... –la oigo respirar agitada –déjame ir sola a la fiesta.

Ella prende la lámpara de su buró. La dejó como nunca, ni siquiera le encuentro forma a su cara, está toda hinchada, ahora sí ya no va a quedar igual.

–Cómo se te ocurre... –casi no le entiendo lo que dice.

–Mamá... por favor... –estoy a nada de llorar.

Cierra los ojos y suspira, intenta levantarse. –Ayúdame. –la ayudo a levantarse, se sostiene de mí para ir al baño, va arrastrando los pies.

–Mamá... por favor. Me voy en taxi, regreso antes de las doce, te lo prometo.

–¿Qué no estás viendo? –me empuja y se recarga en la pared.

–¡Eres una estúpida! ¡Siempre te dejas pegar! ¡Me arruinas la vida! –le manoteo en el brazo.

–¡Un día te va a matar! ¡Y nunca te va a tratar bien! ¡Ya nunca te va a volver a coger por gorda y ahora por deforme! –me suelta una bofetada que hasta me revienta el labio.

–¡Vete a tu cuarto! ¡Chamaca malcriada! –hago por bajar las escaleras, rumbo a la calle. –Si sales por esa puerta a esta casa no regresas.

Le tomo la palabra a mi mamá. Salgo para casa de abuela. A esa casa no regreso. Si tuviera dinero para el taxi me iba a la fiesta, pero no traigo ni un quinto... Tal vez abuela me dé. Pero quién sabe qué tan mal esté mi boca, por más que me chupo, no deja de salir sangre.

Quisiera ir corriendo pero con los tacones no puedo. Ahora sí agarro el camino directo para casa de abuela. A estas horas Coyote no va a estar donde siempre y aunque estuviera ni ganas de verlo así, jodida como estoy y pendejo como es él...

Voy dando la vuelta y escucho un murmullo de fiesta. Son voces de niños que todavía se les salen los gallos. Todos se ven igualitos que Coyote, con los pantalones a media nalga, camisetas sin mangas, flacos con los pelos parados.

No me conviene pasar por en medio de ellos así como estoy vestida. Pero ya me vieron, ya empiezan a chiflar y si doy media vuelta van a creer que les tengo miedo y me va a salir peor. Mejor alzo la cara, camino como si nada, que sepan que conmigo no se meten.

–¡Ahí te hablan, Coyote! –grita uno. De entre todos veo sus ojos amarillos. Volteo la cara. Él me empieza a seguir de bien cerca, huele igual que mi papá.

–Ora, ¿a dónde vas Cruz? ¿Ya te consiguió chamba de teibolera tu abuela? – lo dice bien alto, para que escuchen todos sus amigos.

–Deja de lucirte que no te va. –me agarra del brazo. –Suéltame.

–No. Yo te agarro cuando quiera. –me agarra y me empieza a besar. Por más que me muevo no logro hacer que me suelte. No se parece en nada a como es cuando nos encontramos entre los vagones viejos. –¡Que me sueltes chingada madre! –lo araño y lo piso con el tacón.

Me echo a correr con todo y tacones. Coyote corre atrás de mí. Me quito un tacón a la vez sin dejar de avanzar y se los aviento. Ya estoy bien cerca de casa de abuela pero Coyote no afloja el paso por nada. No fui a los quince, ya no me tocó ser señora rica por ahí. Sólo me anda faltando que Coyote me embarace a menos de diez pasos de casa de abuela.

Mal llego me pongo a gritar y a golpear el zaguán: –¡Abuela! ¡Abuela ábreme, por favor! ¡Abuela! –Coyote me alcanza. Otra vez me agarra y me besa, se restriega contra mí, hace todo lo que no le pido. No dejo de gritar.

–¡Sáquese de aquí cabrón! –abuela sale con un cuchillo y una escoba, le da de palos a Coyote. Me lo quita de encima. Me hace entrar y cierra bien detrás de ella.

–¿Qué chingados te pasó, Cruz?

–Mi mamá me corrió de la casa.

–¿Y te fuiste con ese pendejo?

–No, abuela, me lo encontré de camino...

Abuela me agarra la cara, ve el labio reventado, me alza la barbilla y ve las mordidas de Coyote.

–Lo de la boca me lo hizo mi mamá...

–Pero ese cabrón ¿qué más te hizo? –como siempre a abuela le preocupa que me desflores un inútil.

–Nada, sólo le dio por agarrarme a besos...

Abuela me agarra del brazo y me lleva arriba. Ella no deja que me detenga, me empuja hacia adelante. Me hace entrar en la recámara que era de mi mamá.

–Ahí hay baño para que te laves bien la cara. Ahorita vengo a ponerte algo para los trancazos.–cierra la puerta al salir.

En el baño veo que hasta se me hinchó el labio. Las mordidas no están tan mal. Me lavo la cara y siento cómo me invade el cansancio. Abuela entra con hielos envueltos en un trapo y una pomada. Me soba el cuello y la boca, es muy tosca y me lastima.

–¡Ay! ¡Abuela!

–¡Sin chillar! Es peor si no te dejas, vas a quedar toda marcada y la mercancía mallugada no se vende bien.

Dejo que acabe de sobarme. Abuela me pasa el hielo y hace que me lo deje un buen rato puesto en el labio y cuello.

–¿Abuela, me das dinero para un taxi, para ir a los quince años? –abuela se carcajea de mí.

–¡No chingues Maricruz! Ya son nueve y media y no me voy a gastar cien pesos en eso.

–Pero es para que me case con alguien...

–Cht, cht, cht, no me resongue, su abuela tiene todo en orden. Órale, váyase a dormir que además de todo va a quedar bien ojerosa.

Me acuesto en el colchón de resortes salidos, quedo mal tapada con una cobija vieja. Aunque creía estar demasiado cansada como para llorar, se me escurren las lágrimas.

–Te estoy diciendo cabrón, que no me voy a quedar viviendo con ella a ver hasta cuándo. Le hablé desde temprano a este pendejo y ya no ha de tardar en llegar. –la voz de abuela me despierta. –Es mejor ahora, salió de noche, cualquiera se la pudo haber robado, que Rosa cargue con eso en su consciencia.

–Levántate Crucecita. –mi papá entra en el cuarto, la luz de afuera me cala en los ojos. Me siento en la cama. –Putá madre... –dice entre dientes –Péinate o algo por favor.

Abuela entra al cuarto, abre las cortinas y se asoma por la ventana. Me vuelve a agarrar del brazo –¡Así está bien, hombre! Hasta está mejor que traiga el vestido puesto.

Es muy temprano, todavía ni acaba de salir bien el sol. –¿Por qué está aquí mi papá? –abuela no me contesta. Volteo y veo que él sonrío.

–¿A dónde vamos? –abuela me saca hasta el frente de la casa, hay un coche negro estacionado pero está encendido, se escucha el motor. Al lado hay un hombre alto, de cabello cano, ojos pequeños pero brillantes, es viejo, comienza a arrugarse y está quedándose calvo. Lo he visto antes.

–Es la misma de las fotos, nomás está tantito mallugada de afuera, de adentro, intacta, como prometimos. –le dice abuela.

Intento dar un paso atrás pero está mi papá. Abuela me agarra más fuerte y me hace llegar hasta donde está el señor. Volteo a ver a abuela: –¿Es un negocio?

–Es tu boleto a la felicidad, chula. –me contesta abuela sonriendo.

Me avientan en la parte de atrás del coche. La puerta no abre desde adentro. Por la ventana veo cómo el señor le entrega un fajo de billetes a abuela y otro a mi papá. Alcanzo a escuchar que mi papá le dice: –Entonces ya sabe, pasa la renta de la muchacha o salimos a anunciar todo el chisme. –El hombre asiente y ríe. Entra por la otra puerta. El coche arranca, mi papá sostiene el zaguán para que salgamos.

El hombre me acaricia la mejilla y luego las piernas. Sus manos velludas me revuelven el estómago. No voy a llegar ni a la esquina sin que este viejo ya me haya manoseado. Tal vez ahí esté Coyote, todavía medio pedo, esperando para desgraciarme la vida él... y cómo quisiera que viniera a desgraciármela él.

Dirección General de Bibliotecas de la UAQ